

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991) Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Nº 37, Buenos Aires, Primavera 1993 \$5

Socialismo es hoy
igual a esperanza
Reunión de los partidos
socialistas europeos
Achille Occhetto

El diálogo social
y una frustración
argentina
Adrián O.Goldin

¿Derecho laboral
flexible para
frenar las
arbitrariedades?
Omar R.Moreno

Mujeres en el
escenario político
Leonor Arfuch

El fracaso de los políticos
Perú atraviesa
la peor hora de
su historia
Luis Pásara



La izquierda frente a los desafíos de la modernidad

Alberto Martinelli y Michele Salvati

Es posible gobernar de otra manera

Julio Godio

Elecciones de octubre:
F.Storani, Chacho Alvarez,
H.Polino, Jesús Rodríguez

Suplemento II



¿Existe
una alternativa al
neoliberalismo?
Seminario de la
Fundación Jean Jaurès

Juan Pablo Renzi

Al cumplirse un año de la muerte de nuestro entrañable amigo Juan Pablo Renzi se organizó una muestra en su memoria en la Fundación San Telmo. Como una forma de expresar nuestra adhesión al homenaje publicamos este texto, preparado para el catálogo de la muestra.

Lelia Driben

Pintado en 1977, *Primera Comunión* (120 x 150 cm) acciona un juego de desplazamientos que implican la comprensión de un cierto cuestionamiento de límites, cruce de fronteras entre el interior y el exterior del cuadro, que hace de esta pintura una reinterpretación -con otros personajes y en otra época- de *Las meninas* de Velázquez, tal como lo analiza Foucault.

A partir de ese enfoque, el cuadro mencionado de Juan Pablo Renzi se ofrece como una suerte de representación simbólica, en el contexto de lo visual, de una cadena de operaciones que marcan toda la trayectoria de este artista y que va de la obra a los fenómenos estéticos, de uno y otros al entorno social, o decididamente político; un intenso proceso, en suma, que abarca actos, reflexiones, lecturas, escritos y compromisos en la esfera de lo público y lo privado, en los que Renzi nunca dejó de exponer (es decir señalar, enumerar) y explorarse, de interrogar e interrogarse.

Pero la pintura comentada pertenece a un momento en la producción de su autor, la década de los años setenta. No es casual que, después de haberse apartado de su obra entre 1968 y 1976 -nada menos que en ese controvertido período de la historia de nuestro país- JPR vuelva a pintar escogiendo la tendencia predominante en el ámbito artístico local y extranjero, el realismo contemporáneo. Fue para él un barajar y dar de nuevo, un retorno nada inocente a las formas ilusorias en el interior del cuadro, un rendimiento necesario, una especie de tregua después del abismo y del incendio, términos estos últimos no tan metafóricos si se recuerda que pasó en esos años y los precedentes, dentro y fuera de la práctica estética en la Argentina.

De 1965/66, otra fecha por demás conflictiva, es *El general Mambrú* (200 x 150 cm). Elaborado en base a densas capas de pintura que algunas áreas emerge profusamente gesturizada, coherente con una de las vertientes de la vanguardia de mediados de siglo, este cuadro instaura a la materia como presencia corpórea y como habla en sí misma. Pero su núcleo ejécto está en la cruz que abarca gran parte de la imagen y borra el despliegue crómático de esa zona del bastidor. Despliegue realizado y puesto entre paréntesis a un tiempo, concretado mediante trazos que anuncian legan simultáneamente la aparición de formas y figuras, esta parte del lienzo opera un típtico comentario a Pollock que se rebate, se confronta, a través de la cruz oucha que intenta suprimir. La cruz es también letra, recurso que viene de otro código, el de la lengua, el que estructura el soporte conceptual del trabajo estético. Así, *El general Mambrú* hace de su propia organización visual el lenguaje en el que se anuncian las tensiones, los puntos de encuentro y desencuentro de múltiples propuestas. *El general...*, es una presencia pálida y vigorosamente la connotación, desde la texture de lo pintado, de su negación. Sin el



apuntara establecer una suerte de comentario paródico de la investigación científica que recolocaba especialmente la propia experimentación plástica. Y acentuaba, además, el contraste entre la condición inconsistente de los motivos elegidos (la intangibilidad del aire, la fluididad del agua) con sus contendores: botellas, balde, tanque de fibrocemento. Podían éstos -alamanecer de la pop local- ser figuras de la pintura, pero en su directo traslado del uso utilitario al contexto artístico instauraban una confrontación que ponía entre parentesis a aquella y simultáneamente dialogaban con ella. Eleger el agua, la nube, el aire, la utopía de juntar agua de todas partes del mundo, era

menor atisbo de retórica, lo que en este cuadro, en esquema parcial y estrictamente artístico, aparece, son los términos de un debate y su síntesis que surcan, constituyéndolo, todo el proceso creativo de Renzi: la capacidad de derimir, desde las entrañas del texto visual, el eje de la imagen y su substrato analítico, la especificidad del lenguaje pictórico y la carga discursiva que la modernidad ha dado a sus manifestaciones culturales. Es en ese sentido que cabe considerar a JPR un pintor vanguardista y en su marco deben entenderse los giros de cierto ochenta grados que, más de una vez, impuso a su obra, en tanto hizo de ella un espacio dinamizador de las experiencias de su época. Fue esa su riesgo y su apuesta, apuesta consumada que salió con creces tal riesgo, si se piensa que cuando trabajó en la planitud de la tela fija, valga la expresión, un pintor de la pintura, y cuando abordó el objeto o los plantones estéticos-políticos (*Tucumán arde*, 1968, el asalto a la conferencia de Romero Brest en Rosario, 1967), dichas actitudes comportaron, más que un gesto, marcas profundas de una conciencia estética colectiva que resurgiría al gesto, aun reivindicando. *El general...*, es, en ese aspecto, un cuadro anatómico por su valor en sí y también bisagra, en tanto pertenece a los inicios de la etapa (1966-1968) en la que los objetos e instalaciones conviven con la pintura y con los actos de tono más politizado en la obra de este autor.

Con la indudable carga de ironía que el nombre Mambrú conlleva, más el peso paradigmático de su año de finalización (1966, ruptura del sistema constitucional), Mambrú recuerda también a la ronda infantil cuyo contenido ("Mambrú fue a la guerra... y ya no volverá") y por aquellos años alloraformó como subtípico emblema el círculo acontecimientos recientes y de otros que anticipaban un futuro inmediato. Así mismo, en tanto dicho título está inevitablemente asociado al juego de niños, admite ser leído como una alusión al componente lúdico de todo obra de arte. Esta tensión-tensión por cierto edificante-entre la posibilidad comunicativa de la tarea creadora y su aspecto grato, autoemergente, se expande en toda la producción de Renzi.

Los objetos e instalaciones que JPR realizó de 1966 a 1968 tomaban como elementos básicos al agua y al aire. La experiencia parecía

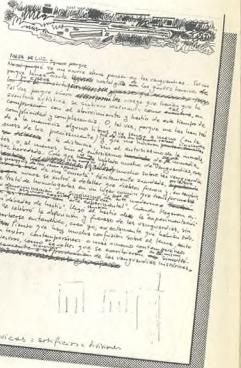
les, de una práctica que rearticula imágenes, formas, tratamientos materiales y tendencias. Dicha reformulación se hará orgánica en los ochenta. Es entonces cuando JPR -en el curso de una serie que despliega formas y figuras sobre toda la superficie del cuadro- ejecuta *Der Blaue Reiter* (1984/130 x 200 cm). Su pintura, en ese momento, es expansiva, con una revitalización de la naturaleza ecológicamente procesada desde la organización específica de la imagen y un impulso constructivo, gracias al cual la mano que pinta dialoga con la pintura misma sin controversias desrealizantes. En tal contexto, *Der Blaue Reiter* funciona como la actividad del pintor comentador que pone en términos explícitos una vertiente colectiva: la vuelta al expresionismo de sus contemporáneos alemanes con su correlato en Italia, la transvanguardia. Sólo que, al tomar como título el de uno de los movimientos germánicos de siglo pasado parafraseando el procedimiento plástico de Franz Marc, JPR se acerca a la institucionalización de la círculo que opera como uno de los engranajes de la posmodernidad. Y, simultáneamente, permanece fiel a sí mismo: no a la *bad-painting* ni al desarmamiento de la materia que propiciaron los alemanes de los años ochenta.

Después, en otros cuadros, *Mirando al cielorraso antes del desayuno* (200 x 200 cm), *Bodegón en eléctrico* 1, 2 y 3 (200 x 200 cm), *Café concierto* (200 x 200 cm), *Contaminado la brocha de afilar*, todos de 1985, se aproximaría a los neoxpresionistas en la constitución de la imagen pero conservaría cierta pulsión constituyente de la pintura, solidario con su pertenencia a un medio, la Argentina, que debe mucho en ese sentido a la herencia italiana. Y si este conjunto el tratamiento de los núcleos figurativos se dejó atrapar por la vulnérabilidad desordenante, dislocativa, de la estructura global, años más tarde, la muestra en galería Ruth Bersch (1988) mostraría las iniciais una rebezualización de las figuras-martillo, estrella, peine- que terminaría de consumarse en la exposición del Museo de Arte Moderno. Son los últimos años de su producción, años los que, otra vez, lea a sí mismo, Juan Pablo Renzi hace de su obra un friso de permutableidades que en su diversidad convoca al pasado reciente y a la actualidad, de las formas del arte y de su propia trayectoria estética. Y, subsumidas en el entramiento de la incisiva visualidad que devolvían sus cuadros, están los indicios de una vida, como artista y como hombre, que al modo de los buenos vanguardistas, no omitió el exceso. □

No. Pero entreabren la puerta. Resoluciones como la del Consejo Superior o frases como *delincuentes periodísticos*, pronunciada por nuestro actual presidente, incitan a que una buena porción del peronismo crea que ha llegado la hora de un locator?

No. Pero entreabren la puerta. Resoluciones como la del Consejo Superior o frases como *delincuentes periodísticos*, pronunciada por nuestro actual presidente, incitan a que una buena porción del peronismo crea que ha llegado la hora de un locator?

Porque hasta una señal de intolerancia, apenas un gesto de disgusto del caudillo, para que la militancia antiperonista de los Britos Lima, Cesarkys o Batatas -de la que el justicialismo nunca quiso desprendese- salga a la calle a buscar al enemigo. Viejos xenófobos, antisemitas y exasperados punteros que conciben a la



fragilidad de las políticas económicas

OPINION

La puerta entreabierta

"No se admira comentarlo, estribillo, publicación o cualquier otro medio de difusión que afecte a cualquier de nuestros dirigentes"

La orden reservada que aprobó el Consejo Superior Peronista en octubre de 1973 encubrió, apenas, la puerta que dejaría en libertad a todos los demonios.

En los dos años y medio siguientes fueron

clausuradas decenas de publicaciones, apaleados numerosos periodistas y dinamitados algunos diarios. Las clausuras fueron ordenadas por el Poder Ejecutivo y respondían a la tradicional colisión entre peronismo y periodismo inaugurada en 1946. Entre ese año y 1950 fueron cerrados *Nueva Provincia*, de Bahía Blanca; *El Intrusante*, de La Vanguardia, del Partido Socialista, más otros periódicos pertenecientes a partidos de oposición.

A *La Prensa* le tocaría el turno más tarde, ya nombrado en 1949 el legendario Raúl Alejandro Apold.

¿Acaso es posible imaginar que Juan Domingo Perón, Isabel Perón o Carlos Menem puedan haber dado la orden de golpear a un periodista, poner bombas en los diarios o amenazar telefónicamente a un locutor?

No. Pero entreabren la puerta. Resoluciones como la del Consejo Superior o frases como *delincuentes periodísticos*, pronunciada por nuestro actual presidente, incitan a que una buena porción del peronismo crea que ha llegado la hora de un locator?

Porque hasta una señal de intolerancia, apenas un gesto de disgusto del caudillo, para que la militancia antiperonista de los Britos Lima, Cesarkys o Batatas -de la que el justicialismo nunca quiso desprendese- salga a la calle a buscar al enemigo. Viejos xenófobos, antisemitas y exasperados punteros que conciben a la

política como un ejercicio de dominación mediante la fuerza afilan sus uñas. Primero golpean. ¿Dispararán un arma en algún momento?

¿Cuándo? ¿Acaso cuando crean que los antinacionales se oponen a la perpetuación del caudillo en el poder? ¿Acaso cuando crean que se ha vulnerado la doctrina nacional, la forma de organización social que naturalmente debe reinar en la Argentina?

Carlos Menem está mostrando su peor rostro. ¿El verdadero? Ya azuz, hace gestos, incita, entreabre la puerta para que se asome -otra vez- el país de la ajuricida, el país que vivió al margen de la ley. El viejo país que quizás, inocentemente, creímos haber dejado atrás.

Sergio Bufano

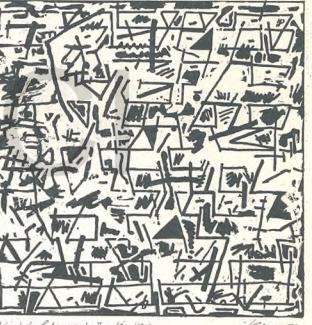
El incendio y sus vísperas

La recientemente recuperada democracia latinoamericana no parece estar pasando por un buen momento. Alejados de una perspectiva inmediata los peligros de un colapso económico, asoman hoy otros temores: los de la violencia social o política. Con diferentes grados de severidad, los riesgos de intervención militar en la vida política aparecen hoy en Venezuela, Brasil, Uruguay, Paraguay y Chile, mientras en Perú el presidente remata su experiencia de autogolpe con una amañada asamblea constituyente reunida con el objeto de autorizar su reelección. Fujimori ha conseguido por el Congreso "con el voto de dos terceras partes, al menos, de sus miembros". Por otro lado, el espíritu de una constitución rígida como la argentina hace imposible que la reforma pueda realizar-se sin una mayoría ca-

precisamente a ese espectáculo estamos asistiendo desde hace unos meses: el que muestra todas las fuerzas de asalto que un pequeño grupo está dispuesto a utilizar para remover los obstáculos constitucionales a la reelección del Caudillo.

La urgencia de los tiempos indica que hacia fines de año ya debe estar en marcha el proceso de reforma. Primeramente se pensó que la conundencia de los resultados electorales de octubre sería un argumento suficiente para remover las oposiciones; luego se agregó la variante del plebiscito; por fin se lanzó el argumento absolutamente anticonstitucional de que bastaban los dos tercios de los presentes, por lo que con el apoyo mínimo de un tercio del total de los legisladores podía declararse la necesidad de la reforma. Todo esto en el marco de rumores no desmentidos sobre la posibilidad de compra de votos de representantes de la oposición o de los partidos provinciales.

El argumento de los 2/3 de los presentes no resiste el más mínimo análisis ni de la letra ni de la lógica subyacente a la Constitución. Cuando, en su letra, ésta hace referencia a los 2/3 de los presentes se dice con claridad (arts. 45 y 51, por ejemplo) y ese no es el caso del artículo 30 que señala que la necesidad de ser declarada por el Congreso "con el voto de dos terceras partes, al menos, de sus miembros". Por otro lado, el espíritu de una constitución rígida como la argentina hace imposible que la reforma pueda realizar-se sin una mayoría ca-



“Tucumán arde” de Juan Pablo Renzi

Sumario

Lelia Driben: Juan Pablo Renzi

Opinión

Juan Carlos Portantiero: El incendio y sus vísperas

Sergio Bufano: La puerta entreabierta

Política

Jesús Rodríguez: No alcanza con triunfar electoralmente

Federico Storani: El futuro: un enorme desafío

La Ciudad Futura: Carlos Nino

Fabián Bosser: 93 sin 95, 95 sin 93

Héctor Polino: Unificación y vocación de poder

Carlos Chacho Alvarez: Una nueva identidad política?

Ricardo Martínez: Oro rumboso es posible

Laborales

Adrián O.Goldin: El diálogo social y la participación

Suplemento

La Ciudad Futura: Ciclo de Seminarios organizado por la Fundación Jean Jaures

Jorge Castañeda: Estado y economía en América Latina

Pierre Salama: Vuelta a los mercados internacionales y

Ensayo

Alberto Martinelli y Michele Salvati: La izquierda desencantada

Contratapa

Leonor Arfuch: Mujeres en el escenario político

Ilustraciones

Trabajos y bocetos de Juan Pablo Renzi

fragilidad de las políticas económicas

Raúl Alfonsín: Acerca del rol del estado en la actualidad

Ricardo E.Lagos: Cultura, democracia y desarrollo

Omar R.Moreno: ¿Y si la solución fuera el derecho flexible?

Esteban, ¿cuál?

19

fracaso de los políticos

20

Achille Occhetto: Las dificultades son formidables ocasiones

22

Diagnóstico y armado Viviana Mozzì

24

Diálogo entre el presidente y el vicepresidente Hugo Gómez Pérez

24

Diálogo entre el presidente y el vicepresidente Hugo Gómez Pérez

24

Diálogo entre el presidente y el vicepresidente Hugo Gómez Pérez

24

Diálogo entre el presidente y el vicepresidente Hugo Gómez Pérez

24

Diálogo entre el presidente y el vicepresidente Hugo Gómez Pérez

24

POLITICA

No alcanza con triunfar electoralmente

El candidato radical por la Capital Federal advierte sobre la necesidad de transformar el caudal electoral en un caudal político que exprese una clara voluntad de cambio.

Jesús Rodríguez

El desafío del radicalismo consiste en construir poder desde la oposición, expandiendo y reforzando nuestras funciones de agenciamiento social.

El radicalismo tiene una larga trayectoria en defensa de las instituciones democráticas y un historial de lucha contra el autoritarismo; tiene un tipo de organización capilar de carácter nacional y un poder de convocatoria capaz de ponerle freno a la vocación hegémónica del gobierno. Ningún otro partido, ninguna otra fuerza, está en condiciones de hacerlo.

El menemismo, por su parte, para actuar sin tropiezos, prescribe continuar con la receta impuesta: necesita partidos políticos débiles, debilitados, desorientados, no representativos y sin una identidad definida. Una sociedad anestesiada, con partidos grogys. Esto es lo que todo proyecto económico temeroso del poder civil fuertemente organizado necesita para sentirse a salvo.

Lo que se juega este año, bajo el rótulo de "modelo menemista", no sólo es una orientación económica definida y regresiva; se incluye también una concepción no menos evidente de lo que debe ser un

Carlos Nino

A cierra de esta edición recibimos la noticia del fallecimiento del doctor Carlos Nino. Sin tiempo para hacer la reseña que merece, *La Ciudad Futura* quiere, sin embargo rendirle anche que sea un breve homenaje.

Doctorado en Jurisprudencia en la Universidad de Oxford, investigador del Conicet, profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Buenos Aires y también en la Universidad de Yale, Carlos Nino fue fundamentalmente un hombre de la democracia argentina. Su capacidad intelectual fue apreciada -entre otros ámbitos- en Harvord, Princeton, Columbia y Florencia.

Pero su profunda preocupación por la Argentina se manifestó en su activa participación en el Consejo para la Consolidación de la Democracia, en la Comisión de Reforma al Código Penal de la Secretaría de Justicia de la Nación, y en la asesoría al Presidente de la Nación entre 1983 y 1989.

La Ciudad Futura le rinde su más sincero homenaje.

Federico Storani

La Unión Cívica Radical tiene frente a sí cuatro trascendentales desafíos. El primero es la elección de octubre. El segundo, los comicios presidenciales de 1995. El tercero, hallar fluidos canales de diálogo con la sociedad. El cuarto, constituir un polo alternativo de poder al proyecto conservador que hoy nos gobierna.

Enfrentar este modelo, que ya empieza a colocar algunos cimientos para su consolidación definitiva, es defender la subsistencia de un modelo democrático en el sentido profundo que damos a esta palabra. El problema central de la democracia argentina sigue siendo la falta de un poder político lo suficientemente amplio, con un mínimo de coherencias que lo haga poderoso y estable.

Hemos dicho muchas veces que existe en la Argentina un modelo global en ejecución; más allá de que se puedan discutir punto por punto las medidas que toma el Poder Ejecutivo, cosa a la que nunca nos hemos negado.

También dijimos en reiteradas oportunidades, y lo seguimos sosteniendo, que nos oponemos a este modelo aun cuando resulte exitoso. Y esto merece una especificación: el objetivo real es este

sistema de partidos "funcionando".

Por eso, el 3 de octubre nos pone a los radicales frente a un doble desafío: derrotar al modelo político del menemismo y mostrar un partido político fuerte, capaz de ser un adecuado intérprete de las demandas sociales y útil herramienta para la voluntad de cambio de los argentinos.

Esta vez se trata de transformar el carácter del resultado. Se trata de hacer que los términos cuantitativos de la victoria tengan una lectura cualitativa aplastante; es decir, transformar nuestro caudal electoral en un caudal político que expresa una clara voluntad de cambio.

Construir un triunfo político significa romper con las reglas vigentes que intentan definir a la política como un show televisivo, que tienen como único objeto elegir al candidato que construya una mejor imagen. Significa decidirse a forjar un polo de poder social que se sienta expresado en una propuesta clara de cambio. Si no lo hacemos así, si nos dejamos arrastrar a una campaña electoral de ideas y de propuestas confusas, donde lo que

vale son las imágenes que se "construyen" en la televisión, donde se convierte en un torneo por una banca, podremos tener un triunfo electoral, pero al día siguiente poco habrá cambiado en la política argentina.

Un triunfo político no puede construirse si la gente. Se trata de hacer que los términos cuantitativos de la victoria tengan una lectura cualitativa aplastante; es decir, transformar nuestro caudal electoral en un caudal político que expresa una clara voluntad de cambio.

Nos proponemos hacerlo con definiciones concretas, ya que las campañas genéricas parecen estar llegando a su fin.

Defender los intereses de los usuarios de las empresas de servicios privatizados incluyendo a representantes de los ciudadanos en sus organismos de control, im-

pulsar una ley antimonopólica que limite los efectos de la creciente concentración de poder económico, promover la creación de un Concejo de la Magistratura para el proceso de designación de los jueces, imponer que los funcionarios de gobierno renuncien a sus cuentas sobre el uso que se da a los fondos secretos y cuotas reservadas, impulsar la sanación de leyes que estimulan el desarrollo científico y tecnológico, sancionar una nueva ley universitaria, promover la orientación vocacional en los colegios secundarios, legalizar el aborto para el caso de la mujer violada y eliminar el delito de adulterio que en la actualidad persigue a la mujer, son algunas de las propuestas concretas sobre las que proponemos edificar el triunfo político de octubre. □

sistaria, promover la orientación vocacional en los colegios secundarios, legalizar el aborto para el caso de la mujer violada y eliminar el delito de adulterio que en la actualidad persigue a la mujer, son algunas de las propuestas concretas sobre las que proponemos edificar el triunfo político de octubre. □

acuerdo político que comprometa al conjunto de los sectores sociales para garantizar la estabilidad real y la defensa del sistema.

De la voluntad e imaginación de las fuerzas progresistas dependerá la dirección del cambio. O recuperaremos los espacios de poder con alternativas viables o la Argentina se convierte, conducida por los conservadores, en un país fracturado, dejando atraída a más de quince millones de ciudadanos.

Tenemos una responsabilidad trascendente. Habrá que luchar para dar vuelta a esta página negra que nos presentan hoy los argentinos. Que el 3 de octubre sea derrotado el oficialismo significará que en 1995 podamos votar por candidatos que representen nuestros intereses genuinos, por hombres y mujeres que no estén divorciados de las aspiraciones y las necesidades populares, gente honesta con manos limpias. Significará, en síntesis, que podemos de seguir votando podamos seguir decidido.

El murmullo de la generación del 68 vuelve hoy de la mano de los más jóvenes que quieren recuperar lo mejor de aquellas utopías: "sean realistas, pidan lo imposible". En la Argentina de 1993 tenemos la oportunidad y las condiciones para recordar que las utopías existen, que no han muerto y que será la fuerza de una juventud que no se resigna la que pondrá la utopía de construir una nueva moral, la que consiste en creer en un proyecto común.

Este es el desafío grande que enfrenta, de cara a futuro, la Unión Cívica Radical, como parte que es de nuestro pueblo. Deberá enfrentarlo, si no quiere traicionar su propia historia. □

Dilemas Radicales:

93 sin 95, 95 sin 93

Con cauto optimismo respecto de las próximas elecciones, el radicalismo se interroga a la vez sobre cómo se llega al posmenemismo.

Fabián Bosser

Con cautelosa expectativa y moderado optimismo el radicalismo encara las elecciones del 3 de octubre próximo, sospechando que entonces se juegan cosas más gruesas que la quinta renovación parlamentaria desde la recuperación democrática hace diez años.

Como parece ser demasiado tarde para torcer el rumbo del gobierno llamando a un voto castigo, y en tanto transcurrió el cuarto año de revolución menemista muchas de sus políticas hunden trazos irreversibles, el objetivo buscado en esta contienda no es un triunfo contundente sino una razonable performance.

En términos prácticos, piensan algunos estrategas radicales, un piso del 33% (tan solo ligeramente superior al del 91), lograría los dos principales objetivos buscados:

- 1) frenar la arremetida oficialista para la reforma reelecciónista de la Constitución
- 2) posicionar al partido para la grilla de

larga de las presidenciales dentro de dos años.

Así las cosas, con un seguro triunfo en la Capital, una modesta segunda minoría en Buenos Aires y la esperable reversión de la tendencia decreciente a nivel nacional, pocos imaginan un "efecto 87" del radicalismo sobre el justicialismo. Lejos del triunfalismo y de la radicalización/polarización de los discursos, la clave está en cómo se llega al "posmenemismo".

La frase que consagró Sergio Pardo, presidente saliente de la Juventud Radical, en el último congreso celebrado en Mar del



Plata, en noviembre del año pasado, resumía las ansiedades de la militancia y fue bienvenida a coro por el conjunto de la dirigencia partidaria: "No habrá 95 sin 93".

Por arte de burlirloque, los tiempos y las tácticas de los máximos referentes parecen haber invertido el orden cronológico y así también el sentido del mensaje.

Es cierto que el paso lo siguió marcando el Presidente, imponiendo que el discurso, condicionando el adversario. Pero el juego parece haber sido aceptado: más acá de la estrategia, más acá de la discusión programática, más acá de la vocación mayoritaria, la movilización de los cuadros y los vínculos extrapartidarios, el marco que se ha trazado es la preparación del terreno para lanzar la fórmula presidencial del próximo turno; reacondicionar la estructura, el discurso y el programa desde la cúpula; acompañar los estados de ánimo de la opinión pública; mostrar su reconocida e indiscutida oferta de honestidad, resguardo de las libertades y búsqueda de equidad social y esperar un voto racional del electorado, tal vez insuficiente al principio, pero que surga algo distinto de sus voces más calificadas.

Es claro que por debajo de la indefinición ideológica, la desvinculación técnica con los centros de poder económico y las esgrimes personales, persiste una crisis de identidad y un desfase entre liderazgo simbólico y liderazgo formal, que no van a resolverse ni Fernando de la Rúa ni Eduardo Angeloz ni ninguna de las figuras emergentes, solos o juntándose todos al gobierno entre las manos. En síntesis: ahora "no hay 93 sin 95".

La historia del radicalismo muestra estas etapas de barbecho. □

El futuro: un enorme desafío

El primer candidato a diputado por la provincia de Buenos Aires había de los desafíos de la UCR: las elecciones de octubre y las del 95, la búsqueda de un diálogo fluido con la sociedad y la constitución de un polo alternativo.

Federico Storani

La Unión Cívica Radical tiene frente a sí cuatro trascendentales desafíos. El primero es la elección de octubre. El segundo, los comicios presidenciales de 1995. El tercero, hallar fluidos canales de diálogo con la sociedad. El cuarto, constituir un polo alternativo de poder al proyecto conservador que hoy nos gobierna.

Enfrentar este modelo, que ya empieza a colocar algunos cimientos para su consolidación definitiva, es defender la subsistencia de un modelo democrático en el sentido profundo que damos a esta palabra. El problema central de la democracia argentina sigue siendo la falta de un poder político lo suficientemente amplio, con un mínimo de coherencias que lo haga poderoso y estable.

Hemos dicho muchas veces que existe en la Argentina un modelo global en ejecución; más allá de que se puedan discutir punto por punto las medidas que toma el Poder Ejecutivo, cosa a la que nunca nos hemos negado.

También dijimos en reiteradas oportunidades, y lo seguimos sosteniendo, que nos oponemos a este modelo aun cuando resulte exitoso. Y esto merece una especificación: el objetivo real es este

sistema de partidos "funcionando". Por eso, el 3 de octubre nos pone a los radicales frente a un doble desafío: derrotar al modelo político del menemismo y mostrar un partido político fuerte, capaz de ser un adecuado intérprete de las demandas sociales y útil herramienta para la voluntad de cambio de los argentinos.

Esta vez se trata de transformar el carácter del resultado. Se trata de hacer que los términos cuantitativos de la victoria tengan una lectura cualitativa aplastante; es decir, transformar nuestro caudal electoral en un caudal político que expresa una clara voluntad de cambio.

Nos oponemos a este modelo aun cuando pueda resultar exitoso. Poner una valla a dichas pretensiones. Poner una valla y comenzar a recorrer otro camino.

Para convertir al establecido en un instrumento del privilegio fue necesario que avanzaran sobre el Congreso, sobre la Justicia independiente, sobre la frustración popular por las expectativas incumplidas, sobre los derechos sociales adquiridos.

Propones ponernos una valla a dicho estilo, a dicha concepción, a dichas pretensiones. Poner una valla y comenzar a recorrer otro camino.

Para ello debemos no sólo cambiar el rumbo sino también alcanzar un amplio

Coordinador: Departamento de Extensión Universitaria y CEDEHIS, Universidad Nacional del Litoral; CIESAL, Universidad Nacional de Rosario; GEHISO, Universidad Nacional del Comahue. Sede editorial: 9 de julio 2154, 2º piso, tel. (042) 24482, telefax 21881. (3000) Santa Fe, Argentina.

Entrevista a Héctor Polino

Unificación y vocación de poder

Las dificultades de conformación de un frente único de izquierda democrática y la pretensión de los socialistas de ser eje articulador de futuras alianzas. De esto habla el candidato de la Unidad Socialista.

Ernesto Semán

En qué se diferencia esta elección de las anteriores para el socialismo?

Después de treinta y cinco años, el socialismo de la Capital federal va totalmente unido, bajo la sigla de la Unidad Socialista. No queda ninguna fracción del socialismo fuera de esta propuesta electoral. Se arriba a esta unificación no como un punto de llegada sino como un punto de partida de una nueva etapa para recrear un gran partido socialista en el país, un partido de masas, un partido con vocación de poder que deje de lado su complejo de inferioridad de partido de minorías, de partido de oposición parlamentaria y controlador municipal, para transformarse en un gran partido representando los intereses históricos de los trabajadores.

Habrá dos iniciativas para empezar a trabajar a partir de esta unificación. Una en lo que se refiere al trabajo con las fuerzas socialistas no organizadas parcialmente y otra en relación al vínculo con otras fuerzas políticas.

En relación al primer punto, vamos a continuar esas conversaciones que se iniciaron antes de la elección anterior, incluso con el Club de Cultura Socialista y esta revista, porque también son una expresión intelectual del socialismo en el país. Pero además tenemos que avanzar con otros sectores políticos, movimientos ecologistas, organizaciones de defensa de los derechos de la mujer, etc., porque también hay que integrarlos a una lucha política de transformación de la sociedad. Yo concibo un partido socialista amplio, plural, que recoge en su seno las diversas experiencias de las luchas políticas y sociales que existen en la Argentina con vista a constituir una sociedad fundada en nuevos valores.

En el trabajo con estos sectores, se refiere a políticas de alianza, trabajos a largo plazo, integración dentro del partido...

... lo ideal sería una integración dentro de la estructura del partido, pero si eso no se diera, llevaríamos a cabo acciones en conjunto con vistas a evitar la dispersión de los esfuerzos. Y en cuanto a lo que usted mencionaba de trabajo con otras fuerzas políticas, para poder llevar adelante un frente, hay que discutir previamente una propuesta, un programa, cuáles son las causas que han llevado al país a estos arreos y estancamiento, para luego proponer medidas concretas que modifiquen la situación. Lamentablemente, sólo se discuten de candidaturas, y recién dos o tres meses antes de un proceso electoral. Y así

se hace difícil la conjunción de diversas fuerzas políticas alrededor de una propuesta común, porque no se ha discutido nunca esa propuesta. Hoy la Unidad Socialista, que tiene largo recorrido desde el año '85, tiene una propuesta coherente para hacerle a la sociedad. Los diversos grupos que constituyen el denominado Frente Grande son fuerzas totalmente heterogéneas, que no tienen un pasado común, que tienen distintas visiones de la realidad argentina y del mundo, y que simplemente coinciden en oponerse al actual modelo económico y social. Pero con ellos no hemos tenido posibilidad de discutir qué modelo proponemos a cambio. Además, esos frentes que se arman con vistas a las elecciones suelen tener una vida muy efímera. Hemos visto que en las últimas elecciones del '91 hubo ofertas electorales como las del FREDEJUSO, que ya no existe más. El Frente del Sur, que se constituyó con vistas a la elección de senador del año pasado, tampoco existe más. Y ahora existe este frente, del que ya se han desgranado algunas fuerzas políticas que van a votar a otros candidatos. El frente no es el resultado de un trabajo social que se viene realizando de abajo hacia arriba, y que a partir de la coincidencia en ese trabajo, en la universidad, en los gremios y en las entidades intermedias, se acuerda llevar a cabo un trabajo político posterior.

Podría pensarse en dos instancias de

discutido. Si en cambio hubiéramos discutido una propuesta, luego, entre todos, hubiéramos tratado de encontrar al candidato que mejor interpretara esta propuesta, o que mejor estuviera instalado en la sociedad para llevarla a cabo. Nunca se ha discutido la propuesta electoral.

Pero si acordamos que una propuesta electoral tiene su propia validez, ¿qué es lo que pesa a la hora de tomar una decisión de hacer o no esa alianza?, ¿hay un problema de tradiciones, una discusión de

leyes como la de reforma del estado y la ampliación de los miembros de la Corte, que no sólo hicieron quorum sino que votaron a favor, e incluso alguno de ellos hizo uso de la palabra para fundamentar la pretensión de ampliar los miembros de la Corte, como es el caso de Caviglia. No puede ser que al poco tiempo se descubra que hay una Corte sumisa que avala toda decisión del poder político y no se haya hecho una autocracia pública y un *mea culpa* en los errores cometidos.

Juán es la fuerza política con la que podría tratar la Unidad Socialista, porque fuerza cien por ciento puras que abre o cierra la brecha?

Le reitero, no ha habido posibilidades de discutir propuestas. Nosotros queríamos discutir una propuesta para someter al electorado; qué pensamos en materia de salud, educación, transformación del estado, privatizaciones, y no hemos podido discutir estas propuestas...

¿Pero no había un acuerdo a primera vista sobre la apreciación de cómo se están manejando esos temas hoy desde la política oficial?

Si la discusión se hubiera abierto, es

el ideal sería una integración dentro de la estructura del partido, pero si eso no se diera intentaríamos evitar la dispersión de los esfuerzos.

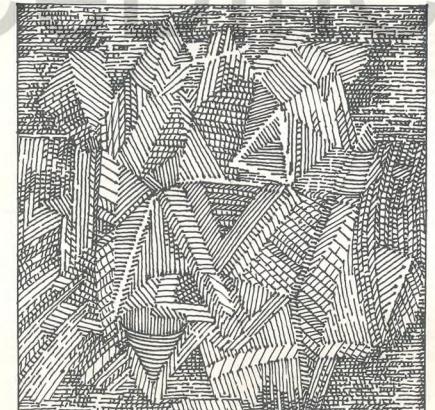
del país y las medidas que habría que tomar para modificarlas. Esas es un tema pendiente que tiene la izquierda en nuestro país. Cuálquier sea hoy el resultado electoral, sería bueno que con tiempo los diversos referentes de estos partidos nos sentemos a repensar el país, un nuevo país, para ir articulando una fuerza política que tenga el espacio necesario para modificar esa situación.

En otros países esas discusiones han sido paralelas a alianzas efectivas que incluían a sectores bien diversos de la realidad nacional. ¿Cómo interpretan esa experiencia que hoy puede plantearse en algunos países de América Latina y de Europa?

El país tiene sus propias realidades, sus propias características, no se pueden transplantar modelos de otras partes del mundo. En Argentina, la realidad es que hay dos grandes partidos que monopolizan la escena política del país y que luego existen una serie de partidos menores que no han sabido articular entre todos ellos una propuesta para tercerizar en la arena política y convertirse en un polo de poder que pueda ser visto por la sociedad como una alternativa. Lo que hay que impulsar es el debate en donde cada partido pueda exhibir su propia historia y su propia pasado. Nosotros no queremos este modelo, pero tampoco queremos volver al año '45. Queremos superarlo en nuevas propuestas, que las tenemos y las estamos discutiendo en el marco de la Unidad Socialista y las ofrecemos al electorado.

Peru propone haber coincidido pero siempre el tema fue planteado alrededor de las candidaturas, y eso abortó toda otra discusión. Pero eso no es culpa de la Unidad Socialista. Nosotros rechazamos el cargo que nos hacen algunos dirigentes de que la unidad socialista no quiere crecer. Nosotros creemos que la metodología que utilizaron otros sectores políticos para llevar a cabo una alianza electoral no era la correcta. Hay que comenzar por discutir una propuesta, porque incluso en el frente existen sectores políticos que son legisladores en las listas del menemismo, que votaron desde el Congreso de la Nación

posible que pudieran haber coincidido pero no habían posibilidades de discutir más que quienes encabezaban las listas de candidatos para las próximas elecciones. Toda la discusión se agotaba en que la Unidad Socialista debía aceptar el encabezamiento de determinados candidatos, algunos de los cuales no pertenecían a la Unidad Socialista. Efectuado el planteo de esa manera, evidentemente va des-



alianzas diferencias. Una es la que se plantea así, y otra es la alianza electoral, en la que la discusión sobre las candidaturas necesariamente va a ser muy importante, porque es lo que se elige.

No excluimos las alianzas electorales, pero no ha habido posibilidades de discutir más que quienes encabezaban las listas de candidatos para las próximas elecciones. Toda la discusión se agotaba en que la Unidad Socialista debía aceptar el encabezamiento de determinados candidatos, algunos de los cuales no pertenecían a la Unidad Socialista. Efectuado el planteo de esa manera, evidentemente va des-

Conversación con Carlos "Chacho" Alvarez

¿Una nueva identidad política?

El candidato del Frente Grande por la Capital aborda varios temas: la necesidad de construir un nuevo actor político, las dificultades de los frentes políticos y el objetivo de un partido único de izquierda.

Martín Plot y Alejandro Blanco

Cómo llegan a estas elecciones y qué diferencias encontrás con las candidaturas el único que abre o cierra la brecha?

También los socialistas hemos cometido errores en el pasado. En principio, fue importante la continuidad del Fredejuso que se presentó en el '91, y pudo posiblemente colocar a Aníbal Ibarra. Le prometimos a la sociedad que íbamos a colocar en el Concejo Deliberante a alguien que intentaría destrabar o desatar los nudos de corrupción que había en el Concejo y creo que en su gestión está cumpliendo con esa promesa. A esto hay que sumarle la elección a senador del Frente del Sur que fue buena y la alianza con la Democracia Popular que permitió ampliar los perfiles y plantear una propuesta más pluralista. Todo esto termina constituyendo una fuerza con capacidad de competir en la Capital

Federal y con posibilidades de discutir la mayoría que es el gran déficit que tienen las propuestas de izquierda. Siempre terminamos peleándonos por las clientelas minoritarias de tipo ideológico y lo que hay que lograr es un momento más productivo donde las fuerzas progresistas puedan discutir la hegemonía bipartidista. La diferencia en estas elecciones está relacionada con la credibilidad que logramos construir en la Cámara, y al mismo tiempo conseguimos trascender a los sectores más ideológicos y llegar de alguna manera a los sectores populares, aquellos que no tienen concepciones previas muy cristalizadas sino que están sometidos a estos vaivenes de pragmatismo político que tiene la Argentina y a los que los partidos de izquierda y centro-izquierda les costó siempre llegar. En ese sentido creo que en Capital, las condiciones son óptimas.

Sin embargo, en las elecciones del '91 las condiciones políticas generales aparecen como bastante problemáticas para el gobierno, con denuncias de corrupción más generalizadas que las actuales y con una estabilidad económica de unos pocos meses. A pesar de eso, al gobierno no le va bien. Bueno, el tema que sigue siendo dominante es el económico-social, y creo que es dominante en el sentido del voto. En un sistema bipartidista, una fuerza siempre espera desplazar al oficialismo a partir de sus errores, nunca a partir de intentar construir una opción superadora. El oficialismo

tiene varias ventajas. En principio, porque lo económico es todavía más importante que el tema de la independencia de la Justicia, la corrupción o inclusive el tema de la pérdida de derechos y la persecución ideológica. En ese terreno de la economía y la estabilidad creo que el gobierno tiene todavía el handicap de lo de competir contra un partido que la sociedad sintió como fracasando en el tema de dominar las principales variables económicas. Por otro lado, desde ningún otro lugar aparecen discutiéndose a fondo la matriz del plan de estabilidad. Se discuten aspectos del modelo, pero la gente para poner en riesgo lo que tiene quiere estar convencida que hay un modelo de gestión alternativa a la actual y eso no está claro.

¿Cómo te parece que es posible entonces construir un discurso de oposición?

Creo que es un error de la dirigencia política sobreestimar o plantear lo que uno no está en condiciones de hacer. Nosotros tenemos la necesidad de plantear que ésta es una elección legislativa, donde no se discute el modelo de país. Es una elección que tiene que ver con el tipo de dirigencia político-parlamentario que se va consolidando, y en este sentido creo que plantea la necesidad de abrir y pluralizar la representación en los cuerpos legislativos. Porque la gente lo que tiene que percibir como experiencia de la democracia argentina es que en estos 10 años lo que podemos ver como conclusión es que ésta ha se empoderado y las instituciones han perdido credibilidad. Y lo cierto es que estas instituciones han sido hegemonizadas por los dos partidos tradicionales del '83 a esta parte. Pongo el ejemplo de Aníbal Ibarra, de cómo un concejal está modificando la lógica de funcionamiento del Concejo, los temas referidos a la corrupción por ejemplo, porque saben que hay un concejal que

no solamente va a votar en contra de situaciones que tienen que ver con ilícitos sino que también los va a denunciar. Y en el caso de la Cámara de Diputados, la gente ha visto como 7 o 8 diputados hemos sido más oposición que el propio radicalismo que tiene un bloque de cerca de noventa diputados. O sea que en ese sentido hay una acción concreta que sostiene lo que estamos predicando. La gente ha percibido como nosotros nos hemos portado en la Cámara y cómo hemos ejercido la oposición al oficialismo durante nuestro mandato. Pensando en el sistema democrático, creo que en una elección parlamentaria como ésta es urgente ampliar la pluralidad representativa sobre todo hacia la izquierda y a los sectores progresistas de los partidos tradicionales, como el radicalismo, porque en el peronismo sectores progresistas casi no quedan.

Y vos incluís en este tipo de acción parlamentaria que acádamos de comentar a sectores que en esta coyuntura electoral no se han podido integrar al frente cuya lista encabeza?

Sí, hemos trabajado con Alfredo Bravo, que tiene una posición frenista. Desde el '91 intentamos un frente con el boicoteo sistemáticamente por el sector que conduce La Porta, que parecía estar encerrado en el control y mantenimiento de un aparato que evidentemente no resuelve la crisis y los déficits del espacio de centro-izquierda.

¿Qué explicación política le encontrás a esta actividad?

Fundamentalmente, un miedo absurdo

esto a veces se repite una idea de la izquierda de que un frente es la sumatoria de sellos inexistentes.

¿Cuáles serían entonces los límites de la agresión política?

Ir hacia un partido único. Habría que evaluar la disposición de cada identidad para aportar a una nueva síntesis, obligándonos y obligando a corremos del lugar de donde venimos. Yo he discutido mucho con mis compañeros que vienen del peronismo acerca del esfuerzo que hay que

hacer para lograr esto y proyectar una política para adelante. Creo que sigue habiendo una idea de frente donde la mayoría piensa que la identidad está para atrás. Y cuenta mucho romper con lo que se traé, y encontrar y reconstruir una nueva simbología. Entonces, es ese sentido me parece que tenemos que ser mucho más rigurosos con nosotros mismos en cuanto a si estamos construyendo o no representatividad. Creo que si ahí uno pone reglas de juego claras, se va a neutralizar esa idea de la sumatoria indiscriminada de sellos. Y si no, vamos a seguir viendo a la política con el lema de club, con una visión deportiva. Porque es dramático soportar al menemismo y que algunos sectores no lo vean. No tenés mucho espacio para divertirte en la política, tenés que intentar acumular algo de cierta embargadura, para competir en un escenario cada vez más difícil; si no, ¿cómo demostrar que el voto no es útil, no?

Vos sabés que actualmente existen otros modelos de construcción política posible para el progreso en la Argentina. Está la propuesta que sostiene Alfonso de la convergence, lo que plantea Bordon, y que suponen distintos diagnósticos y estrategias políticas. ¿Qué opinión te merece ese tipo de planteos?

Creo que si nosotros logramos construir un nuevo actor político, o por lo menos el germen de un nuevo actor político, podemos incorporar al debate temas que hoy no están planteados. No veo fácilmente instrumental en un sistema bipartidista el planteo de la coalición. No veo a Bordon intentando gobernar más con Alfonso que con el establecimiento. Si veo que podemos trabajar en común sobre algunos temas, como por ejemplo el tema educativo. Me parece que la coalición tiene que ver con la capacidad de que las políticas no expresen solamente la sumatoria de dirigentes progresistas, sino que esas políticas tengan un anclaje más fuerte en la sociedad de lo que tienen hoy. Debemos volver a discutir cómo se acumula consenso y poder en la sociedad, cómo se articula la sociedad civil, evitando que la energía se concentre en las internas partidarias y que los partidos se conviertan en meras máquinas productoras y reproducidas de candidatos. Y esto yo no lo veo resuelto en las fuerzas que plantea la coalición. Así planteada, se parece mucho a la alianza renovadora alfonsinista para reformar la constitución en la provincia de Buenos Aires. Desde el punto de vista de la ingeniería política, el acuerdo alfonsinista renovador en la provincia para generar una constitución progresista era totalmente bancable. Ahora, ¿cómo lo percibió la gente?, ¿por qué fue tan fácil de desmoronar para los Río, los Albamonte? ¡Sí! bien que los medios de comunicación jugaron un papel. Pero la discusión es: ¿con qué se sostiene una coalición progresista?, y en

Ada Horn
Editora

Laura Fava
Algunas víctimas

Buenos Aires Uruguay 651

Otro rumbo es posible

Un rumbo diferente al implementado por el menemismo es posible si los interesados en una modernización social amplia se enfrentan con inteligencia a dos problemas: el de la política económica y el político-institucional.

Julián Godio

El establishment argentino ha logrado producir cambios sustanciales en la economía, la política y la cultura argentina. El establecimiento principal logrado ha sido desmantelar el estadio propietario y distribuidorista; terminar con el "proteccionismo anacrónico" y producir una reestructuración gigantesca del poder económico y político por medio de la privatización del sistema de empresas estatales y de la apropiación de una cuota mayor del excedente económico a través del aumento de la presión tributaria y las ganancias de las empresas de servicios públicos. Este proceso de apropiación del excedente se consolidará por captación de los ahorros de trabajadores si es privatizado el régimen de previsión social.

Pudo lograr el ambicioso objetivo de instalar la economía de "libre mercado" porque fue capaz de producir dos hechos políticos básicos: a) demostrar que la política económica heterodoxa radical no servía para modernizar al país, político y cultural que logró provocar la hiperinflación de 1988; b) apoyando activamente al menemismo contra el caifanismo en las elecciones internas en el PJ en 1987, y luego convenciendo a Menem y su entorno que sólo era viable una decisión política de *shock monetario* con privatizaciones, desregulaciones y apertura.

Así ha logrado un éxito indudable, sobre la base de una población primero atónita y desconcertada por la hiperinflación, y luego angustiada por recuperar la estabilidad financiera. El gobierno menemista ha logrado en cuatro años consenso para hacer desaparecer el estado propietario.

El menemismo (con Cavallo a la cabeza y la Fundación Mediterránea como *think-tank*) es la forma más apropiada, "nacional", de aplicación en el país de las tesis centrales de la "revolución conservadora" tatcherista-reaganista. Su fuerza radica en que su política económica se inscribe dentro del impulso histórico producido por el neoliberalismo conservador a escala mundial. Sólo el peronismo —con su patrimonio de simbólicos populistas y paternalistas y el masivo control sobre los trabajadores— podía producir tales transformaciones dentro de la democracia política. La "idea-fuerza" neoliberal ha conquistado fuertes espacios políticos y culturales, no sólo en el peronismo sino también en el radicalismo, en sectores de la izquierda democrática, en el sindicalismo, etcétera.

Si no se detiene el actual curso

neoliberal desembocaremos inexorablemente en la constitución de una "economía de exportación", en un mercado laboral segmentado y en una sociedad de "dos velocidades". Una parte de la economía se modernizará, será competitiva; otra parte sobrevivirá en la inefficiencia y estándares de baja productividad, lo cual terminará por conformar dos sociedades absolutamente diferentes: una, conformada por un 30-40% de la población adscripta a los valores del capitalismo individualista; y otra, entre un 60-70%, que constituirá un conjunto heterogéneo de trabajadores sin capacidad profesional instalado en los sectores menos dinámicos del mercado laboral, y con fuertes porcentajes de subempleo y pobreza.

Es posible un rumbo diferente al neoliberalismo conservador encarnado en el menemismo? Si, a condición de que las fuerzas sociales y políticas interesadas en una modernización de base social amplia, resuelvan acertadamente los problemas: uno de política económica y otro político-institucional. Resuelto estos dos problemas, el paso siguiente es contar con la voluntad política necesaria para elaborar una plataforma común y provocar su debatida en la sociedad.

La única posibilidad de quebrar y desarticular el discurso menemista es presentar una propuesta a la sociedad que demuestre claramente que existe un modelo económico, social y político superior al neoliberalismo conservador. Este nuevo modelo debe contar con las ideas-fuerza necesarias para organizar en forma diferente tanto la economía de mercado como la institucionalidad política. Este modelo alternativo no puede ser retórico, debe demostrar su viabilidad y superioridad con propuestas puntuales y precisas, dirigidas a resolver las cuestiones que la población percibe como los aspectos económicos y políticos del actual gobierno menemista perjudiciales para los niveles de empleo, salarios, medio ambiente, etcétera.

En lo sustancial, el debate actual en Argentina es el siguiente: está en curso la implantación de una versión casera del modelo norteamericano individualista de economía, y que sólo es posible revertir y frenar implantando un modelo de economía de mercado comunitario y solidario. La diferencia entre ambos modelos de capitalismo no es de activos, sino sustancial, porque implica dos formas de formación y distribución del excedente económico, dos formas diferentes de funcionamiento del estado y dos formas diferentes de participación de la sociedad en la política.

En efecto, constituida la economía de mercado, la clave es si el excedente económico debe orientarse para fomentar la "economía de exportación" y para polarizar aún más el ingreso nacional en favor de los grandes grupos económicos, o si, en cambio, requiere ser destinado a orientarse y estimular el desarrollo integral del espacio económico nacional, con la apertura selectiva del comercio exterior y con

un fuerte impulso a la integración del mercado mundial y regional.

Pero esta última alternativa es imposible sin contar con un sólido Estado regulador de la economía, con capacidad de producir reformas estructurales en el sistema financiero y bancario, en el funcionamiento de los mercados y en las políticas de distribución de ingresos.

La modernización de base social amplia requiere un diseño de "reindustrialización", que debe ser identificado con un fuerte impulso al desarrollo agroindustrial integrado y a la localización de nichos en el mercado mundial para productos agrícolas, industriales y energéticos. Para lo cual se requiere de inversiones que sólo serán posibles preferentemente con los recursos provenientes del ahorro interno.

La inversión extranjera es prioritaria en las esferas tecnológicas y de mercado, pero secundaria en cuanto a recursos financieros. El ahorro interno es fundamental. Pero en Argentina, una parte substancial del ahorro interno es substraído del proceso productivo y usado con fines financiero-rentistas. Luego, si el estudio no está en condiciones de sanciar los mercados de capitales, no podrá incidir sobre la utilización del ahorro interno, como lo hacen los países industrializados. El estudio debe promover la formación de paquetes de recursos financieros y tecnológicos para proceder a la reindustrialización, y debe tener por lo tanto capacidad para desempeñar su rol regulador al estilo del llamado capitalismo ranciano.

Para que la sociedad se perciba a sí misma como agente movilizador y sustento social del estado regulador, éste debe cumplir algunos requisitos. Por un lado, debe conservar su función de productor y distribuidor monopolístico de los llamados bienes sociales (educación, salud, protección social, etc.). Por otro, debe promover la participación de la gente de las instituciones creadas para impulsar la industrialización.

No se trata pues de

bajar la presión impositiva sino de excluir del "mercado libre" a segmentos parasitarios y rentistas del capitalismo. Se percibe que el actual rumbo económico no conduce a una reindustrialización sino a la concentración del poder a manos de los nuevos grandes grupos económicos-financieros constituidos a partir de las privatizaciones. Y se intuye este poder emergente, que necesita ser contrabalanceado con la formación de un bloque popular, con capacidad de controlar y limitar el poder de los grandes grupos económicos y permitir la distribución equitativa de las riquezas.

La sociología apuesta mayoritariamente a la consolidación de la democracia, y por eso apoya una reforma de la Constitución, que podría incluir la posibilidad de rediseñar el sistema de relaciones laborales, el mejoramiento de los ingresos directos e indirectos de la población, la formación de fondos de inversión para la "reindustrialización", la producción y distribución de bienes sociales, el desarrollo del Mercosur y otras líneas de integración al mercado mundial, etc.

En síntesis, un programa para un modelo de modernización social amplia, para la construcción de una verdadera democracia económica, social y política, que

puede revertir la presunta incapacidad del derecho laboral de responder a las exigencias económicas actuales, de la noción de modernidad y de las posibilidades que aún tienen los asalariados de ser protagonistas de su futuro.

Omar R. Moreno

Llegamos entonces al segundo problema: ¿cómo plantear la cuestión de la formación de un bloque político con suficiente fuerza para compensar el poder del establecimiento?

La cuestión no puede ser planteada a priori, ya que la conocida fórmula de formar un "frente opositor". En realidad, a la sociedad no le interesa un "frente opositor" con fuerzas que regatean y compiten anárquicamente por cargos electorales, incluido el cargo de presidente de la República. Sólo le puede interesar y atraer la idea de un bloque popular pluripartidario capaz de gobernar. Por eso, la única forma de que una eventual convergencia de fuerzas políticas y sociales pueda aspirar a asumir el gobierno en 1995, sólo sería viable si se convence a la sociedad de que es posible gobernar "de otra manera". Lo cual conduce al tema de un cambio del sistema de relaciones políticas que sustentan el régimen constitucional.

Se tratará entonces de instalar en la esencia política una propuesta que garantice que el nuevo gobierno nacido en 1995 tenga una base de sustentación amplia, que sea elegido por acuerdo de la mayoría de los representantes en el Colegio Electoral, conformado con todas las fuerzas que apoyan la fórmula presidencial vencedora. Debe ser un gobierno de "concertación nacional", que no nacerá de un freno siente de la convicción de millones de ciudadanos corrientes que, al votar por su partido, están votando también por ese gobierno de concertación. Es necesario instalar desde ahora esta posibilidad de constituir un gobierno de base social y política amplia, para que las elecciones de octubre próximo ya estén vinculadas simbólicamente a ese objetivo estratégico para 1995.

Esta propuesta puede generar un clima político saludable si es que concreta la convocatoria en 1994 a la Asamblea Constituyente, que es la única institución legítima para reformar la Constitución. El debate nacional sobre un futuro gobierno de concertación nacional implica, desde ahora, el intercambio de ideas sobre las bases programáticas localizando las temáticas movilizadoras esenciales: el empleo, el sistema de relaciones laborales, el mejoramiento de los ingresos directos e indirectos de la población, la formación de fondos de inversión para la "reindustrialización", la producción y distribución de bienes sociales, el desarrollo del Mercosur y otras líneas de integración al mercado mundial, etc.

La sociología apuesta mayoritariamente a la consolidación de la democracia, y por eso apoya una reforma de la Constitución, que podría incluir la posibilidad de rediseñar el sistema de relaciones laborales, el mejoramiento de los ingresos directos e indirectos de la población, la formación de fondos de inversión para la "reindustrialización", la producción y distribución de bienes sociales, el desarrollo del Mercosur y otras líneas de integración al mercado mundial, etc.

¿Y si la solución fuera el derecho flexible? Entonces, ¿cuál?

tas efectivas a esta problemática desde la concepción rígida y globalizante del derecho vigente.

¿Qué es lo que está sucediendo?, ¿se requiere un nuevo orden rígido acorde con las nuevas exigencias económicas?, ¿será necesario dejar libras las relaciones laborales a un orden flexible establecido unilateralmente, que las someta a vicisitudes y riesgos de la empresa?

El problema para el derecho laboral es que no solo se han modificado las bases de la conflictividad en el trabajo sino que estos cambios se suceden cada vez más rápidamente y de manera particularizada, por lo que se demanda modificar y particularizar, reconstruir las necesidades e intereses de los actores sociales (no sólo de los empresarios) sino también de los asalariados).

Al final del siglo XX estamos confrontados con una situación irreversible de transformación permanente y particularizada, frente a la cual el derecho rígido resulta impotente e insuficiente.

Esta nueva realidad supone aceptar la idea de convivir en un marco de continuo e incierto devenir que rompe los esquemas tradicionales de certeza y seguridad que tenía como objetivo el derecho rígido.

Ahora bien, ante este marco de angustia y desorientación, ¿qué es lo que subyace?, ¿qué función le cabe al derecho del trabajo?, ¿flexibilizarse...? Y en caso afirmativo, ¿de qué manera? Es decir, ¿es que hay una sola vía o un solo derecho flexible que corresponde a una lógica en apariencia objetiva e inevitable, o por el contrario es posible hablar de un conflicto de lógicas aun en el campo de la flexibilidad?

La discrecionalidad patronal era consecuencia del carácter de mercancía que revestía el trabajo. Para poner freno a esa arbitrariedad eran necesarias normas generales que sujetaran la relación laboral del mercado, esto es que permitiese a los asalariados "ámbitos de acción y protección efectivos y exigibles rígidos que pudiesen ser reducidos, sin exclusiones y con el menor número de excepciones".

Sin embargo, no debe ignorarse que esta orientación común en las economías de mercado se gestó en un marco donde la presión sindical por obtener una cierta protección, pero fundamentalmente certeza en el trabajo, si bien se correspondía también determinó la conformación de un modelo de crecimiento que, estimulado por la demanda, parecía condonado a un crecimiento sin fin.

En los comienzos de la década del 70 se visualiza una progresiva modificación de esa dinámica económica por el fin del auge de la economía de posguerra. En esta nueva realidad la empresa recupera su papel predominante en el proceso de acumulación, y el desarrollo económico y la problemática social quedarán subordinados al éxito o fracaso de su gestión.

Condicionar o adaptar los factores productivos a las nuevas exigencias del mercado y contribuir al crecimiento de la productividad en la empresa, son los imperativos fundamentales que se contraponen a las normas rígidas del derecho laboral hasta hoy vigente.

El derecho laboral deviene así el principal acusado de la crisis. Como consecuencia de ello, desde lo institucional se prioriza un marco regulador que favorezca la competitividad y productividad de la empresa, lo que conlleva grandes consecuencias sociales que se justifican en nombre de la pretendida irreversibilidad de la alternativa de crecimiento vigente.

En los sectores sindicales, políticos y también técnicos (juristas, sociólogos) se constata una impotencia para dar respues-

tas allá de las formas que deba o pueda revertir, es su carácter integrador de los asalariados en los beneficios del progreso económico y social y disminuir en lo posible la desigualdad entre los actores sociales.

En consecuencia, la alternativa frente a un derecho flexible "rígido" que hoy se impone (rígido en cuanto resultado de la imposición como alternativa irreversible que puede ser negociado por las partes en igualdad de condiciones) consiste, ante todo, en reconstruir espacios de regulación efectiva para proteger a los actores a todos los niveles donde pudiera llegar a plantearse la conflictividad. Para ello es necesario convertir a los propios actores en protagonistas realmente de su propia regulación y control de su aplicación (por cuantos son los únicos capaces de ser guardianes de su situación social y de dar respuestas ante la evolución de sus necesidades desde sus respectivas lógicas), permitiéndoles acceder a una información cierta y exigible, que les posibilite participar con posibilidades concretas y cretivas y responsabilidad.

Es necesario convertir a los propios actores en protagonistas reales de su propia regulación y control de su aplicación.

Este presupone reorientar la intervención del estado para garantizar, en cada momento histórico concreto, la igualdad de posibilidades reales de los actores y la obligación tanto de negociar como de concretar acuerdos efectivos en todos los niveles donde se considera necesario. Pero esto tendría significación si el estado velara para que no se desnaturalizasen ni se confundiesen rigideces que obedecen al progreso de las ciencias como la fisiología o psicología aplicadas al trabajo y que han permitido a los asalariados "ámbitos de acción y protección efectivos y exigibles rígidos que pudiesen ser reducidos, sin exclusiones y con el menor número de excepciones".

Finalmente, ¿es posible reconstruir una vez más en este nuevo marco de transformación permanente y particularizada, una certeza "real" y redescubrir en el derecho del trabajo una función que le permite retomar como en sus orígenes (o al menos no desvirtuar) el lento camino hacia una mejor redistribución de la renta y una extensión de los beneficios sociales en la población?

En primer lugar, debe tomarse conciencia, si pana de error en el análisis de la realidad laboral, que toda transformación permanente y particularizada, una certeza "real" y redescubrir en el derecho del trabajo una función que le permite retomar como en sus orígenes (o al menos no desvirtuar) el lento camino hacia una mejor redistribución de la renta y una extensión de los beneficios sociales en la población.

En segundo lugar, lo que debe buscarse y recuperar para el derecho laboral, más

que suplante al anterior o al que ahora se propone, sino que podría significar atreverse a enfrentar el futuro confiando en la participación responsable de los protagonistas sociales.

Este futuro a descubrir que proponemos, por ser producto de las partes interesadas será una reconstrucción continua del devenir, una apertura a una serie de situaciones nuevas inimaginables, donde los actores tendrán la seguridad de contar con las armas adecuadas para reconstruir la certeza en las relaciones de trabajo que todo ser humano necesita y donde la función del estado será asegurar la igualdad de posibilidades y protagonismo.

Si poner en duda la importancia de asegurar en una sociedad dada un mínimo de garantías rígidas que impidan el trato discriminatorio y arbitrario, desde la lógica del trabajo, lo que importa hoy, más allá de las formas, es conservar los logros sociales alcanzados por el derecho social y contribuir a mantener una cierta igualdad entre los actores. Esto es, conservar su esencia animándose a desprenderse de su forma.

Pero todo debe tenerse presente que, mientras las decisiones económicas no puedan ser controladas (al menos respecto a aquellas que afectan al trabajo y sus efectos sociales: marginalidad, reducción de prestaciones sociales, etc.), es decir continúan estando unilateralmente en manos de los dueños del capital y/o del Estado, la eficacia de cualquier derecho protector será relativa, relativa en cuanto ese derecho sólo podrá ser ejercido en el límite de la subsistencia de la fuerza de trabajo y/o de los condicionamientos que sufra la empresa en la coyuntura.

Contestamos de esta forma que cualquier alternativa reguladora (jurídica) del sindicalismo (en tanto organización capaz de actuar y influir, desde la lógica del sector que representa, sobre el modelo de distribución y por ende de sociedad) gatillaría su participación, como en Suecia, Alemania, Francia, en la discusión y formulación de las políticas globales que le concernen o le afectan.

Para la sociedad, aceptar esta idea ya

Espacios

de crítica y producción

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS - UBA

Comité de Redacción:

Jorge Dotti, José Szabón,

Gladys Palau y Pablo Gentili

Secretario de Redacción:

Carlos Dámaso Martínez

APARECIO EL N° 12

INTERNACIONAL

Perú: el fracaso de los políticos

Retroceso económico, postergación social, grave desinstitucionalización por el fracaso de la clase política y una sociedad en proceso de desestructuración son algunos de los rasgos más salientes de la crisis por la que atraviesa el Perú. Así, la opción democrática se ve criticamente condicionada.

Luis Pásara

Con la elección popular de un congreso constituyente, realizada en noviembre de 1992, los comicios municipales efectuados en enero último y la detención del líder de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán, y un importante número de dirigentes de esta organización, puede haberse creado la impresión de una "vuelta a la normalidad". Sin embargo, Perú continúa arrastrándose penosamente por la peor etapa de su historia, en la cual la redacción de una nueva constitución -una mayoría parlamentaria fiel a los dictados del presidente Alberto Fujimori- difícilmente puede constituir una salida.

Perú ha sufrido, a lo largo de los últimos diecisiete años, una caída económica que ha llevado el producto *per capita* al nivel de la década de 1950. El fracaso de la clase política en el manejo de esta situación ha agudizado un grave proceso de desinstitucionalización, en el centro del cual se erige ahora un caudillo que recibe la aprobación de una buena parte del electorado. Caída económica y fracaso de la gestión pública han facilitado la apertura de un proceso de violencianización en la sociedad peruana, del cual Sendero Luminoso es la expresión política y más sanguinaria. De los signos de este proceso es la propia percepción ciudadana: para 95% de los encuestados por APOYO (agosto de 1992), el país está en crisis, y, seguramente como consecuencia de ello, 56% de entrevistados sostienen que, si pudieran emigrarían hacia el extranjero.

Más que una crisis

En los diecisiete años transcurridos desde que fue desplazado el gobierno del general Juan Velasco Alvarado, quien en 1968 había intentado realizar un proceso autoritario de drásticas reformas sociales, un componente cíclicamente renovado en el costado económico de la crisis -que es su aspecto más saliente en el escenario peruano- ha sido el ajuste fiscal y las reformas estructurales. En diversas formas y versiones, el gobierno militar Morales Bermúdez (1975-1980) y los gobiernos popularmente elegidos de Fernando Belaunde (1980-1985), Alan García (1985-1990) y Alberto Fujimori (desde 1990), impusieron programas de ajuste más o menos drásticos, que en definitiva se revelaron infructuosos respecto a sus propósi-

tos declarados: eliminar la inflación, sanear las finanzas públicas y restablecer las bases para un crecimiento económico sostenible.

Por el contrario, en este período se ha hecho relativamente estable un perfil económico del país cuyos rasgos más salientes son: 1) muy alta inflación crónica, 2) importantes caídas del producto que no han podido revertirse, 3) creciente peso de la droga en la actividad económica nacional y en las exportaciones, 4) la deuda externa como una carga insostenible y 5) un fisco en bancarrota. En 1992, el producto cayó por quinto año consecutivo y la inflación -a dos años y medio del último brutal shock de ajuste impuesto por Fujimori al llegar al gobierno- se mantuvo cercana a 60% anual. Como resultado, 80% de los 22 millones de peruanos viven en condiciones de pobreza y casi la mitad de ellos se hallan en indigencia; esto es, la imposibilidad de costear el valor de sus alimentos.

Cuando los políticos fracasan

En el plano político, en Perú se ha ido desenvolviendo un fenómeno de masivo rechazo a los partidos y a los políticos. Tal rechazo se basa en la percepción de que ni desde el gobierno, ni desde la oposición, los partidos han generado conductas encaminadas a procurar beneficios a un ámbito mayor al del propio partido, pese a la gravedad de la situación nacional. En una encuesta realizada por el investigador Jorge Parodi a fines de 1990 entre sectores populares de Lima, 94% de los encuestados se declaró de acuerdo con la afirmación: "el pueblo siempre ha sido engañado por los políticos que ha tenido el país".

No es de sorprender que esa misma investigación hallara que la mayoría de los encuestados en sectores populares muestra un bajo interés por la política: una cuarta parte de los entrevistados dijeron tener "nunca" interés por la política, 60% manifestó tenerlo "cuando hay elecciones" y 15% "algunas veces"; la respuesta "siempre" no fue elegida por nadie entre los 600 entrevistados mayores de 18 años que fueron incluidos en la muestra. En concordancia, más de una tercera parte de los encuestados por APOYO (36%) se inclinaron por la opción "Que los políticos me dejen tranquilo y no me perjudiquen", mientras 56% -sobre todo, debido a una muy alta respuesta positiva en los sectores mediano y alto- elegía alternativamente "Que mi opinión sea tomada en cuenta por los políticos" (junio 1992).

Los gobiernos sucesivamente elegidos en la década pasada no sólo han atinado a hallar remedio a la condición en caída del país. Además, los políticos en el gobierno nunca revelaron la existencia de opciones de manejo económico, con costos y resultados distintos, respecto a las cuales el país debía elegir democráticamente, a través de las instituciones de su régimen político. Por cierto, este rasgo es, como otros, com-

partido por el gobierno de Fujimori. En general, la oposición desempeñó un rol que vino a encajar bastante bien con el asumido por el sector gobernante. Esto es, usó las dificultades económicas del país y los escasos logros de quien estuviera en el gobierno como una ocasión propicia a la multiplicación de demandas que, sobre todo desde la izquierda, fueron exacerbadas sin sujetarlas al límite del posible. El rechazo de cualquier iniciativa gubernamental, la negación anticipada y sistemática de posibles resultados positivos en las políticas adoptadas y el cabalgamiento de demandas y conflictos sociales, se convirtieron así en recursos útiles a quienes esperaban hacerse cargo del gobierno en la siguiente ocasión electoral.

Hacia fines del período de García, la percepción del juego de gobierno y oposición probablemente había causado efectos en el electorado. Mientras el "volverse la espalda" de quien controlaba el poder podía generar entre los electores el sentimiento de haber sido traicionados, el juego opositorista era capaz de provocar la impresión de inutilidad en el esfuerzo soñado de realizar paros, marchas y otras acciones de protesta que no rindieron frutos en términos de modificar las políticas adoptadas "desde arriba". Este agotamiento consumió en la oposición agitación a las izquierdas y, probablemente, fue uno de los factores que las redujeron de respaldo electoral que, entre 1978 y 1985, llegó a su actual insignificancia.

Pero no sólo los partidos quedaron al margen del interés ciudadano. También las otras instituciones del régimen político resultaron seriamente afectadas. Antes de que Fujimori dictara la clausura del parlamento y la intervención del poder judicial, APOYO exploró entre los limeños los niveles de aprobación y desaprobación del gobierno y de las principales instituciones.

El gobierno en conjunto era aprobado por 50% de los encuestados y desaprobado por 31%. Pero el parlamento era aprobado sólo por 17% y desaprobado por 69%, mientras el poder judicial era aprobado por 12%, al tiempo que era desaprobado por un abrumador 78% [abril de 1992]. Un mes después, clausurado ya el parlamento, APOYO sondó la opinión existente respecto a los parlamentarios. 28% dijo tener una mala opinión de todos los parlamentarios, pero en el nivel socioeconómico más bajo esta opinión negativa pertenece a uno de cada tres encuestados. 59% del total de la muestra dijo tener una mala opinión de la mayoría, pero buena de algunos parlamentarios. Sólo 8% manifestó una opinión positiva de todos, o de la mayoría de los miembros del parlamento (mayo de 1992).

El segundo sector beneficiario del rechazo ciudadano a partidos y políticos fueron los "independientes": esto es, personajes que empezaron a aparecer en la escena pública, sin trayectoria política previa ni vinculación con los partidos políti-

cos. Los sentimientos ciudadanos respecto a partidos y políticos tuvieron dos beneficiarios principales. El primero es la subversión, que pudo presentarse como una oposición veraz y efectiva, en la medida que infligía un daño material a algunos de los responsables de las políticas económicas cuestionadas. A mediados de 1991, una encuesta de opinión encontró que 17% de encuestados en Lima consideraba que las acciones terroristas son justificables y, en el estrato más pobre -equivalente a 40% de la población de la capital- el porcentaje aprobatorio se elevaba hasta 23% (*Perú Económico*, agosto de 1991). En similar dirección corre uno de los hallazgos de Parodi, quien en su estudio halló entre sus entrevistados poca disposición manifiesta a usar de la violencia, pero comprobó que 49% de ellos se inclinaban por una actitud de comprensión ante el uso de la violencia por "otros" que la usen para "hacerse escuchar".

Sobre esta base y el desmoronamiento de la presencia del estado, la insurgencia creció desde 1980. Dos años después, gracias a sus sangrientas tácticas terroristas y a la "guerra sucia" con la que respondió ineficazmente la represión militar y policial, el costo ha superado los 25 mil muertos y las pérdidas materiales casi equivalentes al monto de la deuda externa del país.

La propuesta senderista no parece convocar a la mayoría del país pero, al tiempo que tampoco encuentra una decidida respuesta contraria de parte de esa mayoría, si recluta a algunos miles de personas que ven en un futuro holocausto la posibilidad de refundar la nación dentro de un esquema polropolitano. Aún no es claro el efecto que tendrá sobre estas huestes, enfervorizadas de maismo, la detención de su líder, Abimael Guzmán, ocurrida en setiembre de 1992. Es probable que en un movimiento de este tipo la caída del líder tenga un impacto poderoso. Pero es difícil imaginar que pronto pueda darse por terminado el intento subversivo. No sólo debido a que Sendero Luminoso mismo habrá de mantenerse en acción por cierto tiempo, aunque carezca de horizonte estratégico, sino porque cualquier mutación del fenómeno encontrado en el país un ambiente relativamente favorable a su desarrollo, tanto en las condiciones socioeconómicas prevalecientes como en las actitudes de la población. En la encuesta de Jorge Parodi aparece que, si bien tres cuartas partes de los entrevistados indicó que la democracia es su forma de gobierno preferida, 81% del total se manifiesta en favor de un "gobierno no elegido por el pueblo pero que sea justo y mejore la situación". En esta categoría bien podría en un futuro cercano quedar albergada una propuesta subversiva que use la violencia menos excesivamente que Sendero Luminoso y agrade mejor a la prolongada insatisfacción de los peruanos.

El segundo sector beneficiario del rechazo ciudadano a partidos y políticos fueron los "independientes": esto es, personajes que empezaron a aparecer en la escena pública, sin trayectoria política previa ni vinculación con los partidos políti-

Participantes de la reunión de Montevideo

Ariel Armel (Colombia), Rodrigo Arocena (Uruguay), Judith Astellar (España), Danilo Astori (Uruguay), Euclides Acevedo (Paraguay), Hugo Battalla (Uruguay), Nora Beretta (Uruguay), Atilio Borón (Argentina), Luis Brezzo (Uruguay), Angel Bruno (Argentina), Martín Buxeda (Uruguay), Emilio Camacho (Paraguay), Gonzalo Carámbula (Uruguay), Jorge Castañeda (Méjico), Manuel Castillo (Costa Rica), Gérard Collomb (Francia), Germán Correa (Chile), Rubén Correa Fleitas (Uruguay), Alberto Curiel (Uruguay), Isidoro Cheresky (Argentina), Mauricio Díaz David (Brasil), Daniel Díaz Maynard (Uruguay), Donato Di Santo (Italia), Antonio Elías (Uruguay), Santiago Escobar, Guillermo Estévez Boero (Argentina), Rui Falção (Brasil), Yamandú Fau (Paraguay), Hugo Fernández (Uruguay), Brasilmar Ferreira Nunes (Brasil), Adolfo Ferreiro (Paraguay), Angel Flisitsch (Chile), Hebert Gatto (Uruguay), Reinaldo Gargano (Uruguay), Carlos González Marques (Chile), J.J. Kurlansky (Francia), Ricardo Lagos (Chile), Manuel Laguaga (Uruguay), Jorge Lanzaro (Uruguay), Néstor Laverne (Argentina), Simón Lázara (Argentina), Eduardo de León (Uruguay), Fredy Lima (Uruguay), Samuel Lichtenstejn (Uruguay), Luis Maira (Chile), Jaime Marques Pereira (Brasil), Eduardo Miranda (Uruguay), Eduardo Miranda Salas (Chile), Neiva Moreira (Brasil), Rodolfo Nin Novoa (Uruguay), Raúl Pagoni (Francia), Juan Carlos Portantiero (Argentina), Osvaldo Puccio (Chile), José Manuel Quijano (Uruguay), Irineo Riet Correa (Uruguay), Domingo Rivarola (Paraguay), José Carlos Rodríguez (Paraguay), Osvaldo Rosales (Chile), Enrique Rubio (Uruguay), Pierre Salama (Francia) y Rafael Vergara (Colombia).

La Ciudad Futura

Suplemento/11

¿Existe una alternativa al neoliberalismo?



Ciclo de Seminarios organizados por la Fundación Jean Jaurès

A punto de culminar un ciclo dominado por la ideología y las propuestas políticas neoliberales, las fuerzas progresistas comenzaron a recorrer el camino que las aleja del desconcierto que se había apoderado de ellas en los últimos años. Disminuyó el vertiginoso accionar y la soberbia del nuevo dogmatismo que se había introducido en las sociedades actuales, y conocidas ya las consecuencias sociales de una política que tenía y tiene como su eje articulador al mercado autorregulado, es decir libre de cualquier intromisión del estado, que se expresa en los hechos en la más grande concentración de riqueza y de poder y en la más formidable exclusión social de que se tenga conocimiento, los valores de la libertad, de la igualdad de oportunidades y de la solidaridad, que habían sido erosionados por el utilitarismo desenfrenado, resurgen en búsqueda de una nueva traducción política, en condiciones por cierto distintas a las de las épocas de sus mejores implementaciones.

Precisamente este nuevo escenario, el de la mundialización de la economía, y problemas de renovada importancia como la nueva relación entre estado y mercado, la reforma democrática del estado, las nuevas fronteras entre espacio público y espacio privado, las relaciones entre cultura, democracia y desarrollo, en fin, el camino a recorrer para la implantación de los derechos universales de ciudadanía, fueron objeto de reflexiones en el Ciclo de Seminarios organizados por la Fundación Jean Jaurès que se inició en Montevideo entre el 16 y el 18 de julio de este año, que presidió Pierre Mauroy, presidente de la Fundación Jean Jaurès y de la Internacional Socialista, y que tuvo como invitados especiales a los ex presidentes Raúl Alfonsín, Rodrigo Borja y Julio María Sanguineti, al gobernador de Río de Janeiro, Leonel Brizola, y al intendente de Montevideo, Tabaré Vázquez. Algunas de esas reflexiones, las que sirvieron de introducción a las diversas mesas de trabajo, integran el cuerpo de este Suplemento. Otras, serán publicadas en los próximos números de *La Ciudad Futura*.

Del populismo al liberalismo

Estado y economía en América Latina
Jorge Castañeda

Vuelta a los mercados internacionales y fragilidad de las políticas económicas
Pierre Salama

Acerca del rol del estado en la actualidad
Raúl Alfonsín

Cultura, democracia y desarrollo
Ricardo E. Lagos

Del populismo al liberalismo

Estado y economía en América Latina

El desafío de América Latina sigue siendo encontrar el camino para lograr crecimiento con equidad. Hasta ahora todos los intentos, si es que los hubo, fracasaron.

Jorge Castañeda

El primer punto que hay que destacar es que el neoliberalismo, la aplicación de políticas llamadas neoliberales en toda América Latina desde hace unos cinco o seis años, es una fuga hacia adelante frente a un problema real que el Continente enfrenta desde hace mucho tiempo. Empezaremos describiendo ese problema a través de una metáfora, o de una paradoja que fue maravillosamente formulada por un economista chileno fallecido, Fernando Fajnzylber, llamada paradoja de la casilla o de la caja vacía. Fajnzylber construyó una matriz de crecimiento y de equidad, definió el crecimiento básicamente como una función de lo que ha sido el crecimiento en los países industriales a lo largo de los últimos tres años, y definió el crecimiento a través de una sencilla fórmula de distribución del ingreso nacional en los países de América Latina, y también en función de lo que es la equidad en los países desarrollados. Trató de ver qué países latinoamericanos tenían altos niveles de crecimiento, bajos niveles de equidad y cuáles tenían altos niveles de crecimiento y altos niveles de equidad desde la segunda guerra mundial en adelante hasta mediados de los años 80. Por supuesto que hubo algunos países que habían logrado altos niveles de crecimiento económico, siendo México y Brasil los más notables de ellos. Desde luego que estaban también los países que habían logrado o que ya tenían dosis de equidad satisfactorias comparables a las de Europa occidental, por ejemplo Argentina, Uruguay, Costa Rica y Chile. Y además había muchos países que no lograron ni crecimiento económico ni equidad, como los centroamericanos, los del Caribe, Perú, Ecuador, etc. Pero no había un solo país que, en 40 años de historia económica y social, haya logrado combinar el crecimiento con la equidad. Desde la posguerra vivimos en América Latina una era de ausencia de crecimiento con equidad. Ningún país lo ha logrado. Esto es dilema central de la región, y es el dilema ante el cual el populismo en el pasado y el neoliberalismo hoy son respuestas fallidas.

Si a esta constante en la historia económica y social reciente de la región le sumamos también el hecho de que, salvo notables excepciones –aunque ellas han tenido a su vez sus excepciones: Uruguay, Chile, Costa Rica–, no prevaleció la gobernabilidad democrática, tenemos no sólo un problema fundamental: cómo combinar crecimiento económico con equidad y gobernabilidad democrática en América Latina. Se trata de un problema que nadie ha podido resolver, que no es fácil resol-

verlo. Y esta es por cierto la cuestión a la que hay que responder.

Se trata de una enorme tarea de desarrollo, pero sin la estructura social y sin las estructuras políticas democráticas que la hagan posible. Esta ha creado un enorme reto financiero para el desarrollo, el reto de encontrar el dinero para que el estado haga lo que tiene que hacer, aun con la agenda del estado chico del consenso de Washington.

No se ha podido encontrar la respuesta a la pregunta de donde vendrá el dinero para financiar lo que hay que hacer. Porque hay grandes discrepancias entre neoliberales, socialistas, populistas, como se los quiera llamar en América Latina, a la vez que hay también grandes consensos, por lo menos de labios para afirmer, de que el estado debe asegurar la educación, la salud y desempeñar un papel fundamental en la construcción de infraestructura, de vivienda, etc., y en la defensa del medio ambiente.

Si todos tenemos entonces una agenda para el estado, el problema es pues encontrar el dinero para que el estado pueda cumplir con esa agenda. Y esa es en cierto sentido la segunda constante de la evolución económica y social de América Latina de los últimos 40 años: no se ha podido encontrar el dinero, se ha ido de una fuga hacia adelante a lo largo de esos años tratando de encontrar los fondos para financiar un desarrollo respectivo del cual supuestamente todos estamos de acuerdo.

Primeramente se trató de buscar el dinero procedente de rentas extraordinarias. A partir de 1938 en México, y hace 5 o 6 años en algunos otros países, se nacionalizaron prácticamente todos los recursos naturales existentes en América Latina. Como se trató de una región rica se nacionalizaron muchas cosas, y en muchos casos las rentas extraordinarias procedentes de esas nacionalizaciones y de esos recursos sirvieron de mucho. Se pudieron hacer numerosas cosas con esas rentas, pero, como era inevitable, en algún momento esa renta se iba acabar, y por cierto se acabó. La historia a veces es trágica, y a veces le juega trucos perversos a la gente. Carlos Andrés Pérez, quien nacionalizó el petróleo venezolano, al volver al poder 15 años después se vio obligado a iniciar su privatización. Pero la tendencia, más allá de la perversidad de la historia, está presente en muchas partes. Ya sea a través de los recursos naturales o del monopolio de servicios, ferrocarriles, teléfonos, etc., se siguió en la búsqueda de esas rentas extraordinarias, y si bien en algunos casos se logró algo, en todos ellos estos recursos terminaron por agotarse.

Cuando todo eso se terminó, había que seguir financiando el desarrollo de la mencionada agenda, pero también las crecientes necesidades que derivaban del aumento de la población, mucha de la cual se trasladó a las ciudades. Entonces se recurrió a la deuda externa. Y durante 10 años casi vivimos de eso. Resolvimos el proble-

ma del financiamiento del estado mediante el crédito, hubo quién nos prestara y casi todos estuvimos dispuestos a endeudarnos. El hecho de que todos estos dineros a veces se haya malgastado, casi siempre mal administrado y en algunos casos francamente robado, no altera el problema fundamental, esto es que no había dinero y que se lo buscaba para tratar de financiar este desarrollo. Pero, ¿por qué no se buscaba el dinero ahí donde lo encontraron otros? ¿Por qué no se lo buscó básicamente por la vía fiscal, que es la vía que en el resto del mundo se utilizó para financiar el desarrollo, cuando se financió? ¿Por qué no se establecieron sistemas fiscales como los que existen en Europa, como los que existen en Asia, que hubieran permitido, o por lo menos permitieron en otros países, financieras ramales semejantes aunque quizá más livianas?

El problema era fundamentalmente político. Sin el sesgo redistributivo de la democracia representativa el fisco no funciona. Así las cosas, hacia finales de los años 70 América Latina terminó en una situación casi trágica. La carga tributaria, como proporción del producto interno bruto, es la mitad de lo que se logra en Europa occidental y 50% menor que la de los países del Este asiático. Con esos dineros aquellos países financiaron el desarrollo, pero aquí no se podía seguir ese camino aunque hubo esfuerzos extraordinariamente llevados a cabo (los casos más exitosos, por cierto, no fueron de izquierda sino de derecha: el gobierno militar brasileño del 68 y el gobierno chileno en 1975, por ejemplo).

No se comprendió ese camino sino que se fue de fuga hacia adelante. Cuando se agotó la deuda externa comenzó la última fuga hacia adelante, que es la que vivimos ahora, y que consiste en la venta de los activos que se habían nacionalizado antes. Ya no generan rentas extraordinarias, pero al menos generan ingresos procedentes de su venta. Y con esto se espera financiar, pero como la carga es cada vez más alta y los recursos son cada vez menores, se tiene que realizar un ajuste. Y por cierto se han hecho enormes ajustes financieros macroeconómicos a lo largo de los últimos diez años en América Latina, algunos de los cuales han sido sumamente exitosos. Pero la característica principal constante y general de estos ajustes es que todos se hicieron del lado del gasto, nunca del lado del ingreso. Veamos el caso mexicano: según la propia OCDE, en 1980, época máxima del boom mexicano anterior, los ingresos tributarios representaron el 18% del PBI en México. En 1991, después de 11 años de estancamiento económico, 5 años de reforma económica neoliberal, de un esfuerzo muy meritario de mejoramiento de la recaudación fiscal bajo al actual régimen, el total del impuesto sobre el PBI era de 17.9%, es decir 0.1% menos que hace 11 años. Todo

No es posible financiar el desarrollo en América Latina sin una gran reforma fiscal.

La economía mexicana se encuentra hoy en una virtual recesión; se está desde hace un año y medio, y no puede crecer. No es que el gobierno sea equivocado, que no sepa qué hacer o no tener instrumentos. Tiene todo. Quizá sea uno de los gobiernos más competentes del mundo. No es que no sepan cómo hacerlo: no pueden. La economía mexicana se ha topado con tales restricciones externas e internas, que no puede crecer. La situación en Colombia y en Perú es semejante, aunque el grado de ajuste llevado a cabo quizás sea menor y las dificultades pendientes quizás sean mayores.

Otro es el caso de aquellos países en los que hay crecimiento, si se genera el crecimiento, pero no sólo va acompañado de equidad, sino, como ya varió lo han señalado, se empiezan agudizar de manera

aterradora las disparidades sociales existentes y ya de por sí muy graves. Son quizás arquetípicamente los casos argentino y venezolano, donde, en efecto, a nivel macroeconómico las cifras de crecimiento son reales, son impresionantes, pero empiezan a transformar, en el caso de Argentina, a una sociedad empobrecida de clase media en una sociedad del tercero mundo; y en el caso de Venezuela, una sociedad rica del tercer mundo en un país pobre del tercero mundo, que es quizás lo peor que le puede suceder a un país.

Además se producen excepciones raras que tienen explicaciones propias que vienen de muy bien, que pueden configurar una tercera opción y que estaría representada por los casos de Brasil y de Chile. Chile porque quizás en unos dos o tres años, si sigue por el camino actual, podrá volver el primer país de América Latina en condiciones de colarse en la castilla de Fajnzylber. Y Brasil, porque siendo un caso extraño, la oveja negra del neoliberalismo este año, la economía y el país que ha hecho peor la tarea, menos reformas, va a crecer más este año y en mejores condiciones que los dos modelos que son México y Argentina. La economía brasiliense crecerá este año más que la mexicana e incluso quizás más que la argentina: la brasiliense con un superávit comercial de 20 mil millones de dólares y la mexicana con déficit de 20 mil millones de dólares. No sé qué es preferible ser oveja negra o modelo.

El trasfondo del problema es que, cada vez más –y esto se ya ha analizado del FMI, sólo que no circularan–, más allá de la sensibilidad de los grandes flujos y procesos internacionales, ante situaciones distintas y cambiantes en los diversos países, América Latina se caracteriza por tendencias regionales y no país por país. Una serie de rasgos globales de América Latina y de Estados Unidos, y en menor medida de Europa, caracterizan la situación actual de América Latina. Por ejemplo, y este es el punto más importante, el dinero que ha fluído a América Latina en los últimos tres años, que es impresionante sin la menor duda, muy probablemente no está fluyendo por motivos de las políticas macroeconómicas aplicadas en un país o en otro, sino por motivos del enorme diferencial de tasas de interés y de rendimiento entre Estados Unidos y América Latina. Sino no se explica por qué el dinero fluye igual a la Venezuela convulsionada políticamente o a Chile cuya estabilidad política es ejemplar y envidiable por todos; que fluye igualmente el dinero a México, modelo de ortodoxia financiera macroeconómica, y a Brasil con una tasa inflacionaria superior al 30% mensual. La única explicación es que el dinero no está fluyendo a las bolas de Buenos Aires, de São Paulo o México porque hay un bucle o mal equilibrio macroeconómico sino porque los diferenciales de interés, aumentados a las posibilidades de estabilidad cambiaria, están garantizando rendimientos que no existen en otras partes. El día que esos rendimientos desaparezcan, desaparece el dinero y llevado a cabo quizás sea menor y las dificultades pendientes quizás sean mayores.

Son tendencias mucho más profundas las que están determinando todo esto. Sin embargo, el drama es que, a pesar de haber recibido estas enormes cantidades de din-

ro, estos verdaderos caudales de flujos de recursos en los últimos tres o cuatro años, si uno ve las tasas de inversión pública y privada país por país en América Latina durante ese lapso, no hay el más mínimo movimiento: es una línea estable. Llega dinero, pero la inversión física, la inversión real en las economías de América Latina permanece completamente estable. Y éste es el problema fundamental que también se da hoy con el paradigma neoliberal.

Si tenemos una agenda para el estado, el problema es cómo encontrar el dinero para que el estado pueda cumplir con esa agenda.

Otra de las características que también se generaliza es el surgimiento de enormes déficits comerciales con motivo de la apertura comercial y de la apreciación en términos reales de tipos de cambio. De no darse la una con la otra quizás no se produzcan los déficits. En realidad se tiene que dar ambas cosas a la vez porque sin la estabilidad cambiaria no se dará el apoyo político de las clases medias a los gobiernos que están llevando a cabo estas políticas.

El nuevo populismo latinoamericano es, si se quiere, un populismo cambiario, que garantiza artificialmente un tipo de cambio sobrevalorado para permitir un consumo generalizado de bienes importados para las clases medias a los gobiernos que están llevando a cabo estas políticas.

En el pasado, desde el punto de vista del estado, América Latina ha tenido no estados obsoletos o sobredimensionados sino estados pobres y autoritarios. Lo que se necesita ahora es un estado con recursos y a la vez democrática. En los últimos 10 años este último aspecto está siendo logrado, pero existen insuficiencias. Nuestras democracias son no sólo precarias y de baja intensidad sino también poco arraigadas, pues no han metido sus raíces en todos los ámbitos de la vida pública. Descentralización, mayor autonomía de los distintos estados del estado, etc., es una tarea política y económica prioritaria, porque es ésta una democracia lo que permite y garanteiza los pactos sociales, económicos y políticos que posibilitará avanzar por la vía de la redistribución.

Se trata de lograr la equidad o se postergó la equidad para lograr el crecimiento. Se tiene que avanzar en ambos frentes simultáneamente. Dicho de otra manera: redistribuir y crecer al mismo tiempo. Si no se hace eso no se avanza. Y hacerlo significa consolidar nuevos pactos internos y externos. Se trata entonces de realizar internamente una gran reforma fiscal y aumentar la carga tributaria de un 17% sobre el PBI a por lo menos un 50% más, para alcanzar niveles similares al los del Este asiático. Y, a la vez, en el ámbito exterior, tratar de buscar acuerdos más allá de tratados de libre circulación que obliguen a acatar la libertad de circulación del capital desde el punto de vista fiscal. Que inviertan su dinero donde quieran, que paguen impuestos donde viven. Y si no quieren vivir allí que vayan a vivir en otra parte.

El otro elemento fundamental es que tiene que haber un pacto o sanción democrática a cualquier pacto interno que se logre. En el pasado, desde el punto de vista del estado, América Latina ha tenido no estados obsoletos o sobredimensionados sino estados pobres y autoritarios. Lo que se necesita ahora es un estado con recursos y a la vez democrática. En los últimos 10 años este último aspecto está siendo logrado, pero existen insuficiencias. Nuestras democracias son no sólo precarias y de baja intensidad sino también poco arraigadas, pues no han metido sus raíces en todos los ámbitos de la vida pública. Descentralización, mayor autonomía de los distintos estados del estado, etc., es una tarea política y económica prioritaria, porque es ésta una democracia lo que permite y garanteiza los pactos sociales, económicos y políticos que posibilitará avanzar por la vía de la redistribución.

Se trata de lograr acuerdo con Estados Unidos, y con Europa en su caso, que impidan llegar a la situación que se describe, y que empiecen a comprender que también ellos tienen intereses contrarios. Porque es muy difícil que puedan hacer de América Latina su mercado y, a la vez, una zona próspera de crecimiento y de empleo en los que somos más competitivos. La producción es de anapología y la exportación es de cocaína. Si esto es lo que quieren que hagamos lo haremos, porque en eso si somos competitivos.

Se trata entonces de lograr acuerdo con Estados Unidos, y con Europa en su caso, que impidan llegar a la situación que se describe, y que empiecen a comprender que también ellos tienen intereses contrarios. Porque es muy difícil que puedan hacer de América Latina su mercado y, a la vez, una zona próspera de crecimiento y de empleo en los que somos más competitivos. La producción es de anapología y la exportación es de cocaína. Si esto es lo que quieren que hagamos lo haremos, porque en eso si somos competitivos.

Se trata entonces de lograr acuerdo con Estados Unidos, y con Europa en su caso, que impidan llegar a la situación que se describe, y que empiecen a comprender que también ellos tienen intereses contrarios. Porque es muy difícil que puedan hacer de América Latina su mercado y, a la vez, una zona próspera de crecimiento y de empleo en los que somos más competitivos. La producción es de anapología y la exportación es de cocaína. Si esto es lo que quieren que hagamos lo haremos, porque en eso si somos competitivos.

NUEVA SOCIEDAD

NOVEDADES

Rafael de la Cruz (coordinador)
Descentralización, gobernabilidad, democracia

Diego Abente Brun
Paraguay en transición

Perry Anderson
Norberto Bobbio
Umberto Cerroni
Socialismo Liberal
Socialismo Liberal

Varios
América del Sur hacia el 2000
González Martínez
América Latina: el precio de vivir de las materias primas

Editorial NUEVA SOCIEDAD
Distribución exclusiva
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Supuesto 617, 1008 Buenos Aires
Tel: (01) 322-3063/30825 • Fax (01) 322-7262

Acerca del rol del estado en la actualidad

Ante la caída del estado de bienestar y el surgimiento del neoconservadurismo debe articularse una respuesta desde los principios del pluralismo, la ética de la pluralidad, la ética de la solidaridad, la convivencia social y la participación.

Raúl Alfonsín

I

La crisis del estado en la actualidad. El estado de bienestar se desarrolló desde los años treinta a partir de la experiencia suave y se generalizó en Europa luego de la posguerra y por encima de las ideas ideológicas. También se puede considerar como un antecedente valioso el gobierno de Roosevelt en Estados Unidos en los tiempos del New Deal. Durante muchos años se logró el pleno empleo y una eficiente utilización del capital, al mismo tiempo que el desarrollo de importantes servicios sociales y buena rentabilidad empresaria.

El estancamiento de la economía que se produce en los años sesenta y la posterior recesión debida al notable aumento del precio del petróleo en los primeros años de la década del setenta provocaron dificultades crecientes al fisco, originando desequilibrios presupuestarios que se debieron tanto a la disminución de sus recursos como al aumento de las demandas sociales en virtud, precisamente, de la crisis económica. El problema se agudizó con el transcurso del tiempo, principalmente donde se apeló a la utilización del empleo público como forma de paliar los efectos de la desocupación y la burocratización del aparato estatal. Lo que sucede es que el notable avance tecnológico había incidido negativamente en el empleo y exigía incrementos del gasto público y, por otra parte, para mantener la demanda se requería el aumento del salario real, lo que producía inexorablemente la disminución de los beneficios de las empresas.

Se trata de construir una democracia solidaria, participativa y eficaz, capaz de impulsar las energías y de poner en tensión las fuerzas acumuladas en la sociedad; y para lograrlo hay que combinar la dimen-

cuenta que se hace necesaria la intervención del estado para encarar problemas de coordinación o de acción colectiva que no pueden ser resueltos por medio de leyes del mercado, como la contaminación del medio ambiente por ejemplo; o para brindar información relevante y correcta a los ciudadanos y consumidores; o para promover valores que no atiende la lógica del mercado.

A los religiosos del mercado, habría que recordarles que el liberalismo de Kant, Locke y Mill exaltaba la idea de la libertad, de modo que cada hombre pudiera ajustar su conducta de acuerdo a su propio ideal del bien y que nadie pudiera ser sacrificado en beneficio de otros. Que la libertad requiere que cada uno goce de posibilidades de realizar su proyecto de vida y, por lo tanto, el estado democrático debe hacer lo posible para garantizar la igualdad de oportunidades. Y, finalmente que, por eso, el liberalismo político, para concretarse, requiere que la democracia tenga un contenido social.

Pero el neoconservadurismo aparece hoy como la contrafigura, peligrosa por cierto, de la democracia basada en la solidaridad, la participación y la búsqueda de igualdad. Parte de una filosofía del cinismo que genera resignación, propone una democracia elitista que desalienta la participación y la búsqueda de igualdad; se apoya en una concepción del estado mínimo, que sólo debe ocuparse de la seguridad; se asienta sobre una idea económica que confunde la libertad individual con el mercado libre; reprende el gasto social por injusto, futile y peligroso; impulsa una educación socialmente discriminatoria que conspira contra la movilidad social y, finalmente, acepta la manipulación de la opinión pública como única forma de viabilizar políticas regresivas.

II

Valores que el estado debe preservar. ¿Cuáles son, entonces, los valores que tiene que tener en cuenta la gente de la democracia para definir el verdadero rol del estado? ¿en qué marco tenemos que colocar nuestra voluntad de transformación?

Según la doctrina que concebimos sólo puede constituirse a partir de una ética de la solidaridad, capaz de vertebrar procesos de cooperación que concurren al bien común. Esta ética se basa en una idea de la justicia como equi-

sión de la modernización con el reclamo ético, dentro del proceso de construcción de una democracia estable.

El estado nuevo que veremos crecer es otro que el que garantiza esa sociedad democrática. Su fin será facilitar a todos sus miembros el desarrollo de sus potencialidades así como el de sus derechos imprescriptibles: el derecho a la vida, al trabajo, a la educación, a la libertad, a la igualdad, a la propiedad en función social y a la participación activa y responsable en las decisiones políticas, así como la generación y distribución equitativa de los recursos para alcanzar una vida digna.

Una sociedad democrática se distingue por el papel definitorio que le otorga al pluralismo, entendido no sólo como un procedimiento para la toma de decisiones, sino también como su valor fundante.

En estos términos, el pluralismo es la base sobre la que se erige la democracia y significa reconocimiento del otro, capacidad para aceptar las diversidades y discrepancias como condición para la existencia de una sociedad libre. La democracia arrecha un mundo de semejanzas y uniformidades que, en cambio, forma la trama íntima de los totalitarismos.

Cuando se dice "pluralismo", la referencia alude a un estado que reúne simultáneamente las siguientes condiciones: a) Sus autoridades, personas habilitadas para crear normas, son resultado directo o indirecto del ejercicio político; b) Respetan las exigencias centrales del liberalismo político y del constitucionalismo social; c) Mantienen la vigencia de reglas dirigidas a promover la transformación económica y tutelar a los menos favorecidos; d) Incluye la forma republicana de gobierno, la responsabilidad de los gobernantes, la presencia opositora y la separación de poderes; y e) Implica la aceptación de un sistema de reglas de juego compartidas. El diseño democrático

implícita, pues, como condición de su ejercicio, un orden democrático, garantizado por el estado.

Es aquí donde hay acudir a la idea del pacto democrático, esto es, de un acuerdo que, al tiempo que salvaguarda la autonomía de los sujetos sociales, define un marco compartido en el interior del cual los conflictos puedan procesarse y resolverse y las diferencias coexistirán en un plano de tolerancia mutua. La concepción del pacto democrático aparece hoy como la mejor alternativa para permitir la coexistencia entre una pluralidad de actores con intereses diferentes y un orden que regule los enfrentamientos y haga posible comportamientos cooperativos.

La transición en libertad hacia el estado nuevo implica de por sí una sociedad integrada y con una interdependencia y una comunicación más estrechas entre los hombres que garantizan un común universo de valores compartidos y un orden respetado por todos.

Como dijimos, entonces, corresponde al estado nuevo crear las condiciones para que se afiancen los valores emergentes de la solidaridad y la tolerancia, recobrando así cada uno la confianza en "el otro" que permitirá desarrollar ese movimiento de participación, de modo que signifique una práctica democrática cotidiana.

Las respuestas de participación deben estar necesariamente entrelazadas con la

dad, como distribución de las ventajas y de los sacrificios, con arreglo al criterio de dar prioridad a los desfavorecidos aumentando relativamente su cuota de ventajas y procurando disminuir su cuota de sacrificios.

Este reconocimiento amplía el significado de los derechos humanos, que no sólo son violados por las interferencias activas contra la vida, la libertad y los bienes de las personas sino también por la omisión al no ofrecer las oportunidades y recursos necesarios para alcanzar una vida digna.

Lograr la consolidación de una sociedad integrada supone, en tercer lugar, la exclusión de la lucha salvaje como medida para dirimir las naturales contendidas entre diferentes ideas y propuestas y su exemplificación por el debate abierto y el consecuente respeto a la decisión mayoritaria y a los derechos de las minorías. Este constituye un primer compromiso para la movilización destrutiva de objetivos comunes.

Desde el punto de vista del rol del estado, construir una sociedad democrática moderna y fundada en una ética de la igualdad y la solidaridad requiere afrontar los problemas que plantea la tensión entre el orden y el cambio sociales. Superar esta falsa disyuntiva constituye uno de los principales desafíos que se plantean al estado. Este debe garantizar el ejercicio responsable de las divergencias y las oposiciones, pero su propia existencia supone un consenso básico entre los actores sociales, es decir, la aceptación de un sistema de reglas de juego compartidas.

El diseño democrático implica, pues, como condición de su ejercicio, un orden democrático, garantizado por el estado.

Es aquí donde hay acudir a la idea del pacto democrático, esto es, de un acuerdo que, al tiempo que salvaguarda la autonomía de los sujetos sociales, define un marco compartido en el interior del cual los conflictos puedan procesarse y resolverse y las diferencias coexistirán en un plano de tolerancia mutua. La concepción del pacto democrático aparece hoy como la mejor alternativa para permitir la coexistencia entre una pluralidad de actores con intereses diferentes y un orden que regule los enfrentamientos y haga posible comportamientos cooperativos.

La transición en libertad hacia el estado nuevo implica de por sí una sociedad integrada y con una interdependencia y una comunicación más estrechas entre los hombres que garantizan un común universo de valores compartidos y un orden respetado por todos.

Como dijimos, entonces, corresponde al estado nuevo crear las condiciones para que se afiancen los valores emergentes de la solidaridad y la tolerancia, recobrando así cada uno la confianza en "el otro" que permitirá desarrollar ese movimiento de participación, de modo que signifique una práctica democrática cotidiana.

Las respuestas de participación deben

estar necesariamente entrelazadas con la

vida cotidiana y los intereses más vitales de cada ciudadano. Deben estar orientadas a sus aspiraciones más importantes y vinculadas con la satisfacción de necesidades concretas de modo que cada hombre -y particularmente los jóvenes- se sienta dueño de su propia vida y constructor de la nueva sociedad.

El concepto de esta democracia participativa que el estado debe impulsar, representa una extensión e intensificación del concepto moderno de democracia, y no se contrapone en modo alguno al de democracia formal. Toda democracia es formal, en tanto implica normas y reglas para contener, delimitar y organizar la actividad política y el funcionamiento de las instituciones del estado y de la sociedad. Y toda democracia, por definición, implica también la participación de la ciudadanía en las decisiones políticas.

El orden democrático no debe ser concebido exclusivamente como un límite a las iniciativas de los actores políticos individuales y colectivos. Por el contrario, dicho orden debe definir las modalidades que los ciudadanos participen de decisiones que los afectan en instituciones inmediatas a su propia esfera de acción. En la medida en que esas instituciones tengan poder efectivo, esta participación no será un mero ejercicio cívico sino que tendrá efectos trascendentes para la vida de los individuos, que asumirán con más profundidad su papel de actores y -por lo tanto- de custodios del sistema democrático.

La desburocratización, que busca liberar fuerzas contenidas por una cultura corporativa, no implica necesariamente

descentralización ni descentralización, que implica sacarnos de encima este peso que nos inmoviliza. Es nuestro deber construir la respuesta progresista que nuestros pueblos reclaman y las naciones necesitan, promoviendo democracias sociales que se presenten como alternativa al modelo neo-conservador y rescaten una idea de justicia que atraviesa la historia y se enraíza en principios éticos fundamentales.

Una sociedad democrática se distingue por el papel definitorio que le otorga al pluralismo, entendido no sólo como un procedimiento para la toma de decisiones, sino también como su valor fundante.

de nuestra herencia pero sin esclavizarnos a ella. Ella nos pone límites, pero desde esos límites hay un solo camino.

a) La tesis que sostengamos es que en muchos casos, la situación no podrá ser sobrelevada aisladamente por un partido político. Será necesario lograr una convergencia de diversos sectores políticos, sociales y económicos, con el propósito de constituir una alianza suficientemente fuerte como para estar en condiciones de enfrentar a la que ha controlado la reacción.

b) En muchos países será necesario lograr acuerdos económico-sociales, comprendiendo que los sindicatos constituyen un factor fundamental de la constitución de la democracia, así como que diversos sectores empresariales pueden estar dispuestos a una alianza que les brinde seguridad, previsibilidad y demanda estandarizada.

c) La búsqueda de la modernización a través de la participación y de la solidaridad, implica convocar a quienes trabajan en los diversos movimientos sociales que procuran concretar diversos objetivos de justicia, en las cooperativas, insubstituibles para la democratización de la economía, en las mutuales, y en diversos sectores de la producción agredidos por políticas especulativas que atentan contra el desarrollo.

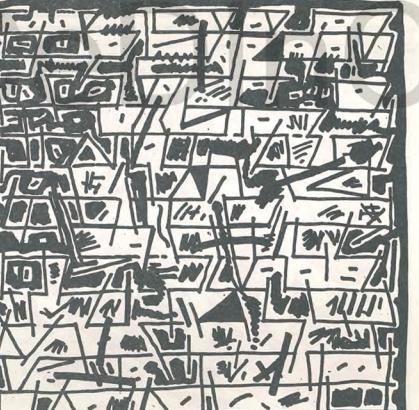
d) El estado debe ser garante de la emergencia de una sociedad solidarista en la que la mayoría de los ciudadanos se sientan obligados a luchar, sin diferencias en cuanto a su pertenencia sectorial, por un conjunto de derechos esenciales que constituyen la base del respeto a la dignidad humana. Solo así la sociedad será justa y, desde luego, aceptable también desde la perspectiva de quienes están en desventaja.

e) La creación del estado nuevo requiere un orden mundial regido por el derecho internacional, que garanticé a débiles y poderosos el ejercicio de las soberanías nacionales.

F) Es necesario trabajar para la implantación de un sistema de justicia social en todo el mundo, sin el cual, aunque se generalizan las políticas contra el dumping social, resultaría imposible evitar una competencia que tornaría como variable de ajuste a los salarios. Una herramienta idónea para el arranque de esta primordial tarea, sería la realización de una reunión cumbre de los derechos sociales.

g) Lo mismo puede decirse del desafío ecológico. Fundamentalmente se trata, por cierto, de la preservación del planeta, y en este aspecto, la responsabilidad mayor es de los países desarrollados.

h) Finalmente: la justificación de toda organización política reside en la protección y promoción de los derechos fundamentales de la persona. No se trata de una cuestión teórica abstracta, aunque resulta imprescindible definir correctamente los grandes objetivos. Se trata de la forma en que podrán aplicarse los principios que los inspiran y superar las resistencias que surgen generalmente, de actitudes particulares o colectivas vinculadas a diversas manifestaciones de egoísmo que inciden en la teoría y la práctica del rol del estado.



privatización en el sentido vulgar de los reclamos ultraliberales. Si rechazamos al estatismo agobiante que frenó la iniciativa y la capacidad de innovación, no ignoramos que la rigidez y la defensa de bastiones privilegiados no ha sido sólo patrimonio del estado sino también de la empresa privada.

III

La construcción del estado nuevo. Las propuestas conservadoras que hoy nos abogan están destruyendo moral y materialmente algunas de nuestras naciones. Es

NUEVA SOCIEDAD

SUSCRIPCIONES ANUAL BIENAL
(incluido flete aéreo)

América Latina	US\$ 30	US\$ 50
Resto del Mundo	US\$ 50	US\$ 90
Venezuela	Bs. 500	Bs. 900

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61712 - Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

Cultura, democracia y desarrollo

En América Latina, que asiste a un cambio de época en el modelo sociopolítico, se manifiesta también, cada vez con mayor nitidez, un problema central de la política actual: el de la crisis de los sistemas de representación.

Ricardo Lagos E.

1

En América Latina se están produciendo simultáneamente procesos de consolidación democrática con crisis de los sistemas de representación. Ello se explica en gran parte porque la democratización o redemocratización política de los últimos diez años, son el signo más visible de fenómenos muy profundos que afectan al conjunto del sistema político, a las relaciones entre Estado y sociedad, a la cultura y modo de pensar y hacer la política. Es probable que en esta materia estemos asistiendo a un cambio de época en el modelo sociopolítico, del mismo modo que parece asistirse a una nueva época en materia de modelo de desarrollo.

2

Esta transformación es triple: cultural, institucional y práctico organizacional, y puede definirse como el término de un modelo sociopolítico caracterizado por el predominio del pensamiento revolucionario y la fusión entre Estado, por un lado; partidos, movimientos o liderazgos, es decir, sistema de representación, por otro; y, finalmente, sociedad y actores sociales. La forma privilegiada de esta fusión, aunque no la única, era el populismo o el modelo nacional popular. Lo que está por verse es si podemos construir un modelo socio-político de concertación, negociación, confrontación y competencia propiamente institucionales, si los regímenes democráticos serán relevantes para canalizar las demandas y conflictos sociales, y si estados, partidos o sistema de representación, y sociedad civil o actores sociales podrán cada uno, a la vez autonomizarse, fortalecerse y complementarse. El riesgo en este proceso es menos la regresión autoritaria, aunque ella siempre está presente, que, sobre todo, la irrelevancia del régimen democrático frente a poderes fácticos, y la descomposición de las formas estatales, de representación y de acción colectiva.

3

Este paso de un viejo modelo sociopolítico a uno nuevo, acuciado por tales desafíos y más allá de las transiciones desde el autoritarismo a la democracia, plantea una profunda mutación de los sis-

temas de representación y partidarios, al menos en dos dimensiones. Por un lado, a nivel del sistema de partidos, es decir, al conjunto de ellos, sus relaciones mutuas y sus relaciones con la sociedad. Estos sistemas partidarios o no se construyeron sobre determinados clivajes, o fueron máquinas inclusivas (*catch all parties*) que no representaban los verdaderos fraccionamientos de la sociedad, o asumieron por sí mismos la representación del conjunto de la sociedad excluyendo a otros. Lo que predominó fue una visión generalizada tanto en el sentido que las diversas contradicciones o fraccionamientos en las que se basaba el sistema partidario, eran los únicos y permanentes y, por lo tanto, se excluía la representación de otras contradicciones y fraccionamientos; como en el sentido que había una contradicción principal (laicismo-confesionarismo; capitalismo-trabajo o capitalismo-socialismo; autoritarismo-democracia; crecimiento-estancamiento), cuya resolución automáticamente resolvía todas las otras contradicciones de la sociedad. La visión misiánica o revolucionaria atravesó a todos los partidos que identificaban sus propios intereses y visiones con el país, y cuyo ideal más

que los sistemas de decisión interna, independientemente de su inserción en un régimen democrático a nivel de la sociedad, establecían teóricos de caudillismos, fraccionamientos, corporativismos, es decir de formas más autoritarias que democráticas.

4

Tres me parecen ser los cambios más importantes que afectan al sistema de representación, modifican las formas de ciudadanía e implican un cambio de cultura

La cultura política ha cambiado y desaparece la visión que un eje de la acción colectiva resuelve por sí solo los demás problemas de la vida social.

política. El primero lo refiere a que surgen nuevas contradicciones o fraccionamientos que se superponen o, en algunos casos reemplazan los antiguos, y que obligan a la reformulación del sistema de la sociedad y no puede subsumirlos en una sola contradicción como ocurría en el modelo anterior. Y, por supuesto, entre estos diversos ejes, hay contradicciones que no se resuelven con la ideología del cambio global; una propuesta en uno de estos ejes puede ser contradictoria con la mejor propuesta para otro. Dicho de otra manera, la política cambia de forma, y desaparece el estilo revolucionario o totalizante, los partidos o actores políticos deben representar a la sociedad, al menos en cuatro grandes ejes que definen el conflicto actual, sin soluciones traspasables o automáticas entre uno y otro. Estos ejes son: a) la profundización de la democracia política y la superación de enclaves no democráticos, entre los que se cuentan las formas de gobierno, las descentralizaciones, las formas de participación, las relaciones cívico-militares; b) la redefinición de un modelo de desarrollo que asegure crecimiento, equidad y una inserción internacional autónoma del conjunto y no sólo un sector de la nación; c) la superación de la pobreza estructural que divide a las sociedades y a todos sus sectores sociales entre los que quedan dentro y los marginados; d) la formulación de un modelo de modernidad y formas de convivencia que permita la expansión de los diversos sujetos sociales, y que combine la racionalidad científico-tecnológica, la racionalidad expresiva o comunicativa y la memoria histórica de cada uno de ellos.

5

El segundo es que la cultura política ha cambiado de modo que desaparece la visión que un eje de la acción colectiva resuelve por sí solo los demás problemas de la vida social. Ello significa que cada partido está obligado a posicionarse sobre el conjunto de ejes que atraviesa la sociedad y no puede subsumirlos en una sola contradicción como ocurría en el modelo anterior. Y, por supuesto, entre estos diversos ejes, hay contradicciones que no se resuelven con la ideología del cambio global; una propuesta en uno de estos ejes puede ser contradictoria con la mejor propuesta para otro. Dicho de otra manera, la política cambia de forma, y desaparece el estilo revolucionario o totalizante, los partidos o actores políticos deben representar a la sociedad, al menos en cuatro grandes ejes que definen el conflicto actual, sin soluciones traspasables o automáticas entre uno y otro. Estos ejes son: a) la profundización de la democracia política y la superación de enclaves no democráticos, entre los que se cuentan las formas de gobierno, las descentralizaciones, las formas de participación, las relaciones cívico-militares; b) la redefinición de un modelo de desarrollo que asegure crecimiento, equidad y una inserción internacional autónoma del conjunto y no sólo un sector de la nación; c) la superación de la pobreza estructural que divide a las sociedades y a todos sus sectores sociales entre los que quedan dentro y los marginados; d) la formulación de un modelo de modernidad y formas de convivencia que permita la expansión de los diversos sujetos sociales, y que combine la racionalidad científico-tecnológica, la racionalidad expresiva o comunicativa y la memoria histórica de cada uno de ellos.

6

El tercer cambio resume la transformación del contenido y forma de la política. Pasamos de políticas ideológicas a políticas más instrumentales. Ello es positivo en la medida que se abandonan los fanatismos y sectarismos que polarizan la sociedad. Pero conlleva el riesgo de la primacía del interés por sobre la ética y los valores o la preocupación por la "sociedad buena", convirtiendo a la política en un simple mercado, donde impera la ley del más fuerte, no en términos de fuerza física, sino de poder simbólico, político o económico. De la política jacibona que movilizaba masas con cierto fanatismo, pasamos a la política maquiavélica de manipulación cupular. El riesgo universal es la corrupción entendida ella como el uso de las instituciones de interés y bien comunes, sino en beneficio sectorial y particular, no sólo en términos económicos, políticos o simbólicos. □



CAPÍTULO II Madrid

que la confrontación o la competencia, era la eliminación o absorción del otro. Por otro, a nivel de los partidos individuales, el ser portavoces de una verdad única y excluyente, los hacía organizarse de un modo en que la militancia heroica sustituya la representación por la apelación pública o la propaganda.

ganda y la extasiación carismática, sino más profundamente, el que mientras no se constituye un nuevo modelo de representación que supere la crisis y los problemas descriptos, tal sustitución será inevitable.

LABORALES

Seis hipótesis sobre una frustración argentina

El diálogo social y la participación

¿Cuáles son las razones por las que el diálogo social parece cada vez más inviable en nuestro país? El viejo diálogo entre el estado y sus interlocutores sociales profundiza los desequilibrios precedentes.

Adrián O. Goldin

E l proceso de ajuste de la economía argentina no ha sido acompañado hasta hoy por mecanismos de diálogo y consulta de carácter tripartito ni por otras modalidades de participación conjunta de las organizaciones sindicales y empresas en el diseño o la ejecución de las políticas públicas que permitieran acotar sus más inequitativas implicancias sociales. En el marco inevitablemente esquemático de esta nota, me propongo formular algunas hipótesis, elaboradas especialmente a partir de la experiencia de la última década, cuya verificación contribuiría a explicar por qué el diálogo social parece aún inviable en Argentina.

1

La cultura política imperante en la Argentina, transida aún por una fuerte implantación de signo corporativo, no alcanzó a procesar la lógica novedosa, participativa y autonómica, de las experiencias neocorporatistas. Mientras algunos previeron contra éstas con los prejuicios y aprensiones incorporados en décadas de reciente "estabilización" corporativa de los poderes públicos, otros la malinterpretaron como formas modernas de legitimación democrática de viejas prácticas autoritarias de (alternativamente) dominación o sometimiento sectorial. Es probable que la falta de intima comprensión de la lógica neocorporativa (democrática y pluralista) explique comportamientos que, en los mismos actores, transitaron desde la negación misma del diálogo social en sí, hasta su antagónica anulación bajo la forma de la integración ultracorporativa de los actores sociales en el gobierno.

El radicalismo es un partido de neta filiación demobilizador en sus concepciones políticas. Engendró como un partido de los ciudadanos, la práctica anticorporativa forma desde hace mucha parte consustancial de su bagaje ideológico (Acuña, Dos Santos, García Delgado, Golbert, 1986). Esta tradición partidaria se manifiesta en una actitud de prevención respecto de las diversas expresiones del interés sectorial, retroalimentada por una experiencia histórica de distancia y confrontación.

Se puede advertir, además, cierta ambigüedad conceptual en el seno de la propia Unión Cívica Radical relativa a

diversos aspectos de la política laboral, las relaciones del trabajo y sus vinculaciones con el sistema político. Luego de perfilar hacia los últimos años de la década del '50 una concepción moderna y libertaria en las relaciones sindicales que se expresara en el artículo 14 bis que la Convención Constituyente del '57 incorporó a la Constitución Nacional, amplios sectores del radicalismo fueron, paradójicamente, capturados por un notable fenómeno de implantación cultural: el que consagra el modelo sindical y de las relaciones colectivas del trabajo diseñado por el peronismo a mediados de los 40's, descalificado ("antisindical", "antipopular", "antibolivia") cualquier manifestación que implicase cuestionarlo. No hay otra explicación para el hecho de que la plataforma electoral con la que la UCR afrontaría las elecciones de 1983 sostuviera y propiciara el régimen del sindicato único impuesto por la ley y habilitado por el Estado. (El denominado proyecto "Mucci" no se propuso cambiarlo sino tan sólo tonalizarlo de un matiz algo más democrático. A nuestro juicio no hubiera servido; por mucho que se le pretendiera corregir, un régimen de sindicato único como el que está vigente en la Argentina, abandonado en casi todos los países en los que alguna vez impone precisamente en el momento en que emergieren del totalitarismo, no permite garantizar un ejercicio sostenido de la democracia en el funcionamiento interno de los sindicatos ni en su acción externa (Goldin 1992).

Esas consideraciones contribuyen a explicar cómo el gobierno radical pudo creer innecesario convocar al diálogo social al inicio de su gestión, para intentar después del fracaso "Mucci" diversos acercamientos con los actores sociales en los que reclamó apoyo sectorial para las políticas públicas que previa y unilateralmente diseñara. Será también más fácil entender cómo pudo tiempo después ensayar un emprendimiento de inoculable sesgo corporativo, como lo fué la incorporación al gobierno de uno de los más ortodoxos sectores del sindicalismo peronista, para terminar, finalmente, apoyando la restauración legislativa del anacrónico modelo "histórico" de las relaciones del trabajo.

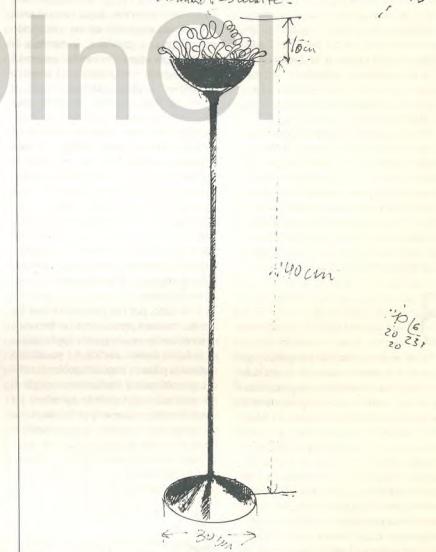
2

Parece comprobarse en la experiencia argentina que la existencia de ciertos instrumentos jurídicos o políticos a disposición del Estado que permiten intervenir en la formación, organización y en la vida interna de los actores sociales así como en el modo en que se relacionan, ofrecen a los gobiernos alternativas espurias, pero más "cómodas", inmediatas y menos restrictivas que el diálogo y la participación social, para prevenir resistencias en la formulación de las políticas de ajuste. El diálogo social se torna "prescindible" cuando no se guardan relaciones de estricta alteridad y autonomía entre el gobierno y cada uno de

los interlocutores sociales. No se dialoga, consulta y acuerda sino con OTRO sujeto AUTONOMO; ausente este requisito, se presentan con perversa atracción otras alternativas: la cooptación, el sometimiento, la "colonización" o la incorporación corporativa.

El modelo sindical alumbrado hacia mediados de la década de los 40's concibe al sindicato como un elemento estructural ("columna vertebral") del movimiento justicialista en ejercicio del poder político y, en consecuencia, como un instrumento de proyección de los atributos del Estado. En esa misma lógica, el sistema se compleja con un esquema normativo -an subíndice- con el cual es el Estado el que asigna o suprime de modo exclusivo las facultades propias de la acción sindical ("personería gremial"), el que resuelve compulsivamente sus conflictos con los empleadores y hasta con los otros sindicatos

"...NAFUE ESTE LICO, AMIGO!!" Objeto encontrado, nació fijo
150 x 30 x 30 Sp. 745 2001 - Nuevo, usó 1/2 a la proximidad
2 luminoso, escurio



los interlocutores sociales. No se dialoga, consulta y acuerda sino con OTRO sujeto AUTONOMO; ausente este requisito, se presentan con perversa atracción otras alternativas: la cooptación, el sometimiento, la "colonización" o la incorporación corporativa.

Sirve de ejemplo, en efecto, la estrategia desplegada durante los últimos años por el gobierno justicialista que, tras inducir la fractura que separó a la abulínista CGT Azopardo de la menemista CGT San Martín, recurrió masivamente a ese conjunto de instrumentos de intervención. Paradójicamente, la CGT abulínista, que había alejado sin reservas el proceso de restauración del régimen estatalista del sindicato único así como el de las obras sociales -nació fijo- durante las gestiones ministeriales de Alderete y Tonelli- habría de ser en esta oportunidad la sobresaliente víctima propiciatoria.

De tal modo, ni esa central sindical ni los sindicatos que adherían a ella tuvieron tregua hasta su virtual desmoronamiento.

El gobierno dispensó a la CGT "San Martín" la *personería gremial* (título nobiliario del "único"), que implicaría el reconocimiento del derecho exclusivo al ejercicio de todas las facultades propias de la acción sindical, y el consiguiente desconocimiento oficial de la restante. La designación al frente del organismo de aplicación del sistema de obras sociales sindicales de un dirigente del "oficialismo" sindical, hizo

posible la privatización de todo apoyo financiero a las obras sociales de los sindicatos abulindistas, agravando y precipitando las crisis que ya las afectaban. Los conflictos planteados por algunos de estos últimos, en su mayoría en el sector público, fueron una y otra vez declaradas ilegales por el Ministerio de Trabajo; al amparo de esas ilegalizaciones, se materializaron despidos de trabajadores, intervención de sindicatos, suspensiones de sus personalidades gremiales y acciones judiciales tendientes a la supresión de esas personalidades. Como consecuencia de todo ello, estos sindicatos fueron invariablemente derrotados.

El tratamiento dispensado a la oficialista CGT "San Martín" y a los sindicatos que adherían a ella fue muy distinto. Para estos hubo de recurrirse a los instrumentos que el mismo régimen provee para desplegar la estrategia de la cooptación. Con ese fin, además del ya atulado (y, por cierto, decisivo) otorgamiento de la "personalidad gremial" a la central oficialista, se designaron (al menos durante los primeros tiempos) dirigentes del sindicalismo adicto al frente del organismo de aplicación del régimen de obras sociales, se orientaron los apoyos financieros que brinda ese organismo, se creó un instituto unificado de obra social para el sector estatal para cuya conducción se designó a un dirigente del sindicato de trabajadores del Estado asociado al gobierno, se asumieron por parte del Estado los abrumadores pasivos de buenas parte de las obras sociales sindicales, se negoció la preservación del aparato normativo que brinda un consistente sostentamiento a la conducción cupular de los sindicatos.

Por si alguna duda quedaba, ese proceso mostró con claudicación el irrestricto nivel de ingencia en la vida interna y en la acción de los sindicatos que el ordenamiento vigente facilita al poder político, a despecho de aparentes garantías jurídicas que apenas sirven como factores de legitimación jurídico-formal de un régimen contrario en esencia y contenidos a los principios de la libertad sindical.

Visto esta vez desde la perspectiva de los propios actores sociales, su óptica cultural estatalista determina comportamientos incompatibles con los presupuestos que habilitan el diálogo social. El actor ESTATALISTA privilegia las acciones políticas que permiten la recuperación de su condición de pertenencia al aparato del Estado o, en su caso, su mantenimiento al interior del mismo. En la hipótesis de partido "ajeno" en el gobierno la confrontación de desgaste posterga toda otra consideración; en la de partido "propio" en el gobierno sobrevenen el sometimiento acrítico, cuando no el intento - generalmente ineficaz - de mantener dentro del gobierno una posición de dominio. En ese marco, el diálogo social es de suyo un elemento "inconveniente": o bien, no se accede a dialogar, ni consentir, ni legitimar, ni acordar, pues ello consagra contra el objetivo central de recuperar el poder político en sí, o bien no queda lugar para el diálogo pues se está, precisamente, al interior del aparato estatal, sometido o, even-

tualmente (pero poco probablemente), en posición de definir sus políticas.

Va de suyo que un régimen que registra el grado de intervención de que se da cuenta en la hipótesis anterior sólo deja espacio para un sindicalismo que desarrolla una íntima vinculación de pertenencia con el Estado, en el que se inserta - según la contingente relación de fuerzas - como dominante o domado, pero al que en todo caso necesita "propio" y adicto.

Se trata, pues, de un sindicalismo ESTATALISTA, condición que se manifiesta tanto cuando confronta con un gobierno al que no considera "propio" - porque esa confrontación no persigue

centralmente otro objetivo que el de regresar con "su" partido al ejercicio del poder - como cuando se incorpora y mimetiza con el aparato esta vez "propio" del estado, sometiéndose - y anulándose - como protagonista dominado o, por el contrario, si la relación de fuerzas lo permite, ocupándolo en posición dominante.

Es precisamente aquella lógica estatalista la que explica la recurrente demanda sindical de un espacio de diálogo con el gobierno radical: aún adverso, aisló al sindicalismo con los atributos del protagonismo político (Cavarozzi, De Riz y Feldman, 1986). A partir de allí, no cabía sino la confrontación; llegar hasta el nivel del acuerdo implicaría en esa concepción convalar la gestión de gobierno a la que no se reconoce legitimidad sustancial y, sobre todo, comprometer el objetivo estratégico fundamental que orienta la acción sindical: facilitar la sustitución del gobierno "ajeno" por otro "propio" en el que se haya posible recuperar en plenitud la inserción del sindicalismo en el aparato estatal (tras ese propósito, la central sindical llega a compartir demandas empresariales contradictorias con sus intereses sectoriales sustanciales - v.g., reclamos de devaluación de la moneda y restricciones al gasto fiscal (Gaudio y Thompson, 1990) - mientras posterga reivindicaciones obreras cuya articulación habría impedido formular esos reclamos "concertados").

Conviene, por fin, puntualizar que las consideraciones precedentes no importan desconocer las convergentes implicancias de la fuerte desarticularización del peronismo durante la primera etapa del gobierno radical, que obligaría al sindicalismo a jugar el rol sustitutivo del partido opositor, así como el modo en que influyó la historia de desprocesiones padecidas por el sindicalismo peronista, antecedente que de alguna manera explica su renuencia a reconocer la legitimidad de gobiernos que no considera "propios".

4
La estructuración verticalista y cupular del sindicalismo en el marco de un régimen de sindicato único impuesto por la ley y sujeto a la habilitación estatal potencia, por encima incluso de las naturales tendencias a la oligarquización de las conducciones, una profunda disociación entre los intereses de los trabajadores y los del aparato sindical en sí, y un correlativo apagamiento de los controles democráticos, limitados por el propio régimen que retacea la participación de las bases y genera una impronta cultural (activa y pasivamente) autoritaria y no participativa. Va de suyo que esos fenómenos estimulan comportamientos desviados de cara al diálogo social rehusado o anulado por consideraciones ajenas a los intereses específicos de las categorías representadas.

Esa disociación presenta al menos tres variantes o facetas que no son, a mi juicio, sino otras tantas manifestaciones de un fenómeno único, aunque complejo. Son ellas:

a) **Disociación representativa:** se expresa en el hecho básico de la sistemática prevalencia de los intereses del aparato sindical sobre los de los propios trabajadores.

b) **Disociación política:** los representantes sindicales que desempeñan funciones en las instituciones específicas del sistema político (v.g., legisladores) estimulan también, tanto por su íntimo compromiso simbólico y emotivo con el peronismo, se involucran en la formulación de políticas públicas que, más allá del juicio de valor que merezcan, pueden entrañar en contradicción con los intereses sectoriales que los ungieren. Estos dirigentes ya no trasladan expectativas desde sus bases hacia los poderes del Estado sino que, por el contrario, llevan hacia abajo directivas de sujeción a esas políticas públicas en cuya concepción o ejecución participan.

c) **Disociación funcional:** Los dirigentes abandonan su rol de representación y defensa y asumen, en cambio, el de **empresarios-prestadores de servicios**; en esa gestión, los trabajadores no son ya aquellos a quienes se define y representa, ni **sindicatos-prestadores y, para peor, clientes cautivos** (obras sociales, seguros de retiro, etc.).

5
También los empresarios participan de una cultura que reconoce en el Estado al interlocutor excluyente con el que establecen relaciones "de a dos" (Portantiero, 1987). Sin embargo, el sesgo relativamente autónomo e independiente de estas relaciones les permite orientarlas en el sentido de una más directa satisfacción de sus específicos intereses sectoriales, ventaja que exacerba el desequilibrio en la posición relativa con la que empresarios y trabajadores afrontan el proceso de ajuste de la economía.

En ese esquema de vinculación preferente con el Estado, el sector empresario tuvo la posibilidad de servirse hasta de la veta confrontativa del sindicalismo cuando ello fué de utilidad para potenciar la gravitación de sus presiones sobre el Estado. Esta estrategia, materializada durante el gobierno radical, consistió en dirigir junto con la central sindical sus reclamos al Estado, lo que le permitió servirse de la energía opositora del sindicalismo, involucrado en la "cruzada" de recuperación del aparato estatal, con objetivos más inmediatos: debilitar la posición del gobierno en relación con las demandas empresariales insatisfechas (Acuña, Dos Santos, García Delgado y Golbert, 1986).

De tal manera, puede afirmarse que el sector empresario supo usar en su provecho el esquema de relaciones entre los sindicatos y el Estado apoyado sobre la ya

descripta alternativa confrontación/sometimiento. Durante la gestión radical pudo descansar sobre el gobierno, que hizo suya la tarea de atender y resistir la conflictividad sindical; energía ésta última de la que, como expresamos, el empresariado logró apropiarse en más de una oportunidad para ponerla al servicio de sus propias demandas. Luego, ya instalado el gobierno justicialista, fué éste una vez más el que se ocupó de despejarle el horizonte sindical, abatiendo al sector contestatario y anulando por vía de absorción al sindicalismo oficialista.

Circunscripta de ese modo su contraparte y limitada por consiguiente buena parte de las restricciones sociales al ajuste, los empresarios obtendrían en lo inmediato mejores frutos mediante el ejercicio de distintas formas de influencia directa sobre la formulación de las políticas públicas que a través de las instancias del diálogo social que, desde luego, demanda compromisos reciprocos que los empresarios hasta hoy no han asumido.

6

Por esas razones, una secuencia de diálogos "de a dos" como los que caracterizan hasta ahora el sistema de relaciones entre el Estado y los interlocutores sociales en la Argentina, no sólo no contribuye a generar un esquema de equilibrio y compensaciones entre empresarios y trabajadores para afrontar las implicancias del proceso de ajuste como el que facilitan los mecanismos de participación y consulta de carácter tripartito, sino que, por el contrario, profundiza los desequilibrios preexistentes.□

Bibliografía

- ACUÑA, Carlos H. y GOLBERT, Laura, "Los empresarios en los procesos de negociación colectiva" ASET, mimeo 1992.
- ACUÑA, Carlos, DOS SANTOS, Mario R., GARCIA DELGADO, Daniel y GOLBERT, Laura, "La estrategia sindical: conflictos con referencias a políticas concertadas de ingresos: el caso argentino" PREALC-OIT, mimeo 1986.
- BECCARIA, Luis, "Reestructuración, Empleos y Salarios en la Argentina", ASET, mimeo 1992.
- CAVAROZZI, Marcelo, DE RIZ, Liliana y FELDMAN, Jorge, "Concentración, Estado Sindical y la Economía Contemporánea" PREALC-OIT, mimeo 1986.
- GAUDIO, Ricardo y THOMPSON, Andrés, "Sindicalismo Peronista, gobierno radical: los años de Alfonsín" Fundación Friedrich Ebert, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1990.
- GODÍO, Julio, "El movimiento obrero argentino 1955-1990" Friedrich Ebert Ed. Legasa Buenos Aires, 1992.
- GOLDIN, Adrián O. "El sindicato único en la Argentina: un modelo agotado" Rev. Derecho del Trabajo, 1992, pág. 395.
- GOLDIN, Adrián O. "Intervención y autonomía en las relaciones colectivas en la Argentina" en "Intervención y autonomía en las relaciones colectivas en Iberoamérica", obra coordinada por Oscar ERK, UOCRA, 1992. Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo, 1993, en prensa.
- KRITZ, Ernesto, "Negociación social y restructuración del Mercado de trabajo", ASET, mimeo 1992.
- PALOMINO, Héctor, "Los sindicatos bajo el gobierno radical: de la confrontación a la alianza" en "Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina" (Nican Portantiero, compiladores) Ed. Puntor Aires, Buenos Aires, 1987.
- PONTIESTRO, Juan Carlos, "La concentración que no fue: de la ley Mucci al Plan Austral" en "Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina" (Nican Portantiero, compiladores) Ed. Puntor Aires, Buenos Aires, 1987.
- TRONI, Eugenio, "Factores determinantes del comportamiento sindical ante la concertación social" PREALC-OIT, mimeo 1986.

cas. Las encuestas revelan una brecha entre el nivel de popularidad presidencial y el grado de aprobación de la actuación del gobierno, especialmente la correspondiente a la política económica. Más aun, el modelo neoliberal que ha sido implantado por Fujimori no se compadece con la imagen del estado a la que parece adherir la ciudadanía. A la pregunta de qué esperan que hagan los gobiernos, el 72% de los sectores más pobres de Lima respondió "hacer buenos colegios, hospitales y vivienda" y 62% apuntó "ofrecer puestos de trabajo a quienes les faltan". Esta visión del estado que podemos llamar paternalista puede contrastarse con las acciones de privatización, desregulación y achicamiento del estado que lleva a cabo aceleradamente la administración de Fujimori.

7

El electorado había pasado por la experiencia de dos gobiernos democráticamente elegidos que mostraron, además de muy poco de participación política, bastantes de ineficacia en el manejo económico. En ese escenario, Fujimori -un virtual desconocido en la escena política nacional- ocupó el segundo lugar en la primera vuelta de las elecciones de 1990 y, dos meses después, derrotó a Vargas Llosa, en la segunda. Entre otros factores negativos de los cuales Vargas Llosa era portador -el más importante de los cuales quizá fuere perder a una elite "blanca" que ha perdido legitimidad social para desempeñar su rol, ser respaldado por los partidos políticos y llevar a las principales figuras de éstos como candidatos parlamentarios, en las listas de su frente político, contó en contra de su elección. Fujimori construye su futuro político de una manera que revela clara conciencia acerca del fenómeno de rechazo a los partidos que lo pone. Desde su instalación en la presidencia, provocó el enfrentamiento con la oposición, que controlaba ambas ramas del parlamento; acudió luego de modo sistemático a los partidos, formulándoles cargos diversos y, generalmente, infundados. Lo hizo y lo hace sabiendo que, no importan los argumentos, las acusaciones serán verosímiles o de fuerza para el electorado que, al votar a Fujimori, manifiesta no sólo rechazo sino también un rechazo profundo a los partidos.

Sin embargo, Fujimori representa una oferta que no es muy distinta a la de los políticos recusados. Su manejito caudilliloso y arbitrario del movimiento Cambio 90, que le sirvió de sustento para llegar a ser elegido; su caprichoso y manipulativo cambio de reglas del juego durante el proceso electoral para elegir un congreso constituyente que reemplazara al clausurado parlamento, y su ánimo reelectionista recordarán el estilo y el manejo de cualquier político tradicional.

Fujimori ofrece -en grado mayor que los líderes políticos tradicionales- una propuesta autoritaria que busca el ejercicio del poder sin contrapesos institucionales. Ese objetivo, que fue el del golpe del 5 de abril, incluye su desprecio por la temática de los derechos humanos así como su acoso constante a la libertad de prensa. Dada la debilidad del tejido organizativo peruanos y el arrinconamiento actual de sus sectores de élite, la única barrera que hasta ahora ha frenado ese proyecto autoritario es la presión internacional que, liderada por Estados Unidos, ha impuesto condiciones como la realización de elecciones y alguna vigilancia sobre las repetidas violaciones de derechos humanos. Del otro lado, una tendencia fascizante, que tiene entrada a los medios de comunicación bajo influencia del gobierno, objeto tal intervención en nombre de la soberanía y, con el apoyo eclesiástico del Opus Dei, rubrica cualquier forma de represión indiscriminada.

Importa notar que la apuesta popular al caudillo "independiente" no corresponde exactamente a la suscripción a sus políticas, limitadas por el propio régimen que rechaza la participación de las bases y genera una impronta cultural (activa y pasivamente) autoritaria y no participativa. Va de suyo que esos fenómenos estimulan comportamientos desviados de cara al diálogo social rehusado o anulado por consideraciones ajenas a los intereses específicos de las categorías representadas.

Todos los porcentajes de inclinación por la democracia superaron 70% en cinco oportunidades, y en las otras tres fueron 59% (marzo de 1991), 61% (marzo de 1989) y 65% (setiembre de 1991).

Trabajando sólo sobre sectores populares, Parodi halló también una preferencia por la democracia en tres de cada cuatro entrevistados.

En el mismo sentido corren las respuestas atingentes a las características de la democracia que APOYO encontró en mayo de 1992 y que corresponden mayoritariamente a: "libertad de expresión" (66%), "respecto a los derechos humanos" (61%) y "un presidente elegido en una votación libre" (55%). El "respecto a la constitución" (44%) y el "respecto a la voluntad general" (41%) no alcanzaron acuerdo de mayoría de los entrevistados y aparecieron casi marginales: "un poder judicial independiente" (16%) y la clásica "división de poderes" (14%).

8

Las encuestas revelan una brecha entre el nivel de popularidad presidencial y el grado de aprobación de la actuación del gobierno, especialmente la correspondiente a la política económica.

Los sectores más pobres de Lima respondieron 70% en cinco oportunidades, y en las otras tres fueron 59% (marzo de 1991), 61% (marzo de 1989) y 65% (setiembre de 1991).

Trabajando sólo sobre sectores populares, Parodi halló también una preferencia por la democracia en tres de cada cuatro entrevistados.

En el mismo sentido corren las respuestas atingentes a las características de la democracia que APOYO encontró en mayo de 1992 y que corresponden mayoritariamente a: "libertad de expresión" (66%), "respecto a los derechos humanos" (61%) y "un presidente elegido en una votación libre" (55%). El "respecto a la constitución" (44%) y el "respecto a la voluntad general" (41%) no alcanzaron acuerdo de mayoría de los entrevistados y aparecieron casi marginales: "un poder judicial independiente" (16%) y la clásica "división de poderes" (14%).

Que las expectativas ciudadanas han mantenido un nivel alto de personalización de la política -en detrimento de la construcción institucional-, si bien se inclinan ahora por líderes capaces de mostrar acción y resultados; criterio que pone de lado a los dirigentes políticos de tono altamente ideológico.

Como sugiere el propio Parodi, estos datos llevan a pensar en una actitud del ciudadano peruano frente al sistema político que podemos llamar plebiscitante. Se trata de un ciudadano frustado por la experiencia política, probablemente desengañado respecto a la posibilidad de que el acuerdo resuelva sus problemas económicos en países gobernados por dictaduras "crecieron, entre marzo y mayo de 1992, de 26 a 31%". Y, puestos a escoger entre "democracia y libertad de expresión" vs. "autoridad y orden", 39% de los entrevistados eligieron la segunda opción en junio de 1992. Sin duda, ambas respuestas se explican mejor en el contexto de un gobierno que había clausurado el parlamento, en abril de ese año, dando como razón para ello la necesidad de introducir reformas económicas y de imponer la autoridad y el orden. Pero, en todo caso, la preferencia democrática inicial parece sufrir cierto menoscabo al ser sometida a la prueba mediante tales opciones.

Parodi tuvo un poco más allá, en su trabajo sobre sectores populares en Lima, cuando propuso la opción entre una "autoridad fuerte y justa" vs. "amplia libertad política", para hallar -año y medio antes de que Fujimori cerrara el parlamento- que "autoridad y orden", 39% de los entrevistados eligieron la segunda opción en junio de 1992. Sin duda, ambas respuestas se explican mejor en el contexto de un gobierno que había clausurado el parlamento, en abril de ese año, dando como razón para ello la necesidad de introducir reformas económicas y de imponer la autoridad y el orden. Pero, en todo caso, la preferencia democrática inicial parece sufrir cierto menoscabo al ser sometida a la prueba mediante tales opciones.

Las elecciones municipales de enero de 1993 mostraron bien los límites existentes. En Lima, fué reelecto como alcalde Ricardo Belmont, un independiente cuya gestión había sido constantemente desaprobada por la opinión encuestada, a lo largo de sus tres años en el cargo.

Algunos de los partidos alcanzaron resultados verdaderamente lamentables, como resultado de que la ciudadanía se volvió a inclinar masivamente por candidatos independientes; opción que, en muchos casos, equivale a elegir para el desempeño de la función pública a gente sin trayectoria política ni riqueza propia, dotada de antecedentes discutibles e impugnables.

9

La adhesión democrática

Las encuestas hallan en Perú, de modo constante, que el sistema de gobierno preferido es el democrático. Así, en las ocho ocasiones en que APOYO formuló la pregunta -ofreciendo como alternativas un gobierno militar y uno revolucionario-, entre abril de 1988 y setiembre de 1992,

los porcentajes de inclinación por la democracia superaron 70% en cinco oportunidades, y en las otras tres fueron 59% (marzo de 1991), 61% (marzo de 1989) y 65% (setiembre de 1991).

Trabajando sólo sobre sectores populares, Parodi halló también una preferencia por la democracia en tres de cada cuatro entrevistados.

En el mismo sentido corren las respuestas atingentes a las características de la democracia que APOYO encontró en mayo de 1992 y que corresponden mayoritariamente a: "libertad de expresión" (66%), "respecto a los derechos humanos" (61%) y "un presidente elegido en una votación libre" (55%). El "respecto a la constitución" (44%) y el "respecto a la voluntad general" (41%) no alcanzaron acuerdo de mayoría de los entrevistados y aparecieron casi marginales: "un poder judicial independiente" (16%) y la clásica "división de poderes" (14%).

Que las expectativas ciudadanas han mantenido un nivel alto de personalización de la política -en detrimento de la construcción institucional-, si bien se inclinan ahora por líderes capaces de mostrar acción y resultados; criterio que pone de lado a los dirigentes políticos de tono altamente ideológico.

Como sugiere el propio Parodi, estos datos llevan a pensar en una actitud del ciudadano peruano frente al sistema político que podemos llamar plebiscitante. Se trata de un ciudadano frustado por la experiencia política, probablemente desengañado respecto a la posibilidad de que el acuerdo resuelva sus problemas económicos en países gobernados por dictaduras "crecieron, entre marzo y mayo de 1992, de 26 a 31%". Y, puestos a escoger entre "democracia y libertad de expresión" vs. "autoridad y orden", 39% de los entrevistados eligieron la segunda opción en junio de 1992. Sin duda, ambas respuestas se explican mejor en el contexto de un gobierno que había clausurado el parlamento, en abril de ese año, dando como razón para ello la necesidad de introducir reformas económicas y de imponer la autoridad y el orden. Pero, en todo caso, la preferencia democrática inicial parece sufrir cierto menoscabo al ser sometida a la prueba mediante tales opciones.

Parodi tuvo un poco más allá, en su trabajo sobre sectores populares en Lima, cuando propuso la opción entre una "autoridad fuerte y justa" vs. "amplia libertad política", para hallar -año y medio antes de que Fujimori cerrara el parlamento- que "autoridad y orden", 39% de los entrevistados eligieron la segunda opción en junio de 1992. Sin duda, ambas respuestas se explican mejor en el contexto de un gobierno que había clausurado el parlamento, en abril de ese año, dando como razón para ello la necesidad de introducir reformas económicas y de imponer la autoridad y el orden. Pero, en todo caso, la preferencia democrática inicial parece sufrir cierto menoscabo al ser sometida a la prueba mediante tales opciones.

En noviembre de 1993 se realizaron elecciones en Perú por la empresa APOYO, bajo la dirección de Alfredo Torres, quien facultó a los autores los resultados y le alcanzó billetes comentariables. El informe final de la investigación se realizó a fines de 1990 por Jorge Parodi en sectores populares de Lima aparece en el volumen Los pobres, la ciudad y la política, CEDYS, Lima, 1993.

Las dificultades son formidables ocasiones

Los días 2, 3 y 4 de julio se reunieron en Lyon los principales dirigentes de los partidos socialistas europeos. Extractamos aquí la intervención del Secretario Nacional del Partido Democrático de la Izquierda, de notable actuación en las últimas elecciones italianas.

Achille Occhetto

Me siento muy contento de estar hoy con ustedes. Y no se trata por cierto de una formalidad, pues considero que estos "Estados Generales" constituye una iniciativa muy importante. Frente a resultados electorales que afectaron no sólo a vuestro partido sino a toda la izquierda europea ustedes tuvieron el coraje de proponer una búsqueda y un debate reformista no sólo al Partido Socialista Francés sino a todos los hombres y mujeres que en Europa se consideran de izquierda y creen en los valores democráticos del socialismo.

Vuestro punto de partida es que hoy -ante las grandes mutaciones que están cambiando el mundo día a día- a la izquierda no le es suficiente una mera adecuación programática o algún maquinillaje organizativo. *Big-Bang* es una expresión que me gusta porque da la idea de la necesidad de una innovación radical.

Es la misma idea que sirvió como punto de partida a nuestro partido, el PDS, cuando en 1989, en oportunidad de los grandes cambios que se producían en Europa y en el mundo, decidimos con coraje que era necesario ir más allá de la historia y la experiencia de Partido Comunista Italiano.

Al mismo tiempo comprendimos rápidamente que la caída del muro de Berlín también iba más allá de la sola experiencia del derrumbe de los países del Este; comprendimos inmediatamente que todo habría de cambiar en el Este, pero también en el Oeste; entendimos a tiempo que no se trataba de pasar de una tradición a otra y que el conjunto de la tradición práctica y teórica de la izquierda mundial, si bien de diversas maneras, había sido puesto en evidencia.

En sustancia, supimos entender que el derrumbe del Este no nos imponía -a nosotros, que éramos hijos de Gramsci y no de Stalin-, como algunos pretendían, ir hacia el encuentro del socialismo neoliberista de Craxi sino que nos exigía reinventar la política, y también, si querísimos, reinventar la izquierda.

Nosotros -que hemos sido y somos la fuerza más grande del socialismo italiano- hemos cambiado sólo el nombre; no, hemos decidido confluir, somos una relación feudal con el conjunto de la tradición progresista laica y católica.

Creo que precisamente por esto, en el panorama político italiano, somos la única fuerza de izquierda que permanece en pie y que está en condiciones de enfrentar a la nueva derecha que se expresa políticamente en las Ligas.

Sabemos por cierto que lo que está puesto en discusión es, en efecto, la identidad misma de la izquierda; es el significado mismo de la palabra "socialismo"; que han sido cuestionadas las ideas-fuerza a partir de las cuales, durante un siglo, la izquierda construyó su cultura, sus experiencias políticas y sindicales y sus fortunas electorales.

Se trata entonces de un problema que afecta a toda la izquierda, tanto del Este como del Oeste.

La esperanza de que, una vez caído el muro de Berlín y los regímenes comunistas, se abriera inmediatamente un espacio de vastos consensos para el socialismo democrático, ha terminado siendo una ilusión. Lo que no significa, por cierto, que no siga habiendo espacio para nuestras ideas.

Es más, comienza finalmente a manifestarse los signos de una desilusión respecto del modelo y del liberalismo salvaje; y también en el Este europeo el problema central está resultando cómo conjugar la libertad conquistada con los valores de solidaridad y equidad.

Pero también en Europa occidental la izquierda no vive ciertamente una fase feliz. No puede dejar de convenir el hecho de que en muchas elecciones realizadas desde 1990 hasta hoy en los diversos países europeos, las fuerzas socialistas y de izquierda han padecido serios retrocesos.

Es necesario a la vez tomar conciencia de una crisis de centralidad de la cuestión social en la forma en que se ha manifestado históricamente durante las últimas décadas y del surgimiento de perturbadoras novedades. Hablo de las nuevas contradicciones -la cuestión ecológica, las relaciones entre Norte y Sur del mundo, la cuestión sexual- que escapan a las categorías de análisis tradicionales del pensamiento socialista clásico.

Pero hablo sobre todo del pasaje del industrialismo clásico al microelectrónico e informático.

Todo ha cambiado en torno a nosotros: el modo de producir, de consumir, de vivir. Surge nuevos problemas, como los del medio ambiente, la liberación femenina, los derechos de ciudadanía. En suma, se está rediseñando la vida histórica de la sociedad y la vida cotidiana de los individuos.

Pero sobre todo -y se trata de una cuestión nodal para todo partido de izquierda- en los países industrializados se plantea en términos totalmente nuevos la cuestión del trabajo: durante casi un siglo el desarrollo ha sido regulado por la cuestión positiva más inversión-más ocupación-más rédito-más consumo. Dicho de otra manera: el crecimiento progresivo y lineal como parámetro del desarrollo y del progreso. Todos sabemos que, al menos desde hace un decenio, esta secuencia se ha interrumpido. Ya no es verdad que al crecimiento de las inversiones corresponda más trabajo. Es más, frecuentemente sucede lo contrario.

El problema que está en discusión es precisamente la noción de desarrollo y su calidad.

Así las cosas, ¿de qué izquierda tenemos necesidad?

Yo creo en una izquierda que aferre su propia identidad en cuatro ideas-fuerza fundamentales:

La primera idea-fuerza es la interdependencia y la integración. No se puede no partir de la globalización producida en este decenio: se ha agotado la relación históricamente determinada entre economía y estado nacional, y a la vez esto se ha acompañado por la crisis de las formas modernas de la soberanía económica y de la soberanía política.

En este terreno la izquierda está retrizada. Si antes el mundo era gobernado por dos potencias, en la actualidad el derrumbe del Este no puede ponerlo en las manos de una sola potencia. Porque ahora nadie -ni siquiera los Estados Unidos- está en condiciones de decidir por sí solo la suerte de todos.

Es necesario un nuevo gobierno mundial, una autorregulación de las grandes potencias de prerrequisitos que deben ser confiadas a una ONU reformada, de la misma manera que es esencial una cooperación que sea creible por parte de las potencias más fuertes y más fuertes respecto del Tercer Mundo.

Sólo una auténtica autoridad internacional puede afrontar los conflictos -como

por ejemplo en Somalia y en la ex Yugoslavia-, el terrorismo internacional, las grandes batallas modernas contra la droga, y

el desarrollo sustancial. Sólo así, en el marco de una nueva política dirigida a afectar en el corazón al desarrollo desigual a escala planetaria es posible resolver con una cultura de izquierda el problema de los inmigrados. Y no por cierto a través de una Europa que se cierra para protegerse egoístamente a sí misma.

Un tercer valor fundamental es la solidaridad.

Estamos saliendo fatigosamente de un decenio caracterizado por la horribre neoliberalista. Se ha intentado hacer creer que el mercado, por sí solo, es capaz de regular todo. Y que sobre la base de la sola relación espontánea entre demanda y oferta todo puede ser resuelto.

Si estas son las ideas-fuerza en torno a las cuales la izquierda puede pensar en reorganizarse y en buscar nuevos y más vastos consensos, entonces se plantea de manera urgente otra exigencia: reorganizar también la política y su modo de ser.

Existe una crisis de la democracia representativa en todos los países industriales que se manifiesta en una crisis profunda de los partidos y del modo tradicional de hacer política.

Perón no es una crisis irreversible.

También aquí se trata de llegar hasta las raíces del problema. La política tiene necesidad de los partidos. Quien piensa que los partidos han sido superados en realidad se engaña. Eliminados los partidos, la democracia se debilitaría en manos de los lobby o de las masonerías de distinto tipo. Por tanto hay necesidad de los partidos, pero ellos deben cambiar profundamente su lenguaje, su organización y su relación con la sociedad civil.

Todos sabemos que no es así. Es más, en estos años el crecimiento de las sociedades industriales ha tenido costos sociales muy altos. Y, por otro lado, estos costos habrían sido aún más graves si no hubieran efectuado intervenciones públicas y actuado mecanismos de solidaridad social.

La derecha está aún vinculada a la vieja contradicción entre estado y mercado. La nuova izquierda, en cambio, debe criticar el viejo estatalismo, pero nombrar de una nueva relación entre el público, el privado y el sector social.

Se trata, en fin, de salir de la contraposición ideológica entre estado y mercado para experimentar en cambio un sistema de relaciones totalmente nuevo en el cual el entrelazamiento entre lo público y lo privado esté dirigido a asegurar una efectiva racional solidaridad. Solidaridad no como gestión de la marginalidad sino como política redistributiva y como un incentivo al cambio del modelo de desarrollo.

Y, en fin, una cuarta idea-fuerza es la democracia integral: en la economía, en la sociedad civil, en la información, en la política. Deben ser sostenidas todas las formas de trabajo y de actividad que soliciten creatividad y espíritu de interdependencia individual y colectiva. Así como es necesario pensar en un desarrollo no fundado solamente sobre la producción de bienes de intercambio. Lo que Marx llamó "valores uso" -los bienes que no se intercambian pero que, como nos demuestra la cuestión ecológica, no son menos esenciales para la vida cotidiana- hoy ofrecen una enorme posibilidad para nuevas inversiones y trabajo.

En resumen: logrará vencer los desafíos del trabajo quien sea capaz de imaginar una sociedad en la cual coexisten diversas modalidades y oportunidades de trabajo.

Y un punto de partida fuerte puede ser la lucha por la disminución, a nivel europeo, del horario de trabajo, pero también la redistribución del trabajo, sobre todo entre hombres y mujeres.

Un quinto valor fundamental es la solidaridad.

Estamos saliendo fatigosamente de un decenio caracterizado por la horribre neoliberalista. Se ha intentado hacer creer que el mercado, por sí solo, es capaz de regular todo. Y que sobre la base de la sola relación espontánea entre demanda y oferta todo puede ser resuelto.

Si estas son las ideas-fuerza en torno a las cuales la izquierda puede pensar en reorganizarse y en buscar nuevos y más vastos consensos, entonces se plantea de manera urgente otra exigencia: reorganizar también la política y su modo de ser.

Existe una crisis de la democracia representativa en todos los países industriales que se manifiesta en una crisis profunda de los partidos y del modo tradicional de hacer política.

Perón no es una crisis irreversible. También aquí se trata de llegar hasta las raíces del problema. La política tiene necesidad de los partidos. Quien piensa que los partidos han sido superados en realidad se engaña. Eliminados los partidos, la democracia se debilitaría en manos de los lobby o de las masonerías de distinto tipo. Por tanto hay necesidad de los partidos, pero ellos deben cambiar profundamente su lenguaje, su organización y su relación con la sociedad civil.

Y

esta verdad lo es mucho más aún para nosotros, grandes partidos socialistas y de izquierda europeos, caracterizados por una cultura y por una historia fuertemente centralizada y dirigista. Todos debemos liberarnos de una cierta mentalidad "pedagógica": la sociedad de hoy ya no tiene necesidad de predecidores ni de instigadores de conciencia. Tiene necesidad de partidos políticos capaces de "auscular", de ponersse en sintonía con la "sociedad civil" y de traducir en su acción las demandas y las solicitudes de los ciudadanos.

Como puede verse, nosotros queremos ir más allá del horizonte liberal democrático, en dirección de una mejor fusión de libertad e igualdad. Los dos grandes ideales de la revolución francesa -que en el curso de nuestro siglo han sido separados con ampliitud- pueden ser reunidos sólo por una tradición moderna de la fraternidad: la solidaridad. Pero el objetivo de un "pensamiento socialista renovado" no puede ser de reducirse a invocar sólo la solidaridad de los fuertes hacia los más débiles. Nosotros queremos ir más allá de un solidarismo que deja las cosas como están hasta lograr un cambio efectivo de las relaciones entre los hombres. La vía maestra de un nuevo pensamiento de la izquierda deben ser los temas de la redistribución de las oportunidades de vida y de trabajo para cada mujer y cada hombre.

El derrumbe del comunismo real nos ofrece una formidable oportunidad: ha terminado la época de la contraposición ideológica y política entre los dos grandes "centros" -el comunista y el socialdemócrata- de la izquierda europea y mundial.

Los grandes cambios de nuestro tiempo y la crisis de identidad que ellos han suscitado liberaron fuerzas y energías que -aún con inspiraciones culturales distintas- constituyen un formidable potencial para la

rat y programática vaya acompañada también por un nuevo perfil organizativo. En el próximo decenio la Europa comunitaria realizará no sólo su propia integración económica sino también la política e institucional. Es evidente que para todas las fuerzas políticas europeas se plantea como una objetiva e impostergable necesidad la construcción de los "partidos europeos". Y es precisamente por esto que nuestros partidos en conjunto han dado vida al Partido Socialista Europeo, que constituye una etapa importante en la construcción de un sujeto político del polo reformador europeo.

Si embargo es evidente que este proceso político y organizativo será tanto más eficaz cuando más contribuyan una pluralidad de sujetos y fuerzas que -inspirándose todos en los valores democráticos y de progreso- sean cada uno expresión de una original experiencia y cultura de izquierda.

El derrumbe del comunismo real nos ofrece una formidable oportunidad: ha terminado la época de la contraposición ideológica y política entre los dos grandes "centros" -el comunista y el socialdemócrata- de la izquierda europea y mundial.

Los grandes cambios de nuestro tiempo y la crisis de identidad que ellos han suscitado liberaron fuerzas y energías que -aún con inspiraciones culturales distintas- constituyen un formidable potencial para la

Hoy sin nosotros no existe izquierda europea y, al mismo tiempo, la izquierda europea es más extensa que nosotros. Y para nosotros se nos presenta una formidable oportunidad: la de hacer de nuestra fuerza el motor central de una nueva fuerza europea, para cuya construcción debemos ser capaces de llamar a los interlocutores -ecologistas, fuerzas radicales y progresistas, movimientos civiles, comunas reformadoras- que actualmente están, también ellos, en la búsqueda de una nueva identidad y de una articulación democrática avanzada.

Nosotros debemos trabajar por una nueva izquierda europea cuyo objetivo sea el gobierno de una sociedad compleja y de las contradicciones inherentes que en ella se manifiestan.

Con mayor razón está ante tales desafíos también la Internacional Socialista, que puede asumir un papel decisivo a los efectos de ofrecer a todas fuerzas socialistas y progresistas del mundo referencias culturales y políticas útiles para la construcción de un orden planetario más justo y más democrático.

Pero la Internacional Socialista puede quedar absorta de esta tarea sólo si ella también se plantea el problema de una radical y rápida reforma en sus filas. Ya bajo la Presidencia de Willy Brandt la Internacional concoció una significativa ampliación de sus horizontes culturales --enriqueciendo las tradicionales temáticas del welfare con las nuevas problemáticas del medio ambiente, de los derechos de la mujer, de las relaciones Norte-Sur, del futuro del planeta-- y realizó una primera y fuerte apertura para el ingreso de partidos de todos los continentes.

Hoy -después de las grandes transformaciones de 1989- con mayor razón la Internacional Socialista está llamada a reformarse, a abrirse con coraje, sin íntimas desconfianzas y miedos. Existe respeto de la Internacional a la otra gran expectativa: estar en correspondencia con ella o frustrarla depende sólo de nosotros. Por eso la Internacional Socialista debe plantearse el objetivo de convertirse cada vez más en el *Forum* en el que se encuentren y confronten todas las fuerzas que en los distintos continentes luchan por colocar de nuevo al socialismo en una visión más amplia y madura de las tareas de progreso y de paz de la izquierda en el mundo. Sobre la base de estas reflexiones proponemos una reforma y una apertura de la Internacional Socialista en la dirección de una más amplia Internacional democrática y de izquierda.

Thomas Mann escribió que "las dificultades son frecuentemente ocasiones formidables". Si esto fuera así, las ocasiones desde luego hoy no faltan. Registrártelas, no faltar a la cita ni desaprovechar oportunidades que podrían no repetirse, es nuestra tarea.

Nosotros, en nuestro giro, queridos compañeros, hemos hablado de *nuevo inicio*. Veo con placer, y les auguro por eso grandes resultados, que también ustedes se odie la izquierda en el marco de las gloriosas tradiciones del socialismo francés, hoy impulsan un *nuevo inicio*. Que sea auspicioso para ustedes, para nosotros y para toda la izquierda europea. □



"Para Resolver con Sherlock Holmes"
Ivego N°3 - Ensayos 29
Pag. 36-37

bre y de la reorganización del conjunto de los poderes que inciden sobre aquellas oportunidades.

Para perseguir actualmente tal objetivo es necesario que una redefinición cultu-

PUNTO DE VISTA

Nº 46 · AGOSTO DE 1993

Marylin Contardi, Mirando una fotografía de Walker Evans: "Rincón de la cocina de Floyd Burroughs" / Tulio Halperin Donghi, A treinta años de "Argentina en el callejón". Comentarios de Carlos Altamirano / Hilda Sabato, Hobbsawm y nuestro pasado / Dora Orlansky, De la farsa a la tragedia más sombría. La tetralogía antisemita de Hugo West / Raúl Beccyero, La exclusión. Sobre "Gatica, el mono", de Leonardo Favio / Rafael Filippelli, Godard revisitado / Beatriz Sarto, La condición mortal / Emilio de Ipoleta, Borges y la comunidad / Peter Bürger, La declinación del modernismo

Traducción Jorge Tula

LIBROS

Otras voces, otros ámbitos

Las palabras. El pensamiento en tiempo de crisis

Franco Rella

Ed. Paidós, Buenos Aires, 1992, 223 páginas.

¿Cómo pensar las experiencias de este fin de siglo que, en una caracterización suelta podíamos definir como pérdida de los fundamentos y, consecuentemente, multiplicación y dispersión de racionalizaciones irreductibles a un centro aglutinante?

Pensando desde un horizonte desplazado de la modernidad o, más precisamente, contra la modernidad, advierten presurosos ciertos autores identificados con el ethos posmoderno.

Combatir este reduccionismo -el de presentar una visión de la modernidad como un todo homogéneo- ha sido, probablemente, el punto de partida de este prolífico ensayo de Franco Rella. Para ello, escogió aquel momento en que la modernidad -los años veinte y treinta de este siglo- conocía la remoción de sus certezas y, al mismo tiempo, la apertura hacia la construcción de un mundo que recién adquiría experiencia que resultaban indecibles en los límites de la razón que devanía para nombrártelas. El propósito: buscar en las estribaciones del astillado pensamiento negativo un concepto de racionalidad crítica en condiciones de enfrentar los embates y desafíos que, entonces, el autor, guardan un parecido de familia con los de aquella época.

Un proyecto leórico enigmático, y en paralelo una apuesta política: ensayar una lectura alternativa a las dos posiciones que actualmente parecían hegemonizar la escena pública cultural: contra la celebración melancólica de una modernidad que asistió, retrató, al paulatino desmoronamiento de sus sueños acaso demasiado humanos, como

contra la glorificación del presente en la sanción puramente local de los juegos lingüísticos promovidos por las retóricas políticas.

El texto se mueve, como subraya el propio autor, "en una zona fronteriza entre la literatura y la filosofía", y justifica esta posición en la composición misma de los materiales con los que decididamente surgió su itinerario: las filosofías de Nietzsche, Wittgenstein, Benjamin y Heidegger, si bien

que Wittgenstein testimonió en esa imposibilidad de hablar sobre aquello que transcende los estados de cosas del mundo: la ética. Una época inhospita que, como sostiene Heidegger "pende sobre el abismo" por falta de fundamentos, preparó su educación sentimental, predisponiéndole para el "carácter destructivo", ese patón de la procedencia que con igualable justicia definió Benjamin. Aunque curiosamente, impli-

bocetando el tiempo del eterno retorno, que en opinión del autor, aunque con argumentos no del todo convincentes, repara la esmerilidad del pensamiento burgués.

Walter Benjamin hará lo suyo por evitar que los sucesos pasados se desgranen como "rosario entre los dedos", intentando recuperar para el proletariado el tiempo perdido en el "burdel del historicismo", como apostófara a la socialdemocracia en sus Tesis de

inmortalidad- un vaciamiento del concepto de crítica. Con la diferencia que para este último, la posmodernidad es la resolución acabada del proyecto moderno.

Alejandro Blanco

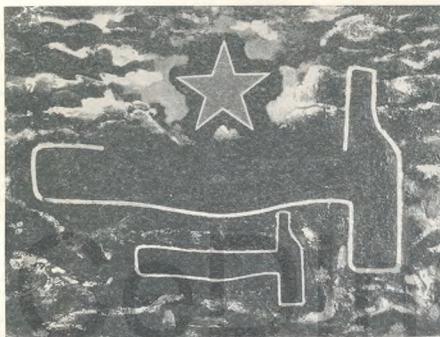
Espacios de tránsito

Los "no lugares"

Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad.

Marc Augé

Gedisa, Barcelona, 1993, 125 páginas.



resisten esa denominación, debieron abandonar, ante el perniciosa ocazo de los grandes relatos, los senderos de la filosofía y avivaron, por la ética en la búsqueda de nuevos lenguajes. Allí están Kafka, Musil, Proust y Rilke. Habitantes de los confines de la modernidad, sus escrituras regresaron, incansables, por los restos y desechos que la razón instrumental amontonaba en su trascienda como lo inexpresable. Confundio, sospecho, que "una visión desde la alcantarilla" puede ser una visión del mundo", como en otro tiempo y lugar anotara Alejandra Pizarnik.

El suyo fue un tiempo de oscuridad, según el magistral relato que de algunos de ellos nos entregara Hannah Arendt. Allí resistieron, con desigual fortuna, la amenaza del silencio.

La muerte de Dios y del sujeto autocentrado que imaginó la razón clásica desgarró la comunión de las palabras y las cosas. La imposibilidad de remitir la experiencia a un logro fundante obstruyó la posibilidad de un discurso sobre la totalidad. El fragmento devinó así en el territorio hechizado para el trabajo de la interpretación y en la tierra prometida al pensamiento en sus intentos por provocar una iluminación de esos plurales órdenes en que lo real se manifestaba. De ahí la acusada predilección por la escritura aforística, que de modo ejemplar cultivaron Nietzsche y Benjamin, presintiendo que su textura tensa, ambigua y asistemática, era el suelo apropiado para inscribir la mudeja contradicción e inconciliable de lo existente.

Romper el enunciamento de las cosas en la antigua lengua de la razón clásica exigía construir un concepto de temporalidad alternativo al tiempo lineal homogéneo y secuencial que desvirtuaba la historicidad a manos de una historia universal. Un derrotista que Nietzsche expondrá como la "el pésimo más grave"

en esta recuperación de un concepto redacional de historia el libro de Rella se revela estimulante por su audacia. Fuerza al pensamiento a una fricción constante con aquél "estado de emergencia" que Benjamin reclamara como hábitat necesario de la crítica. Y lo hace a contrapelo de la condición posmoderna que, según las siempre desafiantes formulaciones de Jorge Dotti, al deslegitimar la categoría de crisis por la disolución de un horizonte de trascendencia, provoca -como consecuencia de la absolutización de la

conceptualidad- la desaparición de la memoria, la historia y la tradición.

Y lo hace a contrapelo de la condición posmoderna que, según las siempre desafiantes formulaciones de Jorge Dotti, al deslegitimar la categoría de crisis por la disolución de un horizonte de trascendencia, provoca -como consecuencia de la absolutización de la

cara máxima esperanza, pues "el carácter destructivo no ve nada duradero; pero, por eso mismo, ve caminos por todos lados". Acaso ello también lo entiendo para centrarme a la fragilidad del mundo cercano. La tarea no es presentada como evidente y demanda gran parte de su reflexión.

El camino tomado por el autor nos conduce, a partir de un postulado básico que sostiene que la antropología lo es siempre del aquí y ahora, a la conclusión de que ni los principios metodológicos, ni su definición de objetos empíricos y teóricos, permite sostener que no existe posible el abordaje de los fenómenos contemporáneos a partir de la mirada del etnólogo.

En esta doble tarea -justificar la perspectiva antropológica para estudios del presente cercano y esbozar la noción de no lugar- aparecen el punto clave y la argumentación que permitirán asentir la devoción al fragmento de la figura del colectivismo a posibilitar edificar una memoria diferente, plural, de lo acercado, y por consiguiente el relato de otra historia capaz de restituir un sentido a aquellas experencias que el implacable huracán de la historia había arrojado a la intemperie. Ese mismo huracán que en el terreno benjamín se empeña en desbaratar la sensibilidad absorta del Angelus Novus ante la imagen de un pasado poblado por las ruinas y escombros que la razón historicista transfigura en memoria.

En esta recuperación de un concepto redacional de historia el libro de Rella se revela estimulante por su audacia. Fuerza al pensamiento a una fricción constante con aquél "estado de emergencia" que Benjamin reclamara como hábitat necesario de la crítica. Y lo hace a contrapelo de la condición posmoderna que, según las siempre desafiantes formulaciones de Jorge Dotti, al deslegitimar la categoría de crisis por la disolución de un horizonte de trascendencia, provoca -como consecuencia de la absolutización de la

filosofía de la historia.

María Plot



Suscripción anual 1.400 Ptas.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

LETRA
INTERNACIONAL

Suscripción anual 1.400 Ptas.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

ENSAYO

What is left?

La izquierda desencantada*

Proyecto político, modernidad, cambio social son las coordenadas que han definido el concepto de "izquierda". La crisis del marxismo induce a volver a estas referencias de fondo, con un método más pragmático y menos ideológico de afrontar los problemas. De esta manera emergirá una multiplicidad de posiciones, pero precisamente en la especificidad de las intervenciones se renovará la capacidad de la izquierda para responder a los desafíos de la modernidad.

Alberto Martinelli y Michele Salvati

C uando se discute de la izquierda o de algunas de sus manifestaciones históricas -por razones evitativas del socialismo- se habla mucho desde hace algunos años a esta parte- surge generalmente dos objetivos explícitos principales y una función latente también de primera línea. El primer objetivo explícito es el de definir -obviamente re-definir, re-descubrir- qué es la izquierda en términos generales o en una fase histórica concreta. El segundo objetivo explícito es el de indicar una agenda: sobre la base de la re-definición concreta propuesta se indican objetivos políticos, viejos y nuevos, que afirman ser de izquierda, que se consideran deseables y históricamente realizables.

La principal función latente es la de un mutuo sostén entre los militantes de izquierda en momentos de dificultad o de cambio intenso. Algunos intelectuales pueden revelarse como un fracaso, todos pueden cambiar históricamente, muchos pueden ser distintos de acuerdo al país de donde viven; pero la izquierda -ésta es la conclusión inevitable- permanece y está destinada a permanecer como categoría de juicio y de acción política.

Nuestra contribución no constituye una excepción: ella tiene la función latente que hemos descrito, una función que será mejor desarrollada en la medida en que los dos objetivos explícitos sean mejor logrados. A estos objetivos hace referencia el juego de palabras del título, que hemos robado a Steven Lukes (la izquierda, como es sabido, tiene una relación problemática con los derechos de propiedad): ¿qué es la izquierda? ¿Qué ha permanecido de ella? Estamos convencidos que una definición conceptualmente fuerte e históricamente fundada de la izquierda está en condiciones de mostrar -más allá del derrumbe, más allá de las dificultades de manifestaciones contingentes- una agenda deseable y realista. Por lo tanto que ha permanecido en gran medida.

Para una definición de "derecha" e "izquierda"

Definiciones simplificadoras siempre provocan discusión: la historia de las ideas y del mundo es demasiado rica, las tradiciones culturales demasiado contaminadas y las posiciones políticas efectivas demasiados complejas como para poder respaldar cualquier definición simple.

Izquierda y derecha expresan ampliamente dos dimensiones principales. El término "dimensión" es obviamente analógico, ya que estamos tratando de política y de cultura y no de geometría. Pero la analogía es bastante fuerte: en efecto, pueden identificarse -ambas dimensiones y sin forzar demasiado- dos puntos extremos y numerosas posiciones históricas pueden ser colocadas a lo largo de un eje ideal que vincula un extremo con el otro. Las dos dimensiones son luego bien distinguibles lógicamente, aunque

está dispuesta también a falsificar la evidencia histórica con tal de sostener la "espontaneidad" del capitalismo, su correspondencia a leyes evolutivas inmanentes a la historia humana. Cualquier otro modelo organizado sería algo forzado, fruto de *hybris* constructivista, precursor de desgracias.

Aunque la historia manifiesta de los conceptos de derecha e izquierda sea una historia moderna, algunos ingredientes de esta dimensión -el debate sobre la naturaleza del hombre- tienen una historia antiquísima: la "madera torcida" de la que habla Immanuel Kant recuerda análogas concepciones de la naturaleza humana a lo largo de todo el arco de la historia occidental. Otros ingredientes son más recientes: Hayek remite a Descartes la actitud "constructivista" que sin embargo no permite alinear las posiciones consideradas a lo largo de un eje que va de derecha a izquierda por tanto una dimensión en la cual podemos encontrar variantes de izquierda o variantes de derecha a lo largo del eje que conjugue los dos extremos. Pero veamos inmediatamente las primeras dos dimensiones.

La primera dimensión está referida al cambio social y al papel en él pueden tener proyectos deliberados de cambio. Limitemos a caracterizar los extremos.

La derecha es la sociedad como "fácilmente" modificable

por un diseño coherente de construcción -por un proyec-

to hegemónico por el poder de una fuerza política;

ve por tanto a los individuos (sus intereses, sus predisposiciones, sus aspiraciones) como suficientemente plásticos y adaptables a diversos proyectos sociales, virtuosos y altruistas si el proyecto solicita estos dos caracteres,

viciosos y egoístas si el proyecto está mal diseñado.

La derecha ve en cambio a la sociedad como "no proyectable"

-a lo máximo gobernada por incontrables y lentes ten-

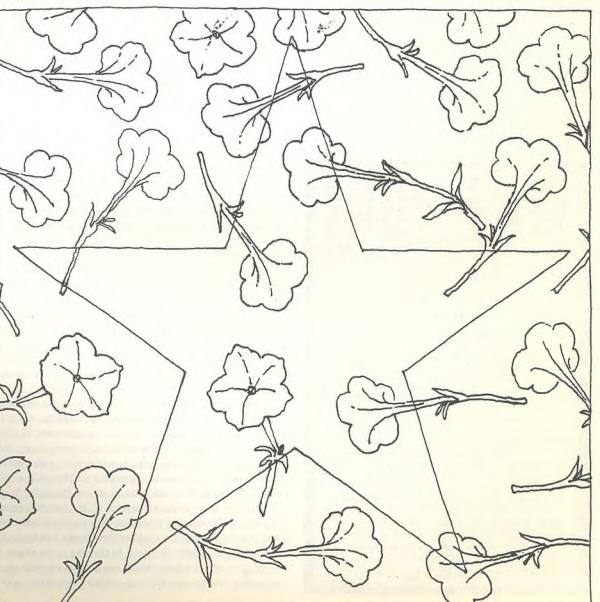
dencias- y a los individuos como dotados de intereses, inclinaciones, aspiraciones "naturales", muy resistentes al cambio si no inmutables, típicamente egoístas y "malos".

Es por esto, naturalmente, que la derecha moderna ve al

capitalismo y a la economía de mercado como poco menos

que un milagro: ella está afectada por la heterogénesis de los fines, por el hecho de que el egoísmo -y no de la

benévolecia- pueda surgir el bienestar de la sociedad. Y



proyecto y que la naturaleza humana es suficientemente plástica respecto a influencias sociales, estimulan más fácilmente comportamientos sociales innovadores y fuentemente renovadores. Si embargo, el término progreso está tan cargado de connotaciones que lo distorsionan que resulta inutilizable. Si lo sustituimos por el término más utilizable de "innovación", la dicotomía conservación-innovación es claramente significativa en el plano del análisis histórico, pero su correlación con derecha-izquierda se atenúa algo. Si nos referimos a situaciones de innovación o conservación efectivas y a actitudes personales del mismo tenor remitibles a estas categorías, no resulta demasiado difícil encontrar a las conservadoras de izquierda y a los innovadores de derecha: De Gaulle y Margaret Thatcher han sido los innovadores, mientras que muchos políticos soviéticos y socialdemócratas han sido fuertemente conservadores. Es probable que, de hecho, subienda todavía una gran correlación positiva entre derecha-izquierda y conservación-innovación. Pero se trata de una relación estática, conceptualmente menos fuerte y culturalmente menos significativa de la dimensión que acabamos de definir.

La segunda dimensión está referida no a la proyectabilidad de la sociedad sino a la *naturaleza* del proyecto y es una dimensión totalmente moderna que se desarrolla con el Iluminismo y las revoluciones norteamericana y francesa. Derecha e izquierda son polaridades internas al proyecto moderno, acentuaciones de sus principios: libertad, igualdad, democracia, fraternidad. Para decirlo brevemente: la izquierda "tira del lado" de la igualdad y de la democracia e invoca una fuerte responsabilidad política para cada una vez más acabada realización de aquellos principios, aunque esto comporta vínculos cada vez más penetrantes sobre los individuos; la derecha --la derecha del proyecto moderno-- "tira del lado" de la libertad, de la autonomía individual, de la atenuación y no del reforzamiento de los vínculos impuestos por la esfera pública. Hemos insistido en el "proyecto moderno" porque también esta dimensión, como la precedente, tiene ingredientes muy antiguos, sobre todo para el extremo de izquierda: utopías igualitarias emergieron periódicamente a través de todo el arco de la historia humana. La derecha liberal e individualista es en cambio rigurosamente moderna: la derecha premoderna es monárquica-aristocrática, clerical e integrista, y, en estas versiones al menos, ha salido casi del todo de escena en los países industrialmente avanzados. En la versión moderna que hemos dado, esta dimensión es por tanto homogénea: ella tiene dos extremos y entre ellos puede contener numerosos proyectos de sociedad, que podemos por tanto valorar como más de derecha o más de izquierda; Rawls y Nozick¹ son dos ejemplos apropiados respecto de "centro-izquierda" y "centro-derecha". ¿Pero es posible alinear (evaluar) todos los proyectos de sociedad según este eje?

sociedad

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES (UBA)

La democracia latinoamericana: entre la ineficiencia y la pobreza

Motivación de América Latina
Alain Touraine

Revisando el camino: las apuestas de la democracia
En Sudamérica/Juan Carlos Portorreal

Descomposición política y autoritarismo en el Perú/
Julio Codré

Venezuela: inestabilidad y crisis en una democracia consolidada/Luis Aznar

Los partidos políticos y el gobierno de la crisis en Argentina/Liliana De Riz

Nuevas perspectivas: ¿Qué democracias?/
Francisco Wettwer

Notas de investigación • Textos
Reseñas • Revistas • Informaciones

2

ISSN 0223-7712 - MAYO DE 1993 - \$ 10

Obviamente no. Ante todo no es posible alinear las relaciones históricas contra el proyecto moderno: Burke y De Maistre, como Rawls y Nozick, aparecerían como peligrosos subversivos, y acaso Nozick más que Rawls. La reacción antimonárquica no se agota sin embargo entre los siglos XVIII y XIX; en el curso de los dos siglos, y también hoy, la imagen de sociedad moderna que acaso Rawls y Nozick representan, no resulta convincente y muchos advierten que lo fatal algo. Les falta el calor de las lealtades y de las solidaridades primarias; de la familia, de la comunidad, de la nación, de la religión...; les falta la variedad y la riqueza de las diferencias: de sexo, de culturas, de prácticas. Para estos críticos, la derecha y la izquierda del proyecto moderno son igualmente frías, vacías, pobres, insatisfactorias, y la *palabra fraternité*, aun cuando estátisca en la bandera revolucionaria de aquél proyecto, parece un cuadro extraño: ellos sostendrán que para quien se considera de izquierda, ¡es justo o no colocarse lo más corrido a la izquierda posible, por lo menos respecto de estas dos dimensiones?

Ya hemos recordado que existen conexiones históricas-culturales profundas entre las distintas posiciones a lo largo de los tres ejes y que sería necesario un largo ensayo para ponerlas en evidencia de manera adecuada; en tal ensayo sería posible dar diversos ejemplos concretos -diversas *Gestalten* de derecha o de izquierda en los cuales se articulen de un modo históricamente único "pedazos" sacados de una o más dimensiones que habíamos aislado. Que esto es posible es evidente: nosotros hemos obtenido nuestras tres dimensiones aislando aspectos lógicamente homogéneos en el interior de contextos históricos complejos; basta retornar a estos contextos para encontrar las *Gestalten* de las que estamos hablando. Para poner un caso cercano a nosotros, por ejemplo, podría ser históricamente explicado el cuadro de la ideología reaganiana, con la mezcla de fuerza y moderno individualismo (segunda dimensión) y a la vez también de tradicionalismo (Dios, patria y familia: tercera dimensión). O bien el cuadro de algunas franjas de la cultura juvenil en los países de capitalismo avanzado: fuertes componentes igualitarios (segunda dimensión) pero también una notable insistencia sobre el respeto de culturas premodernas o de aspectos comunitarios, y por tanto una propensión bastante moderada al universalismo. Con mayor razón, esta aversión al nivelamiento universalista podría disminuirse en el feminismo radical, en los movimientos de los negros y de los homosexuales, y en otros movimientos generalmente considerados de izquierda (y efectivamente de izquierda, a nuestro parecer, orientados al rescate de comunidades o identidades colectivas oprimidas o despreciadas). En nuestros cuadros -en las concretas *Gestalten* resultantes del análisis histórico- probablemente prevalezcan las correspondencias entre posiciones de izquierda o de derecha sobre todas y cada una de las dimensiones (piénsese en la ideología jacobina o en la del socialismo marxista, ambas coherentemente proyectuales, igualitarias y universalistas). No serán sin embargo difíciles encontrar excepciones, como acabamos de indicar: dada la riqueza de la historia, y sobre todo en nuestros días, las cosas se han hecho más complicadas, y precisamente por aquella hendidura del proyecto moderno tenemos que ver la *fraternidad*.

El segundo comentario está referido al uso que puede ser hecho hoy de nuestras dimensiones, a los fines de un juicio político, de justo-equívoco. Lo que hemos ilustrado son categorías descriptivas, no categorías de juicio: ellas definen los caracteres principales de las oposiciones derecha-izquierda que pueden ser encontradas en la experiencia histórica, pero no nos dice que es justo o equívoco colocarse, hoy, en un extremo o el otro (o en algún punto intermedio) de nuestros tres ejes. El juicio de justo-equívoco de quien escribe, por ejemplo, se coloca en las partes del centro-izquierda en todas y cada una de las dimensiones: aquello de quien lee podría muy bien encontrarse en otro lugar. Cerca de la primera dimensión, nosotros creemos que deseños conscientes tienen un papel importante en la historia y deben ser por tanto perseguidos; sin embargo también creemos que la madera de la que está hecha el hombre no es fácilmente enderezable y que efectos imprevistos o perversos, intentos fútiles o dañinos,

quierda se ha aliado a identidades sofocadas y oprimidas (nacionales, étnicas, religiosas, comunitarias, pero también de género y de cultura) a los fines de promover un rescate colectivo.

En la materialidad de la historia

Proyectabilidad-no proyectabilidad de la sociedad; igualdad y reglas públicas para imponerla-autonomía individual; universalismo-particularismo: estas tres parejas de extremos y los ejes de casos intermedios que ellas definen aprehenden, a nuestro parecer, gran parte de las configuraciones históricas de la izquierda. Antes de pasar a la agenda, y para preparar el terreno, nos quedan dos comentarios importantes: la primera está referida a las *Gestalten* concretas de derecha o de izquierda; la segunda, a la relación entre izquierda-derecha y justo-equívoco; para quien se considera de izquierda, ¡es justo o no colocarse lo más corrido a la izquierda posible, por lo menos respecto de estas dos dimensiones?

Yá hemos recordado que existen conexiones históricas-culturales profundas entre las distintas posiciones a lo largo de los tres ejes y que sería necesario un largo ensayo para ponerlas en evidencia de manera adecuada; en tal ensayo sería posible dar diversos ejemplos concretos -diversas *Gestalten* de derecha o de izquierda en los cuales se articulen de un modo históricamente único "pedazos" sacados de una o más dimensiones que habíamos aislado. Que esto es posible es evidente: nosotros hemos obtenido nuestras tres dimensiones aislando aspectos lógicamente homogéneos en el interior de contextos históricos complejos; basta retornar a estos contextos para encontrar las *Gestalten* de las que estamos hablando. Para poner un caso cercano a nosotros, por ejemplo, podría ser históricamente explicado el cuadro de la ideología reaganiana, con la mezcla de fuerza y moderno individualismo (segunda dimensión) y a la vez también de tradicionalismo (Dios, patria y familia: tercera dimensión). O bien el cuadro de algunas franjas de la cultura juvenil en los países de capitalismo avanzado: fuertes componentes igualitarios (segunda dimensión) pero también una notable insistencia sobre el respeto de culturas premodernas o de aspectos comunitarios, y por tanto una propensión bastante moderada al universalismo. Con mayor razón, esta aversión al nivelamiento universalista podría disminuirse en el feminismo radical, en los movimientos de los negros y de los homosexuales, y en otros movimientos generalmente considerados de izquierda (y efectivamente de izquierda, a nuestro parecer, orientados al rescate de comunidades o identidades colectivas oprimidas o despreciadas). En nuestros cuadros -en las concretas *Gestalten* resultantes del análisis histórico- probablemente prevalezcan las correspondencias entre posiciones de izquierda o de derecha sobre todas y cada una de las dimensiones (piénsese en la ideología jacobina o en la del socialismo marxista, ambas coherentemente proyectuales, igualitarias y universalistas). No serán sin embargo difíciles encontrar excepciones, como acabamos de indicar: dada la riqueza de la historia, y sobre todo en nuestros días, las cosas se han hecho más complicadas, y precisamente por aquella hendidura del proyecto moderno tenemos que ver la *fraternidad*.

El segundo comentario está referido al uso que puede ser hecho hoy de nuestras dimensiones, a los fines de un juicio político, de justo-equívoco. Lo que hemos ilustrado son categorías descriptivas, no categorías de juicio: ellas definen los caracteres principales de las oposiciones derecha-izquierda que pueden ser encontradas en la experiencia histórica, pero no nos dice que es justo o equívoco colocarse, hoy, en un extremo o el otro (o en algún punto intermedio) de nuestros tres ejes. El juicio de justo-equívoco de quien escribe, por ejemplo, se coloca en las partes del centro-izquierda en todas y cada una de las dimensiones: aquello de quien lee podría muy bien encontrarse en otro lugar. Cerca de la primera dimensión, nosotros creemos que deseños conscientes tienen un papel importante en la historia y deben ser por tanto perseguidos; sin embargo también creemos que la madera de la que está hecha el hombre no es fácilmente enderezable y que efectos imprevistos o perversos, intentos fútiles o dañosos,

no son solamente argumentos de la "retórica reaccionaria" de la que habla Hischman, sino también, en medida no pequeña, lecciones efectivas de la historia. Acerca de la segunda dimensión, nosotros compartimos la incesante presión de la izquierda por extender el principio de igualdad, de igual dignidad individual, en la política, en la sociedad, en la economía. Sin embargo, o también somos conscientes que la igualdad no es un asunto simple y forzamientos autoritarios por imponerla podrían comprometer de manera inaceptable la libertad, la determinación autónoma de los proyectos de vida; y no es sólo el capitalismo el que requiere esta libertad. Respecto de la tercera dimensión, nosotros esperamos que una identidad universalista de "ciudadanos del mundo" continúe reforzándose, sin romper con esto lealtades o identidades locales: de familia, de comunidad, de nación, de cultura, de género... La variedad y la riqueza cultural de las identidades "locales" no es necesariamente enemiga -en muchos casos, desgraciadamente, hoy lo es- de una más amplia identidad universal.

Un nuevo pragmatismo

Estratégicamente no debemos alimentar preocupaciones excesivas por "lo que ha permanecido". Tácticamente sí: el adversario es temible y la izquierda puede sufrir grandes reversos. Pero si es verdad que derecha e izquierda son categorías de análisis de la realidad histórica e instrumentos de valoración política que forman parte integrante del "proyecto moderno", entonces la izquierda está destinada a durar, a resurgir después de robo revés histórico, mientras el diseño de sociedad que nace del Iluminismo y de las grandes revoluciones burguesas manejaba el cuadro de referencia de nuestra cultura política. Este diseño no ha dejado de desafiar en el curso de los últimos dos siglos y tampoco carece de desafíos ahora: desafíos mortales, contra adversarios que lo negaban y lo niegan de raíz (totalitarismos, integrismos, racismos...); desafíos progresivos, que han sido o serán resueltos con incorporaciones de áreas periféricas al diseño original y por tanto a través de una articulación y de un enriquecimiento del diseño mismo. Pero el diseño original se ha difundido desde Europa al mundo entero: él es la contraparte en el campo social y político de la mentalidad racionalista y científica a través de la cual el hombre ha dominado las fuerzas de la naturaleza. Ha habido y hay momentos aún en los que la racionalidad instrumental de la ciencia y de la producción se distancia de la "rationalidad social" de la democracia y del reconocimiento de igual dignidad de cada persona; el nazismo y el estalinismo han superado en horror a *Brave New World* y *1984*. Nosotros, sin embargo, compartimos todavía la idea de Tocqueville: el principio de igualdad, una vez instalado en el escenario de la historia, está destinado a permanecer. Aun a través de los fracasos, pero sólo a través de ellos.

Hoy estamos contemplando un trágico fracaso: el fracaso de la más grandiosa manifestación de *hybris* prometea y constructivista jamás realizada en la historia humana: el comunismo. Un *fracaso de izquierda*, que parece dar plenamente razón al menos a uno de los argumentos de la retórica reaccionaria recordada por Hischman (*Jaybird*) y que justifica todas las preocupaciones de Friedrich Hayek sobre los daños del constructivismo. Un fracaso tanto más grande en la medida en la que afecta buena parte de la construcción cultural que había constituido el esqueleto ideológico y científico de la izquierda durante cerca de un siglo, al menos en la Europa continental: el marxismo. Es la clausura de un horizonte para quien se instala en la perspectiva (de izquierda) de una cada vez más extensa afirmación de los principios de igualdad: más allá del mercado, más allá de la propiedad privada -por ahora al menos- se ve. El mismo término "capitalismo", en singular, se debe despojar de aquella connotación negativa que siempre tuvo en la tradición del movimiento obrero europeo y que derivaba de la posibilidad de realización del socialismo, como modo de producción radicalmente distinto y políticamente superior. Existen los *capitalismos*, las singulares variantes de mercados y jerarquías, y la izquierda debe alinearse por la modernidad sin hesitación alguna, tanto en los países en vía de desarrollo como... en Italia.

También para los países que han resuelto estos problemas, si vamos más allá de las enunciaciones de valor más generales y miramos con cierto detalle a los programas de gobierno, es fácil darse cuenta de que las prioridades de la izquierda en los países de desarrollo son muy diferentes entre

igualdad y una mayor justicia social en el interior ellos.

El derrumbe del comunismo y la crisis profunda de la interpretación marxista de la historia están produciendo en la izquierda una reacción comprensible y saludable. En el *plano ideológico y motivacional*, una creciente aversión por las grandes ideologías salvíficas, es decir por aquellas que identifican grandes enemigos y grandes objetivos, con la promesa de que, derrotado el enemigo y logrados los objetivos, se producirá un salto épocal en la realización de los valores de izquierda y se saldrá de la prehistoria para entrar en la historia; el mensaje de Hannah Arendt ha sido finalmente recibido. En el *plano teórico*, una fuerte sospecha de las grandes teorías, de las interpretaciones dominadas coherentes y uniformes, y a la vez, en cambio, una más abierta consideración de la complejidad y de la variedad; en consecuencia, un mayor aprecio por instrumentos teóricos más precisos, pero esto también más circunscritos y más locales. En el *plano de la agenda política*, una periodística anticapitalista y a la vez una fuerte predisposición hacia el pragmatismo y el *bricolage*: el espíritu experimental -afrontar los problemas en su variedad, sobre la base de los valores y de los materiales culturales disponibles- parece prevalecer sobre el espíritu de coherencia, en vez de inducir a jerarquizar sobre bases de algún diseño unitario.

Este naturalmente puede crear una gran variedad de izquierdas "locales", en la medida en que son muy distintas las condiciones de los diversos países. Consideremos por ejemplo la modernidad, más específicamente la correspondencia entre los valores y las prácticas sociales en el proyecto moderno: ella siempre ha sido un paraleguismo, aun cuando la izquierda crea tener una gran teoría. Lo que hoy aun más: ¿qué es la izquierda en países que todavía

sí... En el interior de cada país, en toda izquierda "local", no es difícil descubrir tensiones y aporfas: la sensibilidad ambientalista puede entrar en conflicto con la cultura industrialista del movimiento obrero; las acciones positivas en defensa de los grupos desfavorecidos contrastan con el universalismo dialógico de la tradición liberal que la izquierda ha absorbido. Nunca como ahora la izquierda separe a un archipiélago, compuesto por islas muy distintas.

Gobernar la modernidad

"Hay mucha confusión bajo el sol; la situación es excelente". No se ve en efecto porque el pragmatismo y el *bricolage* deban llevar a resultados peores que la grande ideología y la gran teoría. Demandas de igual dignidad, para individuos y para grupos, nacen espontáneamente en cada situación "local": la marcha será sustentada, a veces excitante, y en otras oportunidades se transformará en una retirada. En ocasiones la marcha será en un orden disperso, con distintas izquierdas que se mueven en diversos frentes; a veces, en cambio, muchas izquierdas locales se moverán conjuntamente en el mismo frente.

Por largos períodos y en muchas situaciones locales a la vez, un frente determinado resulta un hecho dominante. En el primer siglo de la izquierda moderna, desde la revolución francesa hasta la segunda mitad del siglo pasado, en Europa ha sido dominante el problema de la democracia política, con la izquierda empeñada en reclamar una continua extensión y la derecha buscando obstaculizarla. Esse problema no estaba acompañado por solidarización alguna; y se convirtió en predominante la "cuestión social", el gran tema que ha polarizado derecha e izquierda desde fines del siglo pasado hasta hoy. En ambos frentes, durante dos siglos, la izquierda ha obtenido grandes éxitos: derechos civiles y políticos, relaciones industriales reguladas, estado de bienestar y derechos sociales. Y los ha obtenido -aún argumentaría la tesis pragmatista- porque el proyecto moderno legitimaba los valores de la igualdad sobre los de la naturaleza del desarrollo económico y de la modernización producen poderosas "piernas sociales" con las cuales aquellas demandas marchaban. Según esta interpretación, el hecho de que las demandas de igualdad de las capas obreras se hayan encontrado, en la Europa continental, con la ideología escatológica del socialismo y con la gran teoría del marxismo no ha agregado nada (y acaso le haya hecho perder algo) a su probabilidad de éxito: los derechos sociales han obtenido lo mismo, y acaso aun antes.

Estas una tesis extrema y se come fuerte no verificable. De la visión "pragmatista" permanece un mensaje. Los problemas a los cuales la izquierda propone soluciones no son el fruto de invenciones de la izquierda, y sobre todo ella no inventa las fuerzas que puede poner en acción. Existe tendencias históricas y culturales profundas, desencadenadas por el proyecto moderno, que siempre proponen problemas sobre los cuales la izquierda tendrá algo que decir, y sobre los cuales siempre se encontrarán fuerzas sociales prontas a combatir. Existejan fases dominadas por grandes problemáticas comunes, como aquellas a las cuales hicimos referencia, y a la vez fases de variedad y diferenciación. Fases en las cuales el bagaje cultural de la izquierda salen propuestas ampliamente compartidas y fases en las cuales los ingredientes de nuestras tres dimensiones se mezclan, en proporciones muy distintas, en diversos contextos; o bien -en el mismo contexto- pedazos de la izquierda entran en conflictos entre sí. Pero un temor debe ser "estratégicamente eliminado: que la época de la izquierda ha concluido".

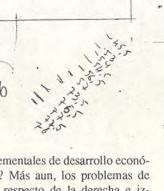
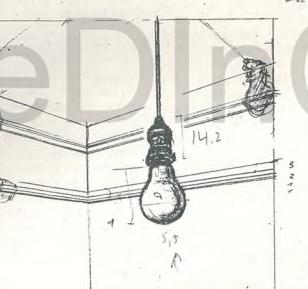
Notas

¹ Tomado de *El malicio*, marzo-abril, 1993. Traducción Jorge Tula
El título del artículo -que es el mismo del seminario realizado por la Fundación Rocío de Turín entre el 3 y 5 de diciembre de 1992, para el cual esta contribución ha sido pensada originalmente- juega naturalmente con la ambigüedad de los significados "Qué es la izquierda", pero también "Qué ha permanecido".

² Albert Hirschman, *Retórica de la intrascendencia*, México, FCE, 1992.

³ John Rawls y Robert Norðrson son los autores de dos libros sobre: *Teoría de la justicia*, México, FCE, 1981, y *Anarquía, estado y utopía*, México, FCE, 1988.

⁴ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Madrid, Siglo XXI, 1988, que hace uso de un célebre pasaje del *Manifesto Comunista* de Marx y Engels.



Imágenes mediáticas

Mujeres en el escenario político¹

De los brillos del show a la perfección doméstica, los estereotipos en torno de la mujer política no dejan de convocar al debate, aún pendiente, sobre la cuestión de la representación, política y mediática.

Leonor Arfuch

"Robustas, aros innombrables, escotes provocadores, collares de falsas perlas y labios carnosos. Estilizadas, enfundadas en ropa negra y macilenta, en el ritmo de Patricia Sosa. Elegantes, en tailleur de colores cálidos y con teléfono portátil en sus manos o en las de sus secretarias ambulantes. Los estilos particulares de las mujeres menemistas quedaron de lado y ellas estallaron unívocamente al grito de "que lo tiren a la hinchada" cuando él, el presidente Carlos Menem, subió al palco y abrió sus brazos para abarcárlas a todas. Ustedes saben bien que la preocupación fundamental de mi mundo fueron siempre las mujeres, las de Latinoamérica, las de América, las del mundo...", admitió. Ya no hacía falta, pero aclaró: "Les quiero a todas. A las periodistas. A las no periodistas. A las que están en política y a las que no están en política. Las querí mucho". (Página 12, 22/10/92)

A echando en las pantallas, en la gráfica, en la radio, el espectáculo de la política no da tregua. Cada vez más lejos de las retóricas tradicionales, sus sentidos se constituyen en una dispersión de géneros donde la información, el humor, el show y la ficción refuerzan su mutua equivalencia. La mezcla, la subversión de jerarquías, hace difícil distinguir entre el acontecimiento y el rumor, entre el teatro y la investigación, entre el político y su doble televisivo.

Si la mediatisación de la política es un fenómeno mundial, en nuestro medio dejó fuera de escala toda sorpresa. Aquí, el espectáculo político debilita incluso el efecto revulsivo del humor, es ya su propia parodia.

La neta distinción del *Ancien Régime* entre la *cour* y la *ville* parece reproducirse cada día en la pantalla: sordos, insensibles, inmunes al clamor, sin pudor por los escenarios fastuosos que los rodean ni por el derroche de los bienes públicos, los funcionarios hablan en el vacío o se apresuran a escapar hacia la puerta salvadora, ante el asalto de eternos demandantes y entrometidos micrófonos periodísticos.

¿Qué papel tienen las mujeres políticas en esta trama? ¿Cuáles son las modalidades de su representación massmediática? ¿Qué condición de posibilidad encuentran ciertos enunciados, al más alto nivel gubernamental? La cita paródica del comienzo, un ejemplo entre tantos, puede ayu-

dar a preguntarse sobre usos discursivos que no por obvios o caricaturescos deban tomarse como algo natural.

Políticas de la seducción

La confrontación de la diferencia sexual en la escena política de los medios (como por otra parte, en todo espectáculo), pasa ante todo por el cuerpo. El cuerpo de la mujer no es algo "dado", una mera alusión visual o verbal, es primer plano, portada, narración. A un posible detalle respecto de la estética masculina, se contrapone, tratándose de mujeres, una suerte de hipérrealismo descriptivo que abarca diversos órdenes de la vida, un afán clasificatorio respectivo del "tipo" de mujer en cuestión.

Ese empeño exhaustivo, asumido incluso por las propias protagonistas, no hace sino poner de manifiesto la dificultad intrínseca de la representación de "la mujer" como un colectivo de identificación, que puede insituir incluso en tanta descripción particular? Irrepresentable como imagen de síntesis, su "quintessential" se expresaría en imágenes de una feminidad convencional, de poses dramatizadas, - donde algunos han creído encontrar la marca recurrente de la historia-, cuyo modelo canónico exalta la publicidad. Cuerpo esterotizado por la borradura de lo vicienal, ícono de sí mismo que ha triunfado absolutamente en la política y solo en lo que respecta a la mujer.

El concepto psicoanalítico de "mascara"² es pertinente para aludir a esa tendencia a la mostración de una feminidad exacerbada, con su correlato de coquetería y seducción, que ciertas mujeres políticas ponen en escena y que suele marchar en paralelo con el intento de legitimación de su propia competencia profesional a través de una obsesiva tematización programática

ca o técnica. De esa máscara que no oculta nada, de esa feminidad equivalente a su representación, tenemos una larga experiencia mediática donde el cine también ha dejado huellas indelebles.

Complementariamente a las reglas del show, y quizás porque la política se presenta como la esfera más cerradamente masculina, la mujer política, aun cuando insista en la especificidad de su hacer, rara vez logra evitar la confrontación con la otra escena, "natural", de su vida doméstica.

Así, junto al rol canonizado de esposa y madre aparece el de hija-real o figurada, otro de los modos de habituación de la mujer a travéz o a partir de la figura masculina. Si el relato del comienzo puede hacernos sonreír por eso de que la realidad supera a la ficción, no deja de reafirmar uno de los dispositivos de poder más netos en relación al género: es el hombre quien permite, tolera, autoriza la vida, la madre,cede un lugar, sin dejar de reservarse para sí el sentido principal.

En torno de la representación

Desde esa óptica, el mencionado "gabinete de las mujeres", cuyo despegue iniciático narra el fragmento aludiendo, no podía ofrecer sino un simulacro de representación, una vaga instancia de controlor próxima a la vigilancia sobre los precios, los hijos o los impuestos, incumbencias ya clásicas para la mujer en estas latitudes.

Consecuentemente, el problema de la participación de las mujeres en las listas partidarias no se resuelve solamente con el cupo, pese a su importancia, sino que tiene que ver fundamentalmente con el carácter de esa representación. ¿A quiénes representan las candidatas mujeres? ¿De qué tipo de demandas se hacen cargo? ¿Qué lugar relativo defienden en la arena política? Si no se podría esperar que se ocuparan solamente de reivindicaciones de género (esta distinción replicaría la tesis de la división "natural" de las tareas en el ámbito doméstico) tampoco deberían ignorar la necesidad de pensar políticas de la identidad.³

En efecto, asumir un lugar de representación política como mujeres requeriría una reflexión sobre esa condición, una revisión crítica de los estereotipos, una no aceptación celebratoria de lugares de desvalorización, aun simbólicos. Los enunciados que encabezan este artículo pueden leerse no sólo como la irrupción de una impronta personal en la gestión de gobierno sino también como la emergencia del discurso social, seguramente no hegemónico, pero que señala tanto la obviedad de la creencia como la necesidad de un debate aún no

librado en la sociedad, sobre el funcionamiento real de la democracia, de la representación, de los derechos, y en ese marco, de la participación de las mujeres en la vida política.

Frente a la corte presidencial, a "las muchachas menemistas" tradicionales o modernas, a las polifuncionarias que encuentran más lucrativos los negocios públicos que las oscuras militancias partidarias, aparecen en la escena mediática otras mujeres cuyo cuerpo no alcanzamos a percibir como individualidad, que más estamos tentados de identificar con el cuer

po social, lejos de las máscaras de la feminidad, con un rostro donde, contrariamente, se inscriben los castigos de la vida, un rostro que aparece sin los datos de una biografía, un rostro que, como diría Lévinas, "es sentido en sí mismo".

Un abismo separa estas dos imágenes, cuya relación sin embargo es de mutua implicación.

Mientras nos distraemos en el devenir feliz de los famosos, en sus hábitos, sus sentimientos, sus consumos, mientras presenciamos la exhibición obsesiva de sus fantasías, su vida privada transformada en dominio público, lo que es realmente público, bienes, servicios, decisiones, queda oscurecido en los laberintos de las mediaciones, en la maraña de los trascendidos y desmentidos, en el fluir loco de la noticia que ya es pasado en el momento mismo de su enunciación.

La clásica oposición entre razón y sentimiento consagra a esta última esfera como el reino por excelencia de la mujer, que es otra de las maneras de afirmar la diferencia en la desigualdad. Entre las múltiples tareas a cumplir desde una arena política deslindada de la corte, mujeres con verdadera voluntad de representación, que también las hay pese a tener muy poca prensa, podrían contribuir a afinar una nueva sensibilidad, que más allá de las oposiciones binarias y de género, reemplace al actual reinado de la sensiblería, a ese gesto grandilocuente y vacío que encubre peligrosamente la más absoluta indiferencia.

Notas

¹ Este trabajo es la síntesis de una ponencia al II Colloquio Interdisciplinare di Studi de Género. Foro Interdisciplinario de Estudios de Género, CEA, 21/II/1992.

² Este tema fue abordado por PAOLA DI CORI en: "Rappresentare il corpo e la sessualità. Un problema teorico nella storia e nella politica delle donne" in *La Sfera pubblica femminile*, Univ. di Bologna, Bologna, 1992; en *La donna rappresentata*, Roma, Edizioni 1993.

³ KELLY, MARY "Re-presenting the body. On *Interior*. Part I", in JAMES DONALD Ed. *Psychoanalysis and Cultural Theory: Thresholds*, London, Macmillan 1991. La autora compara ciertas imágenes canonizadas de mujeres en la publicidad gráfica con las célebres poses de las históricas de Chéret.

